

LA PENSIÓN EVA

ANDREA CAMILLERI



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

El despertar a la vida de un muchacho algo ingenuo, a finales de los años treinta, sobre el trasfondo del mundo provinciano y soñoliento de Vigàta, la ciudad imaginada por el autor para situar al comisario Salvo Montalbano. Con sus persianas permanentemente cerradas, la misteriosa casa de nombre tan sugerente es como un imán irresistible para el adolescente Nenè y sus amigos del alma, Ciccio y Jacolino, que fantasean con lo que ocurre en el interior de la pensión y sueñan con acceder algún día a ese mundo desconocido que imaginan rebosante de sensualidad. Cuando, al cabo de unos años, consiguen traspasar inesperadamente sus puertas, descubren un cúmulo de personajes e historias difíciles de olvidar. La guerra va cobrando protagonismo hasta que su presencia se vuelve abrumadora y, finalmente, trágica. Entonces, el amor y la amistad aparecen como el único sentimiento capaz de devolvernos la ilusión y la voluntad de vivir.

L≡**LIBROS**

Andrea Camilleri

La pensión Eva

1
Gradus ad Parnassum

Largo y necesitado de cotidiano ejercicio
es el camino que conduce al Parnaso...

MUZIO CLEMENTI, *Gradus ad Parnassum*

Fue poco antes de cumplir doce años cuando Nenè comprendió finalmente lo que ocurría en la pensión Eva entre los hombres que la frecuentaban y las mujeres que allí vivían.

Había sentido por primera vez una gran curiosidad por aquel lugar el día que su madre le permitió ir solo a buscar a su padre, que trabajaba en el puerto, permiso que obtuvo cuando empezó a asistir a la escuela primaria.

Nenè tenía que pasar forzosamente por delante de esa pensión, pues estaba situada a la entrada del muelle de Levante. Era una casa de tres pisos que daba la impresión de estar siempre recién enlucida. Las persianas, permanentemente cerradas, eran de un verde tan brillante que parecían recién pintadas. Se trataba de un edificio bonito y agradable, con flores en el balcón del primer piso, que tampoco se abría jamás.

Nenè imaginaba a menudo que allí dentro vivían las hadas buenas, esas que corren a salvarte cuando te encuentras en dificultades y las llamas, desesperado y lleno de temor.

« ¡Hadas! ¡Hadas de mi corazón, venid en mi auxilio!», y entonces ellas aparecen, sacuden la varita mágica y en un abrir y cerrar de ojos ahuyentan al lobo feroz, al hombre del saco o al bandido que merodea por los alrededores. Junto a la puerta, que permanecía perennemente entornada, había una placa de cobre, tan reluciente que semejaba de oro, en la que figuraba el nombre del local escrito en letras cursivas:

Nenè sabía lo que era una pensión, pues se lo había preguntado a un primo suyo que estudiaba en la Universidad de Palermo: un establecimiento de huéspedes algo mejor que una fonda y peor que un hotel.

En Vigàta, por ejemplo, había un hotel y tres fondas, lugares frecuentados por marineros de paso, viajeros, representantes de armadores, ferroviarios y camioneros, y en todos ellos había siempre un constante trasiego de gente.

Entonces ¿por qué él nunca veía el menor movimiento en el portal de aquella pensión? En las numerosas veces que había pasado por delante, jamás había visto a nadie entrando o saliendo por la puerta entornada.

Una mañana, la siguiente a la del día en que cumplió ocho años, no pudo resistir más la curiosidad. Miró a un lado y otro de la calle, y al ver que no pasaba nadie, dio un paso hacia el portal y se inclinó muy despacio hacia delante, lo suficiente para asomar la cabeza y mirar dentro. Pero bien fuera porque el reflejo del sol lo deslumbraba o porque tenía la sangre alterada, el caso es que al principio no vio nada. Sólo oyó las voces de dos mujeres que reían y hablaban en una habitación del fondo, pero no entendió lo que decían. Dio otro medio paso, introdujo un poco más la cabeza, y su nariz percibió un aroma a limpio, a jabón, a un perfume como el que usaban en las barberías.

Sintió el impulso de entrar un poco más.

Apenas había despegado el pie del suelo, cuando una mano le cayó de golpe entre el cuello y la nuca y tiró de él hacia fuera. Era un hombre vestido con el uniforme de capitán de Marina que Nenè conocía. El tipo lo miraba de una manera rara, entre enfadado y divertido. No hablaba en siciliano, sino en italiano.

—Veo que eres un jovencito muy precoz. A tu edad, y ya te gusta la miel, ¿eh? ¡Largo de aquí ahora mismo!

Nenè no entendió las palabras del hombre, pero echó a correr muerto de vergüenza.

Un día, cuando empezó cuarto de primaria, a sus preguntas sobre la misteriosa pensión sus compañeros —casi todos delincuentes precoces, hijos de carreteros, estibadores o marineros— le contestaron casi a coro, explicándole lo que ocurría en la pensión Eva, usos y costumbres, sin escatimar detalles, como si se hubieran criado allí.

Él esbozó la sonrisa típica de quien lo ha comprendido todo, pero lo cierto era que no había comprendido nada, y estaba más perplejo que convencido.

Así que, en una ocasión en que pasó por delante de la pensión cogido de la mano de su padre, se armó de valor y le preguntó:

—Papá, ¿es verdad que en esta casa los hombres pueden alquilar mujeres desnudas?

Era todo lo que había logrado captar de las explicaciones de sus compañeros, aparte de que la pensión Eva también se podía llamar prostíbulo o burdel y que las mujeres que los hombres alquilaban allí se llamaban putas; pero «burdel» y

« putas» eran palabrotas que un muchacho bien educado no debía pronunciar.

—Sí —contestó su padre, más fresco que una lechuga.

—¿Y se alquilan por un año?

—No; por un cuarto de hora o media hora...

—¿Y qué hacen con ellas?

—Las miran.

Fue suficiente para él. Durante un tiempo se conformó con esa explicación, pero sólo el Señor sabía cómo lo devoraba el deseo de levantarle la faldita a su prima Angela, dos años mayor que él, ¡para ver cómo era allí abajo!

A los once años, su madre le concedió el ansiado permiso para subir a la buhardilla y jugar con los trastos viejos que había allí amontonados. Hasta entonces siempre le había dado la misma respuesta:

—No, que puedes hacerte daño; eres demasiado pequeño.

Rebosante de alegría, Nenè se lo contó a Angela, que vivía en el mismo rellano, y ella se las arregló también para obtener el permiso de su madre.

En la buhardilla, además de decenas de palomas, que al verse molestadas batían las alas levantando un polvo asfixiante, había un batiburrillo de muebles viejos, sillas en buen estado y otras desfondadas, sacos de papeles, periódicos, revistas y libros, baúles con ropa de abuelos y tatarabuelos muertos y requetemuertos, otro baúl repleto de vestiduras sacerdotales, una pianola que todavía sonaba, muñecas de porcelana que a la que no le faltaba el pie le faltaba la mano, maletas atadas con cuerdas, cántaros viejos, jarras, dos sables, un fusil de retrocarga, dos pistolas de duelo, espejos, una máquina fotográfica con trípode y capucha, jarrones, lámparas de petróleo, y hasta un teléfono de pared enorme y un gramófono roto.

La fantasía de Nenè, que había aprendido a leer a los cinco años y ya conocía las novelas de Salgari, se desbordó.

Un simple vestido y una tela de color le bastaban para convertir a Angela en la Perla de Labuán o en la hija del Corsario Negro, mientras que él se transformaba, según le diera, en Sandokán, Yáñez o, lo más frecuente, Tremal-Naik, el gran cazador de tigres. En un visto y no visto, la buhardilla se convertía en un lugar tan peligroso y lleno de misterio como Mompracem. Pero lo que más placer le causaba era saber que el sable o la pistola que empuñaba eran armas de verdad, antaño utilizadas en combates reales.

Hasta que un día descubrieron una maletita negra en la que no habían reparado, y decidieron abrirla. Debía de haber pertenecido a zù 'Ntoniu, que había sido médico, pues entre un montón de frasquitos de medicinas pestilentes encontraron un estetoscopio de madera, de aquellos que tenían forma de trompeta, y un termómetro.

—Ahora imaginemos que yo soy médico y tú una enferma a la que tengo que auscultar —dijo Nenè en cuanto vio los instrumentos.

—Sí, sí —accedió Angela con entusiasmo.

Se tumbó en un diván cubierto de polvo que se tambaleaba porque le faltaba una pata, así que para que no se moviera le colocaron debajo cuatro libros gruesos.

* * *

A partir de entonces, cada vez que subían a la buhardilla, jugaban a los médicos.

A la tercera visita, Angela se quitó el vestido y las bragas sin que Nenè se lo pidiera. Ella no decía ni mu mientras él la manoseaba por todas partes, obligándola a colocarse boca arriba y boca abajo. Pero al término de la décima visita, mientras se vestía, la niña habló con voz firme y decidida.

—Mañana lo haremos al revés.

—¿Cómo?

—Tú serás el enfermo y yo la enfermera.

Al día siguiente, nada más entrar en la buhardilla, Nenè se apresuró a tumbarse boca arriba en el diván.

—Desnúdate —ordenó Angela.

Nenè se puso rojo como un tomate y permaneció inmóvil. No estaba tan entusiasmado como su prima por desnudarse. Trató de llegar a un acuerdo, de alcanzar un punto intermedio de compromiso.

—¿Del todo?

—Del todo, del todo —ordenó ella sin piedad.

Desde aquel momento, Angela ya no quiso que Nenè interpretara el papel de médico, sino el de paciente, y él llegó a la conclusión de que con el cambio de papeles había salido ganando, pues le encantaba que su prima lo tocara, sobre todo cuando le ponía el termómetro en la ingle y necesariamente tenía que manosearle la parte baja.

Más tarde, cuando el calor convirtió la buhardilla en un horno tan ardiente que hasta las palomas se largaron, la doctora adquirió la costumbre de quitarse también ella el vestido y tumbarse encima del enfermo. De vez en cuando sus bocas se rozaban como por casualidad, hasta que empezaron a quedarse un buen rato pegadas.

Luego todo cambió. El juego se convirtió en una especie de lucha desesperada. Se abrazaban, se besaban con furia y se mordían hasta hacerse sangre, se acariciaban, se arañaban, se lamían, enroscados como dos serpientes o resbaladizos como peces, con los cuerpos como enjabonados a causa del sudor.

«¿Será posible que los hombres que van a la pensión Eva se conformen simplemente con mirar a las mujeres desnudas? —se preguntaba Nenè cuando hacía una breve pausa para recuperar el resuello—. ¿Hacen lo mismo que

Angela y yo? ¿O hacen otras cosas que aún no comprendo?»

Las otras cosas que aún no comprendía las comprendió en gran medida porque se las explicó el cura cuando, para la preparación de la primera comunión, lo enviaron a «lo de Dios». Nenè hizo la primera comunión más tarde que sus compañeros, pues a su madre le costó mucho convencer a su padre, a quien no le gustaban «las cosas de la Iglesia».

La explicación del catecismo la hacía el padre Nicolò en la sacristía de la iglesia, a la que Nenè acudía después de la concentración fascista de los sábados por la tarde, vestido aún con el uniforme de marinerito.

Cuando el padre Nicolò llegó al mandamiento que decía no cometerás actos impuros ni cosas guarras que se podían hacer bien a solas o en compañía, Nenè entendió enseguida que aquellas cosas tan divertidas que su prima y él hacían en la buhardilla eran justamente las que prohibía el mandamiento. Y el castigo era el infierno eterno, con sus demonios, el fuego y la pez ardiente. El susto que se llevó fue tremendo.

Estaban cometiendo pecado, y encima mortal; no era cosa de tomárselo a broma. Él no lo sabía, pero ¿cómo era posible que Angela, que le llevaba dos años y hacía tiempo que había hecho la comunión, no supiese que era pecado? Y si lo sabía, ¿por qué no le había dicho nada?

Regresó a casa turbado y aturdido.

Pensaba que para recibir la comunión debería renunciar a las cosas guarras que hacía con Angela, pero le gustaban demasiado para renunciar. Además, ¿por qué tenía que contarle en confesión sus asuntos al cura?

A la mañana siguiente, la familia de Angela y la de Nenè fueron a pasar el día al pueblo del abuelo de Nenè. Después de comer, tras haberse atiborrado de pasta *'ncasciata*, cabrito al horno y vino, todos se retiraron a echarse un rato. Los primos salieron de la casa y se fueron a un pajar, un sitio ideal para hablar a solas, aunque no para jugar a los médicos, pues cabía la posibilidad de que alguien del pueblo pasara por allí.

—¿Sabes que lo que hacemos en la buhardilla son cosas guarras consideradas pecado mortal?—preguntó Nenè.

—¿Y quién te ha dicho a ti eso?—replicó Angela sin parecer en absoluto impresionada.

—El padre Nicolò.

—El padre Nicolò está equivocado. Nosotros jugamos, nada más. Las cosas guarras sólo pueden hacerlas los hombres y las mujeres mayores.

Tras pensarlo un poco, Nenè llegó a una conclusión.

—Entonces, si es un juego, ¿no es preciso que se lo diga al cura cuando vaya a confesarme?

—Por supuesto que no. Puedes contarle lo que quieras. Al fin y al cabo, él no sabe si es verdad o no.

De pronto, al muchacho le pareció que Angela se había vuelto distinta, más experta, más adulta que él, mucho más de lo que suponían los dos años de diferencia que se llevaban.

—Entonces, ¿volvemos mañana a la buhardilla?

—Pues claro —contestó ella.

Al día siguiente, mientras se tumbaba en el diván y Angela se quitaba la ropa, Nenè sintió cierta turbación. No conseguía desnudarse, como le había ocurrido la primera vez. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué se azoraba? ¿Por qué le daba tanta vergüenza mirar a Angela, que entretanto ya se había desnudado? ¿Toda la culpa era del maldito cura, que le había metido en la cabeza la duda de si aquel juego sería pecado...?

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo? —le preguntó Angela, impaciente.

Al final Nenè se desvistió y se dejó manosear, pero casi no sentía placer. Tenía en la cabeza una cuestión muy concreta que quería plantearle a su prima, ya que ella había demostrado saber muchas más cosas que él.

A la primera pausa que hicieron, sentados en el sofá uno al lado del otro, Nenè pensó que aquél era sin duda el momento apropiado, y le preguntó:

—¿Tú sabes lo que significa «fornicar»?

Angela soltó una sonora carcajada.

—¿Qué pasa? —replicó él, sorprendido.

—Es que esa palabra me da risa. Es la que usan los curas y la que aparece en los mandamientos, pero los mayores usan otra.

—¿Cuál?

—Es una palabrota.

—¿Cuál? —insistió.

—Follar. Pero no se te ocurra decirla en casa, pues tu madre te soltará un tortazo. Si se te escapa, no digas que te lo he dicho yo.

«Follar» se le antojó una auténtica palabrota, una cosa fea y, sobre todo, muy guarra.

—¿Y no se puede decir de otra manera?

—Sí, también se puede decir hacer el amor.

«Hacer el amor» le pareció la mejor.

—¿Y cómo se hace el amor? ¿Tú lo sabes?

Angela lo miró con expresión hastiada.

—Sí, pero no me apetece explicártelo. Pregúntaselo a algún amigo tuyo.

—Tú eres mi mejor amiga.

Con el índice, ella señaló entre las piernas de su primo y después entre las suyas.

—Cuando eso de ahí entra en esto de aquí significa que se hace el amor —explicó deprisa, comiéndose las palabras.

Nenè la observó, perplejo. ¿Qué era aquello, un trabalenguas? ¿Una adivinanza? Eso de ahí... esto de aquí... No se había enterado de nada.

—¿Me lo vuelves a explicar?

—No.

—Pero... ¿y para qué sirve?

—Para pasarlo bien y para tener hijos.

—Entonces, si sirve para tener hijos, ¿por qué es un pecado tan mortalísimo?

—Es pecado cuando lo hacen dos que no están casados o cuando no se hace para tener hijos.

Nenè se quedó pensativo. No conseguía distinguir bien cuándo era pecado y cuándo no. La única solución era probarlo.

—¿Me enseñas cómo se hace?

Angela soltó otra carcajada.

—No podemos.

—¿Por qué? ¿Porque es pecado mortalísimo?

—No, porque tú no puedes.

—¿Y tú sí?

—Yo, sí.

—¿Y por qué yo no?

—Porque la tienes muy pequeña.

Nenè se aterrorizó.

El sol desapareció de golpe. Fue como si de pronto la buhardilla estuviera en las inmediaciones del casquete polar. Una noche oscura y un frío glacial se cernieron sobre él.

¡Claro! ¡Por eso siempre lo eliminaban a la primera de cambio en las competiciones con sus compañeros, todos con los calzoncillos bajados en un viejo y abandonado almacén de azufre, midiendo la longitud y el grosor! ¡Nunca lo habían tomado en consideración! ¡Virgen santa, qué desgracia! ¡Virgen santa, qué tragedia!

¿Por qué le había tocado precisamente a él esa grandísima desgracia? ¿No habría sido mejor haber nacido lisiado, o con dos jorobas, en lugar de tenerla tan pequeña que no podía hacer el amor?

Repentinamente flojo, sin un músculo o nervio que lo sostuviera, se sintió como deshecho y resbaló del sofá al suelo. Necesitó de un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Angela.

—Nada.

—Vamos, ánimo, cuéntame.

—Si la tengo tan pequeña como dices... eso quiere decir que yo nunca... —
No pudo más. Unas lágrimas gruesas como garbanzos empezaron a resbalarle por la cara.

—¡Pero qué bobadas dices, grandísimo estúpido! Cuando seas mayor, la tendrás tan grande como todos los hombres.

A lo mejor Angela decía la verdad. ¿Por qué iba a mentirle?

En la buhardilla volvió a lucir el sol.

—¿Me lo juras?

—Que me quede tuerta y muera asesinada.

Nenè se sintió mejor, pues su prima acababa de pronunciar un juramento solemne. Se levantó para sentarse de nuevo en el sofá y tuvo una súbita revelación. Fue como si le estallara un relámpago en el cerebro. De pronto se quedó petrificado en mitad del movimiento.

—¡Eh! —lo llamó Angela.

Él ni siquiera la oyó. ¡Eso era lo que hacían los hombres con las mujeres desnudas en la pensión Eva!

De repente Angela enfermó. Una noche le subió la fiebre. Todos pensaron que se trataba de una gripe que remitiría en cuestión de días, pero la dolencia no fue una cosa pasajera y tuvieron que ingresarla en el hospital de Montelusa. Al parecer le habían encontrado algo en los pulmones.

No había transcurrido ni una semana cuando Nenè empezó a sufrir los efectos de la ausencia de su prima. Y no tanto por el hecho de que ya no pudieran reunirse en la buhardilla (además, quizá ya nada habría sido igual después de lo que le había dicho el cura), sino porque necesitaba hablar con ella, oír su voz, mirarla a los ojos. Estaba tan deseoso de verla, aunque sólo fuera unos minutos, que decidió preguntarle a su madre si podía acompañarla al hospital para visitar a Angela.

Pero su madre le dijo que ni hablar, que no pensaba llevarlo, porque la enfermedad de la muchacha era contagiosa.

Sin embargo, Nenè necesitaba imperiosamente que alguien le confirmara sus sospechas sobre lo que ocurría en la pensión Eva.

Con Ciccio Bajo, amigo del alma y compañero de pupitre, solía reunirse a estudiar, a veces en casa de uno y a veces en la del otro. Pero nunca habían hablado de cosas guarras.

Una tarde, dos moscas se posaron sobre el cuaderno de Ciccio y una de ellas

se subió encima de la otra. Nenè levantó el brazo y, con la mano abierta, las aplastó. Ciccio lo miró enfurecido.

—¡Me has manchado el cuaderno!

—Perdona, ya te lo limpio.

—Además, ¿se puede saber qué daño te hacían a ti dos pobres moscas que querían follar?

¡Follar! Ciccio había dicho la palabra guarra. Entonces comprendió que podía preguntarle a su amigo.

—Oye —lo interpelló, mientras le limpiaba el cuaderno con el pañuelo—, ¿tú sabes lo que es la pensión Eva?

—Pues claro. Es una casa de putas.

—¿Y sabes qué hay que hacer para que te den una mujer?

—Uno entra, elige a la que le gusta, va a follar y cuando termina paga la tarifa. Pero es inútil que pienses en eso.

—¿Por qué?

—Porque todavía no tenemos la edad. Para ir a una casa de putas hay que tener como mínimo dieciocho años.

¡Virgen santísima, cuánto tiempo faltaba aún! ¡Una eternidad!

Angela regresó a casa ocho meses después. La habían trasladado a un sanatorio de Palermo. Pálida, terriblemente delgada y con unos ojos enormes, se la veía triste y exhausta. Estuvo sólo dos días y Nenè no consiguió hablar a solas con ella. Entre otras cosas, porque Angela no hizo nada para encontrarse a solas con él. Después, por recomendación de los médicos, se la llevaron a casa de unos parientes de su padre en Cammarata, donde el aire era limpio y le resultaría beneficioso para los pulmones. Estaría fuera del pueblo al menos un año.

Pasó el año, pero Angela no regresó.

—Pero ¿aún no está curada?

—De la enfermedad sí. Pero como está yendo a la escuela en Cammarata, se sacará el diploma allí. Además, esos parientes, que son un matrimonio mayor, ya la consideran como una hija.

Todas las mañanas al levantarse, Nenè iba al cuarto de baño, se miraba largo rato en el espejo y se pasaba la mano por la cara. Pero no notaba vello, ni el menor rastro. En cambio, sus compañeros de clase parecían crecer más rápido: Jacolino, por ejemplo (que se llamaba Enzo, pero todos lo conocían por el apellido), ya tenía bigote. Sí, era repetidor y le llevaba dos años, pero ¿tendría bigote él dentro de dos años? Lo dudaba mucho, y eso lo desanimaba profundamente.

¿Era posible que sólo él estuviese destinado a quedarse pequeñajo toda la vida? ¿Era posible que Angela, aquel día en la buhardilla, le hubiera contado una trola para tranquilizarlo?

A fin de combatir la tristeza que lo embargaba, iba al estudio de su padre y elegía un libro. Su padre le había dado permiso para leer todo lo que quisiera, y había algunas novelas que le gustaban mucho, sobre todo las de un tal Conrad, las de un inglés llamado Melville y las de un francés llamado Simenon.

De tanto en tanto, se perdía entre las páginas de una de aquellas novelas como entre los árboles de un bosque. A veces la cabeza se le iba, ligera como un globo o pesada como una piedra, y tenía que pararse a mitad de un párrafo porque las líneas se torcían y enredaban y los ojos se negaban a mirar.

No era como cuando jugaba con Angela, cuando él se convertía a voluntad en Sandokán o Tremal-Naik; no; ahora le ocurría porque lo que leía le provocaba una especie de debilidad, una languidez en todo el cuerpo que lo aturdira como un olor muy intenso, sí, como el estado de aturdimiento de un borracho, agradable y doloroso a la vez.

¡Ya podía su madre llamarlo a gritos a la hora de comer! Ni la oía. Y cuando, enfurecida, se acercaba a él y lo sacudía por el hombro o le daba un guantazo en el cogote, Nenè la contemplaba como si fuera una extraña y miraba a un lado y otro, como si le costara reconocer dónde se encontraba.

En una ocasión se subió a una silla para coger un libro de un estante alto de la biblioteca. Era un volumen muy grueso, encuadernado en tela roja, con el título y el nombre del autor escritos en letras doradas y tan pesado que apenas podía sujetarlo. Lo abrió con la idea de echarle un vistazo y volver a dejarlo en su sitio, pero vio un dibujo de una mujer desnuda encadenada a una especie de roca y llorando desesperada.

¡Madre santísima, qué guapa era aquella mujer! Su larguísimo cabello no conseguía ocultar sus macizos muslos. ¡Y vaya tetas tan redondas le sobresalían del pecho!

A partir de aquel momento, el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, ilustrado con los dibujos de un artista que se llamaba Gustavo Doré, se convirtió en su lectura cotidiana. Las hojas del libro, gruesas y lisas, brillaban a la luz; por eso, cuando cerraba los ojos y con el dedo recorría el perfil del cuerpo desnudo de una mujer, a Nenè le parecía estar tocando carne viva.

A veces entornaba los ojos, como para apuntar mejor, de manera que la yema del dedo pudiera acariciar con más precisión un lugar concreto, justo por debajo del vientre desnudo, allí donde la confluencia de los muslos formaba una especie de V. Trazaba por encima unos círculos muy pequeños, insistentes y continuados, hasta que por encima del labio empezaba a brotarle una fina capa de sudor, como si hubiera bebido vinagre del fuerte.

Aparte de los dibujos, que eran muy bonitos —y no sólo los que

representaban mujeres desnudas—, la lectura de los versos le producía un gran placer. Hasta el extremo de que memorizó más de cien. Y cada vez que en la historia salía Angélica, pensaba en su prima, que casi se llamaba igual.

¡Angela! Cuando regresara de Cammarata, ¿podrían seguir viéndose en la buhardilla? Estaba seguro de que, en caso de que así fuera, el juego ya no sería un juego. Igual le habían salido las tetas. Sólo de imaginarlo enrojecía y el corazón se le desbocaba. Y a continuación se ponía amarillo como un muerto, cuando lo asaltaban otros pensamientos: ¿y si Angela, convertida ya en mujer, le decía que no quería tratos con alguien que no había crecido como los demás? ¿Podría ella seguir relacionándose con alguien que se había quedado pequeño? ¿Con una especie de enano sin un pelo en ninguna parte?

—Ciccio, ¿crees que yo seré tan alto como tú?

—Jo, ¡qué pesadito!

—Dímelo, por favor.

—¿Te das cuenta de que me preguntas lo mismo un día sí y otro también?

—¡Contéstame, por favor!

Ciccio perdió la paciencia.

—Pero, grandísimo imbécil, ¿cómo crees que eres?

—Muy pequeño, casi un enano.

Sin decir nada, Ciccio se levantó, lo llevó de la mano frente al espejo del armario y se puso a su lado.

—¿No ves que somos de la misma estatura, so tonto?

Nenè se miró. Nada, no había manera. Era cierto que tenían la misma estatura, pero él se sentía más bajo. ¿Qué podía hacer?

El embarque a Citera

*Venez dans l'île de Cythère
en pèlerinage avec nous...*

FLORENT DANCOURT, *Les trois cousines*

El día que Nenè cumplió catorce años, él, Ciccio, Jacolino y otros dos compañeros de la escuela se compraron cada uno tres rebanadas de *cuddriruni*, el roscó de pasta tan típico de la región, y fueron a comérselas a la Escalera de los Turcos, una solitaria colina de marga blanca que descendía formando grandes escalones hasta el mar. Sus amigos se lo pasaron muy bien, pero él no.

Jacolino les habló de una compañera de clase que se dejaba tocar las tetas sin hacer remilgos, y Ciccio de cómo había conseguido introducir la mano por debajo de la falda de su criada. En determinado momento, Nenè subió dos peldaños, se tumbó en el suelo y se puso a contemplar las estrellas envuelto en un manto de tristeza.

—Mañana por la mañana regresa Angela —le dijo su madre tres días después.

Habían acabado de comer y seguían sentados a la mesa esperando a que su padre terminara de tomarse el café.

—¿Cuánto se va a quedar? —inquirió su padre.

—Poco. El martes por la mañana regresa a Cammarata.

—Qué lástima. No podré verla. Esta tarde me voy a Palermo y no volveré hasta dentro de cuatro días.

—Y tú, Nenè, ¿no estás contento? —le preguntó su madre al verlo con la cabeza inclinada sobre el pecho, como hacía cuando estaba enfurruñado.

—Sí, claro —contestó él, y se levantó para ir a su habitación.

Se tumbó boca abajo en la cama para ahogar los latidos del corazón, que debían de oírse desde la calle.

Nenè estaba en el balcón con su madre cuando llegó el coche de Cammarata. Primero bajaron los padres de Angela, luego el zù Stefano y la zà Trisina, y por último ella.

Al principio Nenè no la reconoció. Aquella chica alta, elegantemente vestida, con el cabello negro y rizado que le llegaba a la mitad de la espalda y el bolso en la mano era sin duda Angela, pero ya no era Angela.

Para celebrar el regreso, el tío Stefano y la tía Trisina invitaron a comer a Nenè y su madre. El chaval, sentado enfrente de su prima, la miraba a hurtadillas, pero ella, cada vez que levantaba los ojos del plato, se las arreglaba para esquivar su mirada.

«Y tiene sus buenos motivos», se dijo amargamente Nenè. ¿Qué tratos querría tener una chica como Angela con un muchacho que se había quedado enano, con alguien tan pelado como un gusano?

En los oídos empezó a sonarle un ruido persistente, una especie de oleaje que le impedía percibir lo que decían los demás. Seguro que aquel rumor lo producía su sangre alterada. Para darse ánimos, se bebió de un trago medio vaso de vino.

De pronto, su madre lo sacudió por el brazo sin el menor miramiento.

—¿Es que no piensas comer nada? ¡Vamos, come! —Y después, dirigiéndose a su hermana, añadió—: Bueno, Trisina, háblame de ese novio de Angela.

—Es un buen chico. Se llama Marco, tiene veintitrés años y trabaja...

¡Angela se había echado novio en Cammarata!

La noticia le hizo el mismo efecto que un fuerte golpe en el pecho. Nenè no logró oír nada más, porque volvió a percibir el ruido, pero esa vez era como el bramido de un temporal. Sintió que se quedaba más amarillo que un muerto. La habitación, junto con las personas y los muebles, empezó a dar vueltas en torno a él, y tuvo que agarrarse a la mesa para no caer.

—¿Qué tienes? ¿Te encuentras mal? —oyó que le preguntaba su madre desde la distancia.

No contestó. Consiguió levantarse y se encaminó hacia la puerta, tambaleándose.

—No te preocupes —tranquilizó tío Stefano a su cuñada—. Se ha bebido medio vaso de vino de un trago.

El muchacho cruzó el rellano que separaba los dos pisos, entró en su habitación, se arrojó en la cama, se cubrió la cabeza con la almohada y rompió a llorar.

Por la tarde, Angela fue a cenar a casa del abuelo. Nenè se pasó el rato deambulando por la casa. No le apetecía quedar con Ciccio, y cuando cogió el *Orlando furioso* y leyó la historia del paladín de Roldán que enloquece de amor, se le hizo un nudo en la garganta.

Dejó el libro a un lado y se tiró en la cama, mirando el techo. Sólo se levantó cuando su madre lo llamó para cenar. Se esforzó en comer algo, pues no tenía apetito, y regresó a la cama.

No pudo conciliar el sueño hasta las tantas de la madrugada, y cuando su madre lo llamó por la mañana, estaba totalmente aturdido.

—Despierta. Nosotros vamos a misa y después iremos a ver a la señora Palumbo, que está enferma. Abre el armario, dentro encontrarás una bonita sorpresa para ti.

En cuanto su madre salió de la habitación, Nenè saltó de la cama y corrió al armario. Ya sabía de qué se trataba. Su madre había cumplido la promesa que le hiciera un mes atrás: un traje de hombre, finalmente de pantalón largo, que estrenaría aquel mismo día, domingo.

Fue al cuarto de baño, se lavó, se vistió y se miró en el espejo: quizá los pantalones le iban un poco largos y formaban un pliegue sobre los zapatos, pero le caían muy bien. Y la chaqueta también. Por un instante, pensó en la posibilidad de bajar a la calle para que Angela lo viera vestido de hombre a la salida de misa, pero enseguida cambió de idea y se quitó la chaqueta.

Fue entonces cuando oyó un ruido tremendo en la cocina, quizá una olla que había caído a suelo.

Pero ¿quién estaba en la cocina? ¿Acaso no se habían ido todos? Fue a ver.

Era Angela, vuelta de espaldas a él, en combinación y descalza, buscando algo en una repisa. El muchacho se quedó sin aliento, con la boca seca y las piernas tan flojas como si fueran de requesón. No tuvo más remedio que coger una silla y sentarse.

—¿Eh, quién...? —exclamó Angela, girándose asustada.

Nenè no tenía ánimo para decir nada. El cuerpo le temblaba por dentro, pues su prima sólo llevaba puesta una combinación transparente, sin nada debajo.

—Creía que habías ido a misa.

—Y yo creía lo mismo de ti —repuso él a duras penas.

—¿Sabes dónde guarda el orégano tu madre?

—No.

—Pero ¡si llevas pantalones largos! ¡Deja que te vea!

Nenè consiguió levantarse. Angela lo miró con semblante complacido y los ojos brillantes de alegría.

—¡Estás hecho todo un hombre, Nenè! —dijo, extendiendo los brazos y

tomándolo de la mano.

Sin saber cómo, acabaron abrazados, desesperadamente abrazados, hasta el punto de que se hacían daño. Nenè aspiró el perfume del cabello y la piel de su prima, muy distinto del que recordaba, pero el placer que experimentaba sabía un poco a tristeza. A continuación, Angela se echó a llorar sin dejar de estrecharlo.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Nenè, tratando de soltarse para mirarla a la cara.

Pero ella no se lo permitió.

—Quieren que tenga novio, pero a mí ese Marco no me gusta de marido —murmuró, mojóndole el cuello con las lágrimas.

—Pues no te cases con él.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque... hice el amor con él. Ocurrió un día en que...

Pero Nenè se negó a seguir escuchándola.

En su lugar escuchó a su propio cuerpo, que al oír que el de Angela había sido de otro, se transformó. La sangre se le espesó y le corría por las venas para concentrarse en un mismo punto, en la zona baja, y empujaba y empujaba en su desesperada necesidad por salir del cuerpo y brotar como una fuente. ¿Era eso lo que significaba convertirse en hombre? ¿Esa exigencia de la sangre que provocaba dolor, tan fuerte y potente era?

Sin saber siquiera lo que estaba haciendo, apartó a Angela y le deslizó los tirantes por los hombros; la combinación cayó al suelo.

Instintivamente, la muchacha, que se había quedado desnuda, se cubrió los pechos con una mano y deslizó la otra hacia abajo.

—No... no —dijo con una voz muy rara, como enfadada—. Nosotros ya no podemos hacer estas cosas.

—Sólo quiero mirarte —replicó Nenè, también con una voz que no reconoció como suya—. Quitá el brazo.

¡Cuántas veces había soñado con el momento en que podría contemplar un auténtico par de pechos de mujer! Ya no le bastaban los dibujos de Doré, ni siquiera lo que sugerían a su fantasía aquellos dos versos de Ariosto:

*Leche semejaban los redonditos senos
recién extraída de los juncos.*

Angela retiró despacio el brazo y lo dejó caer a lo largo del costado. ¡Y un carajo, leche! ¡Y un carajo, blanco y tembloroso requesón! Las tetas de Angela eran morenas y sonrosadas, aunque parecían tener la consistencia del mármol.

Nenè cayó derrumbado sobre la silla, mientras su prima permanecía inmóvil

delante de él. Siguió mirándola, aunque de vez en cuando se le nublaban los ojos. Sí, todo lo demás correspondía a la descripción:

*Los sobresalientes costados, las hermosas ancas,
más pulcro que un espejo el plano vientre,
junto con los blancos muslos, obra moldeada
por Fidias parecían, o por más docta mano.*

Tragó dos veces saliva. Su ardiente garganta le pedía desesperadamente aire y agua.

Con la voz ronca, logró decir:

—Aparta la otra mano.

—No.

—¡Apártala! —Sin querer, le había salido una voz poderosa que no era una orden sino un grito de socorro. Entonces la joven retiró la otra mano sin dejar de mirarlo a los ojos—. Acércate.

Angela se adelantó un paso y sus piernas rozaron las de Nenè, que no quería levantarse de la silla por temor a que ella viera la hinchazón que le había crecido allí abajo. Él alzó los brazos, posó las manos ahuecadas en las tetas de su prima y las acarició largo rato. Ahora Angela tenía los ojos cerrados.

Después, las manos de Nenè se deslizaron a lo largo de los costados, se detuvieron sobre la V, que parecía pintada de negro, y acarició con el índice los pequeños rizos del vello. Luego la mano derecha se abrió paso entre los muslos apretados. Percibió un calor húmedo, y entonces la mano, por iniciativa propia, sin que su propietario se lo ordenara, empezó a efectuar un ligero movimiento adelante y atrás.

Angela respiraba afanosamente, mientras que Nenè emitía una especie de silbido de serpiente.

En determinado momento, Angela hizo un movimiento que impulsó a su primo a girar la mano con la palma hacia arriba. A continuación ella echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido con los labios cerrados.

—¿Te hago daño?

—No. Pero ahora basta.

Y le apretó fuertemente la muñeca con las dos manos mientras retrocedía. Nenè permaneció doblado por la mitad. Un intenso dolor le subía desde abajo hasta el pecho, impidiéndole hablar.

En un santiamén, Angela volvió a ponerse la combinación, se acercó de nuevo a él, se agachó y lo besó en los labios, como hacían los actores en las películas, mientras apoyaba una mano como por casualidad en la dolorosa hinchazón de su entrepierna.

—Adiós —dijo.

Y se fue.

Para calmarse un poquito, Nenè corrió al cuarto de baño, abrió el grifo de la bañera y se metió dentro, evitando utilizar la mano derecha, que se llevaba de vez en cuando a la nariz para aspirar el olor de Angela. Mientras el agua lo dejaba helado, se le ocurrió ponerse a cantar. El orgullo de saber que se había convertido en un hombre superaba con mucho el dolor de no ver más a Angela.

« ¡Ahora puedo for-ni-car! », pensó con orgullo.

Mientras se dirigía a casa de Ciccio, de pronto cayó en la cuenta: Angela sabía muy bien que él no había ido a misa, y había entrado en su casa en combinación y sin nada debajo porque esperaba que ocurriera lo que había ocurrido, y había tirado adrede una olla para obligarlo a ir a la cocina, donde ella lo aguardaba. Y todo aquello lo había organizado para poder estar con él por última vez.

Pero ¿había sido sincera al decirle que no quería casarse con Marco, o lo había dicho para dejarlo con buen sabor de boca, con un buen recuerdo? Fuera como fuese, advirtió con cierto asombro que tampoco eso le importaba demasiado. Tal vez ésa era otra señal de que se había convertido en un hombre.

Ciccio lo felicitó por los pantalones largos, que él llevaba desde hacía meses. Decidieron dar un paseo hasta el muelle. Nenè no pudo reprimirse y le contó a su amigo todo lo ocurrido con Angela. Mientras hablaba, se acercaba de vez en cuando la mano a la nariz y la olfateaba.

—¿Se puede saber qué coño haces con la mano? —preguntó Ciccio.

—La huelo. Aún conserva el aroma de Angela.

—¿De verdad? Déjame olerla.

—Ni hablar. —No supo muy bien por qué se negó, pero le pareció que era lo correcto.

Enfadado, Ciccio bajó de la roca sobre la que estaban sentados y regresó al pueblo. Nenè se quedó allí, contemplando el perfil de los veleros en el horizonte. De vez en cuando se llevaba la mano a la nariz, hasta que poco a poco el aire salado del mar borró el olor a canela y nuez moscada del perfume de Angela.

El deseo de estar con una mujer del mismo modo que había estado con Angela empezó a martirizarlo cuando aún no había transcurrido ni un mes desde la partida de su prima.

Durante la jornada, entre la ida y la vuelta al instituto de Montelusa en autobús, los deberes por la tarde con Ciccio, los paseos con los amigos y alguna horita en el cine, conseguía mantener ese pensamiento a raya. Incluso el sábado fascista, durante la consabida concentración, no paraba quieto: hacía salto con

pértiga, salto de potro, corría los cien metros lisos, trepaba cuerdas... cualquier cosa con tal de llegar a la cama muerto de cansancio y quedarse roque en el acto. Pero nada. Tanto si tenía los huesos rotos como si no, en cuanto se metía en la cama empezaba la tribulación, el tormento.

Le acudían a la mente las experiencias vividas con Angela como si fueran una película proyectada sobre la pared, y todas las sensaciones que había experimentado mientras acariciaba aquella carne tierna y a la vez consistente se renovaban, vivas y acuciantes, y le provocaban un anhelo que le cortaba la respiración.

—No puedo dormir por las noches, Ciccio.

—¿Y no puedes apañarte con las manos?

—Sólo lo he probado una vez.

—¿Y?

—No me gustó. Al principio me entró la risa, y después me invadió una tristeza muy grande.

—¡Qué raro eres, Nenè! Pero al menos te dormirías, ¿no?

—Sí.

—¿Lo ves? Al menos te calma y te entra el sueño.

Una tarde, Jacolino, al que llevaban una semana sin ver, se presentó a la reunión de los amigos luciendo barba y bigote. Aparentaba veinte años, en vez de diecisiete.

—¿Qué opináis? ¿Creéis que lo conseguiré?

—¿El qué?

—Entrar en la pensión Eva. A lo mejor cuela. Igual me creen mayor y me dejan entrar sin pedirme el carnet de identidad.

Lo logró. Y al día siguiente, rebosante de alegría, les contó a sus amigos todos los detalles. Nenè no era envidioso, ¡pero esa vez la envidia se lo comió, vaya si se lo comió!

Jacolino les dijo que la puta con que había estado era guapísima, se llamaba Zuna y hablaba un italiano muy cerrado. Al terminar, lo había lavado y...

—¡Espera! —lo interrumpió Nenè—. ¿Te lavó ella?

—Sí, con una especie de desinfectante que se llama permanganato, creo. ¡Madre mía, qué manos tenía! Me entraron ganas de repetir.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque Zuna me dijo que debería pagar el doble. Como yo no tenía dinero, le prometí volver al día siguiente, es decir, hoy. Pero ella me dijo que cambiaba la quincena y que, por tanto, no estaría. En fin, paciencia. Pero lo importante es que ahora ya me conocen y me dejarán entrar sin problema.

Nenè y Ciccio hicieron la misma pregunta a la vez.

—¿Qué es la quincena?

—Cada quince días las seis putas de la pensión Eva intercambian su puesto con las de otro burdel.

De vuelta en casa, Nenè fue a mirarse en el espejo. Sí, ya tenía un poco de vello en la cara, pero parecía el de un pollito recién nacido, a todas luces insuficiente para que le sirviera de barba y bigote.

¿Y si se ponía una máscara de carnaval con una barba postiza?

No, no funcionaría. Tendría que armarse de paciencia y esperar hasta los dieciocho años. O confiar en un golpe de suerte.

El golpe de suerte se lo proporcionó el ser muy malo en matemáticas. Una noche se le ocurrió comentarle a su madre lo bueno que era en esa asignatura su compañero de clase Matteo Argirò, un pelirrojo muy callado y de carácter difícil. Su padre había muerto cinco años atrás y su madre, una mujer de cuarenta y tantos años que se llamaba Bianca, vivía ahora de la pensión de viudedad.

—¿Por qué no le pides a ese Matteo que haga los deberes contigo? A lo mejor así consigues aprender algo de esas malditas matemáticas —le dijo su madre.

Nenè se lo pensó mucho antes de preguntarle a su compañero lo que le había sugerido su madre. Cuando decidió hacerlo, él se limitó a contestar:

—Muy bien.

Quedaron al día siguiente por la tarde en casa de Matteo.

La vivienda era pequeña, por lo que se sentaron a estudiar en el comedor. La señora Argirò salió de su dormitorio al cabo de una hora, le tendió la mano a Nenè, le acarició el cabello, les preguntó si les apetecía algo de beber y, ante la respuesta negativa de los muchachos, se retiró, diciéndole a su hijo que regresaría tarde, pero que en la cocina le había dejado preparada la cena, una sopa que sólo hacía falta calentar.

La viuda Argirò le causó una fuerte impresión a Nenè. Era rubia, alta y delgada, iba muy pintada y despedía un intenso olor a azahar. Tenía ojos verdes, pero lo que más le llamó la atención no fueron los ojos, sino la mirada que le dirigió: fue fugaz, pero bastó para que se sintiera desnudado, sopesado y calibrado.

La cuarta vez que acudió a la casa de los Argirò, encontró la puerta entornada, pero no obstante llamó al timbre. Desde dentro oyó, muy lejana, la voz de la señora Bianca.

—¿Eres tú, Nenè?

—Sí, señora.

—Entra y cierra la puerta. Le he dicho a Matteo que la dejara abierta por si venías. Me estoy dando un baño. —Y siguió hablando en voz alta desde la bañera —: Matteo regresará enseguida.

Nenè se sentó en su sitio de costumbre y abrió el libro y el cuaderno de los deberes.

Pero no conseguía concentrarse: aguzando el oído, percibió el chapaleo del agua en la bañera de la señora Bianca. La imaginó enjabonándose las tetas y la entrepierna, y empezó a sudar.

¿Cuándo volvería Matteo? Oyó de nuevo la voz de la mujer, ahora más cerca. Había salido del cuarto de baño y se encontraba en el dormitorio, tarareando *Amapola*. De repente, la canción quedó interrumpida.

—Nenè, ¿puedes venir un momento, por favor?

La señora Bianca estaba sentada, de espaldas a él, ante un tocador con espejo lleno de frascos de perfume, peines, cremas, cepillos, tarritos y pincelitos. Llevaba sobre los hombros una toalla que mantenía cerrada a la altura del pecho con un imperdible, y otra que le cubría el estómago y las rodillas. Nada más.

Nenè se convirtió en una llamarada de fuego. La mujer lo miró por el espejo, pero no pareció prestarle mayor atención. Se estaba maquillando los ojos.

—¿Podrías empolverarme los hombros?

—Sss... sí.

—Gracias. —Soltó un momento el imperdible y se recogió la toalla sobre los pechos—. Los polvos están en esa cajita.

En el interior de la cajita había una borla de gran tamaño, con la que Nenè empolvó los hombros de la viuda con mano trémula. Al terminar, la señora Bianca le dijo, dejando caer la toalla:

—Y ahora el pecho, por favor.

Y siguió pintándose los ojos.

El muchacho se puso detrás de ella e hizo lo que le pedía, mientras le contemplaba las tetas reflejadas en el espejo. La transformación que Nenè estaba experimentando abajo era cada vez más evidente, a pesar de que sujetaba la borla con la yema de dos dedos para evitar cualquier contacto con la piel de la mujer. El más mínimo roce habría causado estragos en su naturaleza.

« ¡Menos mal que no puede ver lo que me está pasando! », pensó. Pero justo en ese momento, la señora Bianca se echó hacia atrás para ver cómo le había quedado el maquillaje, y sus hombros fueron a apoyarse, como por casualidad, sobre el bulto. Sin embargo, a pesar de haberlo notado, no se apartó, sino que continuó acicalándose en esa misma posición, moviéndose muy despacio. Nenè experimentaba dolorosas punzadas a cada movimiento de ella, al tiempo que su cuerpo era traspasado por continuas sacudidas eléctricas.

Después, sin poder resistir más tiempo, agarró a la mujer por los hombros, la inmovilizó y esa vez fue él quien se restregó contra ella, cada vez más rápido. Al

final la señora, que no había abierto la boca, dijo mientras seguía maquillándose como si nada hubiera ocurrido:

—Gracias. Ya puedes volver a estudiar. Pero si lo necesitas, ve al cuarto de baño antes de que regrese Matteo.

De lo que Matteo le explicó más tarde Nenè no entendió nada, y al día siguiente obtuvo un tres de nota en los ejercicios.

Dos días después, Nenè había quedado en ir a casa de su amigo Matteo, pero se debatía en la duda de si acudir o no, temeroso de lo que pudiera decirle la señora Bianca.

Se había comportado como un grandísimo guarro, como un puerco asqueroso: la pobre mujer le había pedido un favor sin pensar que hubiese algo malo en ello, y él, en cambio, se había aprovechado. La había ofendido. La señora no había reaccionado, quizá porque la pilló por sorpresa, pero ahora, ¿con qué cara se presentaría en aquella casa?

Se sentía sucio, sobre todo por la traición a su compañero, que con tanta paciencia se entregaba a él. Quizá debería contárselo todo y pedirle perdón. Tenía un corazón de asno y otro de león. Finalmente se decidió. Quería ver la reacción de la viuda: en caso de que fuera negativa, la saludaría, se iría y jamás volverían a verle el pelo por allí.

Cuando abrió la puerta para franquearle la entrada, Matteo le dijo:

—Mamá te ha preparado una sorpresa.

Muerto de miedo, Nenè lo miró a los ojos, pero su amigo no daba la impresión de estar enfadado. Sobre la mesa del comedor había una *cassata*, el delicioso pastel de bizcocho, requesón y fruta confitada.

—Mamá la ha comprado esta mañana para nosotros dos.

Nenè se sintió de nuevo tan limpio e inocente como un niño recién nacido. ¡La señora Bianca era verdaderamente una gran señora! La *cassata* significaba que todo había sido olvidado.

—Llámala, quiero darle las gracias.

—No está. Ha ido a Montelusa y no regresará hasta la noche.

A la mañana siguiente Nenè obtuvo un siete en matemáticas.

Ocho días después volvió a encontrar la puerta entreabierta y llamó al timbre.

—¿Eres tú, Nenè?

—Sí, señora.

—Entra y cierra la puerta. He enviado a Matteo a comprar unas medicinas,

no me encuentro bien. Tardará un poco porque ha tenido que ir a Montelusa. En la farmacia de aquí no las tenían.

El muchacho se sentó y abrió el libro, pero ella lo llamó.

—Nenè, ¿puedes venir?

Él entró en el dormitorio. La señora Bianca estaba acostada bajo una sábana que marcaba los contornos de su cuerpo. Recostada contra dos almohadas, sujetaba la sábana con una mano a la altura del pecho. A Nenè no le pareció que estuviera indispuesta; al contrario, ofrecía un saludable y rubicundo semblante, iba bien peinada y maquillada, como si estuviese a punto de salir, y se había perfumado profusamente con esencia de azahar.

—Hazme un poquito de compañía. Siéntate aquí.

Le hizo señas de que se sentara en la cama, junto a ella. Un tanto perplejo, Nenè obedeció y enrojeció de vergüenza.

—¿Tienes novia?

Nenè se ruborizó todavía más.

—No.

—¿Y cómo es eso? ¡Un chico tan guapo como tú! —repuso la señora Bianca, tomándole una mano entre las suyas.

Así fue como Nenè hizo el amor por primera vez con una mujer. Y ésa fue la última vez que hizo los deberes de matemáticas en casa de Matteo, pues comprendió que jamás podría sostener la mirada de su amigo, aun a riesgo de tener que repetir el examen en octubre, como efectivamente ocurrió.

—Ciccio, he hecho el amor.

—¡Por fin! ¿Te ha gustado?

—Vaya.

—¿Qué significa «vaya», sí o no?

—Vaya.

—¿Con quién lo has hecho?

—Con la viuda Argirò. Pero no volveré a hacerlo. Matteo es amigo mío y tengo la sensación de haberlo traicionado, de haberme aprovechado de su confianza.

Ciccio soltó una risotada.

—¡O sea que tú también te has embarcado!

Nenè lo miró, extrañado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes cómo llaman en el pueblo a la viuda Argirò? ¡El buque escuela! Desde hace cinco años, no hay ningún chico que no haya hecho su primer

crucero con ella.

A Nenè sólo se le ocurrió una pregunta:

—¿Matteo lo sabe?

—En mi opinión, lo sabe pero disimula. Así que puedes volver siempre que te apetezca.

Nenè lo pensó un poco.

—No, no volveré.

Pero ¡cuánto tardaban en llegar esos benditos dieciocho años!

¡Cuando los cumpliera, podría ir a la pensión Eva y hacer el amor con todas las mujeres que quisiese sin sentirse sucio por dentro ni tener la impresión de haber hecho una guarrada!

Ala sombra de las muchachas en flor

Fue por aquella época cuando... me reveló nuevos horizontes de felicidad... fue él quien me acompañó por primera vez a una casa de citas.

MARCEL PROUST, *Madame Swann*

—¿Sabéis una cosa? —dijo de repente Jacolino mientras paseaban por el muelle un domingo de finales de octubre—. Mi padre ha pillado la gestión.

Al principio, Nenè y Ciccio no lo entendieron. Estaban hablando de la guerra, que iba de mal en peor, y pensaron que don Stefano Jacolino habría contraído alguna enfermedad.

—¿Qué dices que tiene tu padre? —preguntó Nenè—. ¿Una congestión?

—¡Qué congestión ni qué cuernos! He dicho que ha pillado la gestión.

—¿De qué?

—Como ha muerto don Tano Saraco, que era el viejo gestor, mi padre ha pillado la gestión de la pensión Eva.

Don Stefano Jacolino, alto, siempre muy bien vestido, de palabra fácil y convincente, era un hombre con el que no resultaba aconsejable mantener demasiados tratos. A lo largo de su vida las había hecho de todos los colores, pero lo que se dice de todos, desde fraude hasta subastas amañadas, desde apropiación indebida hasta estafas a personas discapacitadas. Tenía antecedentes con la justicia, y estaba atravesando una mala racha cuando un encuentro le cambió de golpe la existencia. Trabó conocimiento con Adelchi Colleoni, el federal fascista de Montelusa, o sea, el secretario de la federación de Fascios de Combate, de quien se decía que tenía tres cojones y por consiguiente siempre necesitaba desahogarse, el cual lo contrató como proveedor de mujeres. De modo que, en cierto sentido, don Stefano reunía los requisitos necesarios para pedir y obtener la gestión de una casa de citas.

En principio, a Ciccio y Nenè la noticia los dejó indiferentes.

—Pero eso a ti, Jacoli, no te cambia nada, ¿no? Total, ya hace un montón de tiempo que vas por allí. ¿O quizá temes que tu padre, en cuanto tome posesión del cargo, te prohíba ir?

—A papá ya se lo conté todo y se echó a reír. Le gustan los chicos experimentados.

—Bueno —lo cortó Nenè—, pero para mí y para Ciccio todo sigue igual. No por ser amigos tuyos nos dejará entrar tu padre.

—No, claro, no puede hacerlo; tiene que respetar la ley. Pero se me ha ocurrido una idea que, a lo mejor, podría resolver vuestra situación.

—¿De veras?

—¿Y qué idea es ésa? —quiso saber Ciccio.

—Enseguida os la cuento. Ya se la he comentado a mi padre y me ha dicho que espere un poco. Piensa cerrar la pensión un par de meses para renovarla por completo y conseguir que le concedan la segunda categoría. Su intención es abrirla de nuevo el uno de enero del año que viene. Y traerá de Palermo a una madama, una amiga suya de toda confianza.

Ciccio y Nenè sabían muy bien lo que era una madama: era la dueña absoluta, la supervisora, la madre abadesa, la que estaba en la caja y contaba las fichas. En resumen, de la madama dependía todo el funcionamiento de la casa: tenía que ser enérgica con los clientes maleducados y amable con las personas de bien. Debía tener buen ojo y mano dura.

Durante los meses de noviembre y diciembre, Nenè tuvo muy poco tiempo para pensar en la mujer. Se la quitaron de la cabeza los bombardeos enemigos que se abatieron sobre el pueblo. Muchas personas murieron bajo los escombros, hubo muchos heridos y otros quedaron lisiados para toda la vida.

Una bomba hizo pedazos a Lorenza Livantino, una compañera del colegio, y Ciccio y Nenè se pasaron todo un día llorando desconsoladamente. A otro compañero y amigo, Filippo Portera, lo sacaron más muerto que vivo de las ruinas de la casa donde vivía con su padre viudo, y lo llevaron al hospital de Montelusa con la cabeza medio destrozada. Al cabo de unos quince días, cuando Nenè y Ciccio le preguntaron por él a don Vincenzo, su padre, el hombre los miró desesperado.

—Filippo está mejor, su vida ya no corre peligro. Pero no quiere hablar conmigo, no quiere ni verme. En cuanto me acerco a su cama se pone como loco, y los enfermeros me cogen y me sacan. ¿Puedo pedirlos un favor, muchachos?

—Lo que usted mande.

—¿Podrías ir a verlo un rato cuando salgáis de la escuela? Me gustaría que os

enterarais de por qué la tiene tomada conmigo. A lo mejor a vosotros os lo dice.

Fueron a verlo.

El hospital estaba lleno a rebosar de enfermos y heridos que ocupaban incluso los pasillos. Oía a medicamentos, supuraciones, meados, a podrido y mierda. Unos se quejaban, otros rezaban, otros soltaban maldiciones, otros llamaban a alguien, a la madre, al padre, al hijo, a la hija, al marido o a la mujer. Pasaron por delante de uno que bramaba como un cordero degollado mientras un médico con mirada de loco le gritaba:

—¡Se nos ha terminado la morfina! ¿Lo entiendes o no? Lo único que puedo hacer por ti es pegarte un tiro.

Filippo se encontraba en una sala con otros diez heridos. En cuanto los vio, extendió los brazos y los tres se abrazaron emocionados. Tenía la cabeza enteramente vendada. Sólo se le veían los ojos y la boca. Se sentaron en la cama, pues no había ni siquiera una silla.

—¡Efe grandísimo cofnudo! —dijo Filippo. Le costaba hablar a causa de la herida y el vendaje. ¿Quién podía ser el cornudo en cuestión sino el causante de la herida?

—¿Churchill? —preguntó Ciccio.

—¿Mussolini? —sugirió en voz baja Nenè.

—¡No, no! —contestó muy alterado Filippo—. ¡Papá!

—Pero ¿qué te ha hecho don Vincenzo? —preguntó Nenè.

—¡La cafena! —Y con la mano hizo el gesto de alguien que tira de una cuerda hacia abajo.

Nenè tuvo una iluminación. ¡Quería decir cadena! Pero ¿qué relación había entre la cadena del váter y el padre de su amigo?

—Entiendo, la cadena del váter. Pero ¿qué tiene que ver eso con tu padre?

—No la afegló. La ciftefna fe eftaba defprendiendo de la pared, y se lo dije a efe gfan cofnudo, mifa que cualquier día nof cae en la cabeza, pero él no la afegló.

—Bueno, pero...

—Y afí, cuando tifé de la cafena, la ciftefna me cayó en la cabeza y me la fompí. ¡La culpa la tuvo el gfan cofnudo!

Filippo creía que estaba en el hospital por tirar de la cadena; no se había enterado de que había caído una bomba mientras se encontraba en el retrete haciendo sus necesidades.

—Pero ¿qué dices, Fili? Mientras tirabas de la cadena, ¡cayó una bomba en tu casa!

Filippo abrió los ojos como platos.

—¿Una bomba? ¿Habla en ferio? ¡Puef entonces, quiefo vef a mi padfe enfeguida!

Lo lógico es que hubieran soltado una sonora carcajada, pero a Ciccio y

Nenè no les apeteció hacerlo. Abandonaron a toda prisa el hospital sin intercambiar palabra.

De día los aviones efectuaban alguna pasada e incluso ametrallaban, pero de noche se presentaban puntualmente hacia las doce y no paraban hasta las tres o las cuatro de la madrugada.

La gente prefería acudir a los refugios a quedarse en casa. Todo el mundo tenía los nervios a flor de piel; con el ruido de las bombas y las baterías antiáreas, nadie conseguía dormir, y bastaba cualquier cosa para provocar discusiones y palabrotas.

Todas las mañanas, antes de tomar el autocar para ir al instituto de Montelusa, Nenè pasaba por la pensión Eva a fin de comprobar si aún se mantenía en pie o si la habían convertido en escombros durante la noche.

Don Stefano Jacolino inauguró la renovada pensión Eva a las ocho de la tarde del 2 de enero de 1942.

En realidad, a las cuatro de la tarde se había celebrado otra inauguración privada y secreta a la que habían asistido el federal Colleoni y el vicefederal Agnello, ambos vestidos de paisano. Los dos jefes del régimen habían efectuado diversas y variadas pruebas a las mujeres presentes y las habían encontrado de muy buena calidad. Hasta el extremo de que Colleoni se sirvió dos raciones de una de ellas.

Enseguida se supo en el pueblo que la pensión Eva era algo digno de ser visto, de una magnificencia y un lujo incomparables. Lavabo y bidet en todas las habitaciones, un tejado transformado en una espaciosa terraza con seis enormes depósitos de agua. Naturalmente, las tarifas habían aumentado, pero es que todas las chicas eran mercancía de primera.

Aproximadamente diez días después de la inauguración, Jacolino les explicó su plan a Ciccio y Nenè mientras se tomaban un granizado de café con nata en el café Empedocle.

—He hablado con mi padre y he obtenido su permiso. Y no sólo eso, sino que, además, ya ha informado del asunto a la madama, que se llama Flora. Tenéis vía libre para visitar la pensión, pero sólo una vez a la semana.

De la sorpresa que se llevó, Nenè se quedó mudo y no pudo reprimir el impulso de abrazar a Jacolino. Ciccio, en cambio, anunció:

—Empezaremos esta misma tarde.

—Espacio —dijo Jacolino—, os explicaré cuál es exactamente la situación.

Sintiéndolo mucho, debo comunicaros que todavía no podéis entrar en la pensión. Si los guardias se enteran de que os han permitido el acceso sin haber cumplido los dieciocho años, a mi padre le retirarían la licencia.

—¿Entonces? —preguntó Ciccio, decepcionado.

—Pero si tú mismo acabas de decir que... —protestó Nenè.

—Esperad, esperad, no habléis en balde. Ya sabéis que los lunes, como los barberos y el teatro, la pensión está cerrada. Es su día libre. Vosotros podréis ir cada lunes a visitar a las putas, pero no como putas sino como amigas...

—¿Sólo como amigas? —terció Ciccio.

—¡Pero tú estás loco, Jacoli! Sería como enseñarle de lejos un trozo de pan a un muerto de hambre y no dárselo —estalló Nenè, aún más decepcionado que Ciccio.

—Deja que termine. Aún hay alguna esperanza. La señora Flora ha hablado muy claro: si a alguna de las chicas, entre risas y bromas, le da por ahí, ella podría hacer la vista gorda. ¿Está claro? Pero si eso ocurre, tendría que ser los lunes, que es el día libre de las chicas. En resumen: que no tenéis que ser vosotros quienes lo pidan, ¿me explico?

—Te explicas muy bien —dijo Nenè—. Y mucho me temo que no va a resultar fácil. ¿Cómo puedes engatusar a una chica en cuestión de una o dos horas? A lo mejor don Juan lo conseguiría, pero yo no.

—Bueno, he ideado un plan para facilitar las cosas —repuso Jacolino con una sonrisa maliciosa.

—¿De qué se trata?

—El lunes que viene vais a la taberna de Calò y le pedís cinco kilos de pescado muy fresco. Él os lo entregará ya frito a las ocho de la tarde. Ah, y comprad también cinco litros de vino del bueno. Sobre todo que sea del bueno, y fuerte, de esos que al primer vaso ya empieza a darte vueltas la cabeza. Yo llevaré pan, aceitunas, arenques, queso y fruta.

—¿Cenaremos con ellas? —se sorprendieron simultáneamente Ciccio y Nenè.

—Sí señor.

—¡Jacoli, eres un genio! —exclamó Ciccio.

—Lo reconozco, modestia aparte.

—Y, claro, después de una comilona y unos cuantos vasos de vino, quizá a alguien se le ocurra alguna fantasía —comentó Nenè.

—Pero cuidado. La pensión estará cerrada. No llaméis a la puerta principal, sino a la de atrás. Cuantas menos personas os vean, mejor. Os espero allí a las ocho y media en punto. Yo estaré desde las cuatro.

—¿Por qué? —le preguntó Ciccio.

Por primera vez, ambos amigos vieron a Jacolino un tanto perplejo y confuso.

—Bueno... tengo cosas que hacer.

—¿Cosas que hacer? Si la pensión está cerrada los lunes, ¿puedes explicarme qué haces tú allí? —insistió Ciccio.

—Voy a ver a la señora Flora.

—¿Te lo montas con ella?

—¡Qué dices! Hace dos meses que me da clases de repaso.

—¿Clases de repaso?

—Pues sí. De latín y griego. ¡Y es muy buena! Dio clases en un instituto durante tres años, pero sucedió algo que la obligó a dejar la enseñanza. Después conoció a un hombre que... Pero es una historia muy larga. Os la contaré otro día.

Ciccio y Nenè no se atrevieron a hacerle más preguntas. Miraban a Jacolino asustados. Era cierto: en el último control de griego, su amigo había sacado un seis, en lugar del habitual tres.

La puerta trasera de la pensión Eva era la única que había en el callejón, pues la fachada de enfrente la ocupaba la pared lateral de un almacén de madera que no tenía puertas ni ventanas.

Ciccio sujetaba con las dos manos una caja de cinco botellas, sobre la que había un envase de cartón que contenía el pescado frito envuelto en papel parafinado. Y entre los dedos llevaba un ramillete de flores: se le había ocurrido la genial idea de ofrecérselo a la señora Flora. Nenè portaba otras dos cajas. Ciccio tuvo que llamar al timbre con la frente.

A causa de la emoción y el cansancio, ambos amigos chorreaban sudor.

Jacolino salió a abrir enseguida.

—¡Adelante, adelante! ¡Bienvenidos!

Nada más entrar, Nenè se acercó a una pared y la besó.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó Ciccio, sorprendido.

—Beso la tierra prometida. Como no puedo agacharme para besar el suelo, pues el pescado se me caería, beso la pared.

Se encontraban en un vestíbulo con dos puertas y una escalera.

—Mirad —dijo Jacolino, asumiendo el papel de guía y señalando las puertas con la cabeza—. Ésos son los saloncitos para las autoridades y personas en general que no deben ser vistas. Subamos.

En el rellano del primer piso había otra puerta cerrada.

—Aquí están las habitaciones donde trabajan las chicas. Pero ellas utilizan la escalera que da al salón. Luego os la enseñaré.

Subieron otro tramo y llegaron a otra puerta, ésta abierta. La escalera seguía, probablemente hasta la azotea.

Jacolino se detuvo.

—En este piso están los dormitorios de las chicas y la señora, además del comedor, dos cuartos de baño y la cocina.

Reinaba un silencio total. A través de la puerta no se filtraba ni un rayo de luz. A Nenè le entró una duda.

—¿Y están las chicas aquí?

—Pues no lo sé. La quincena cambió ayer y han venido otras nuevas. A lo mejor están en las habitaciones ordenando sus cosas. Pero bueno, entrad.

Se apartó a un lado para franquearles el paso.

En cuanto entraron en la estancia a oscuras, Jacolino encendió la luz. Era una sorpresa preparada en honor de Ciccio y Nenè. Se encontraban en un comedor espacioso, con una mesa rectangular dispuesta con relucientes cubiertos.

De pie, tres a un lado y tres al otro, había seis chicas vestidas de punta en blanco y casi sin maquillaje que los miraban sonriendo. A primera vista, tanto a Ciccio como a Nenè les parecieron todas muy guapas; la mayor debía de haber superado recientemente la treintena. Al ver toda aquella belleza, Nenè se tambaleó un poco y notó que se le aflojaban las piernas: el tesoro tan largamente buscado, y que tantas penurias le había hecho padecer, se encontraba allí, al alcance de su mano.

—Buenas tardes —los saludó solemne desde la cabecera de la mesa una severa señora con gafas. Llevaba el cabello recogido en un moño y un enorme broche en la pechera de un vestido negro de cuello cerrado.

—Buenas tardes —contestaron Ciccio y Nenè.

Jacolino se apresuró a librarlos de la caja y los envases, y tras dejarlo todo encima de una consola, les indicó por señas que lo siguieran.

—*Siñura* Flora —dijo con tono de maestro de ceremonias—, ¿me permite que le presente a mis amigos? Éste es Ciccio Bajo. Y éste, Nenè Cangialosi. Son compañeros míos del instituto.

—¿Y tan asnos como tú? —repuso ella, arrugando la frente.

—No; ellos son mucho más aplicados. Son los primeros de la clase.

Ciccio hizo una leve reverencia, dio un taconazo propio de un teniente de caballería y le ofreció el ramillete de flores.

—Acepte este pequeño homenaje, señora.

La mujer inclinó ligeramente la cabeza, dando a entender que lo aceptaba. Después, mirando a la chica que tenía a su derecha, la presentó.

—Graziella Bianchi. Nombre artístico, Wanda.

Graziella le tendió la mano a Ciccio y después a Nenè. La madama continuó con las presentaciones:

—Erminia Davico. Nombre artístico, Iris.

» Emanuela Ritter. Nombre artístico, la Alemana.

» Giuseppina Ranucci. Nombre artístico, Conchita.

» Grazia Bontadini. Nombre artístico, la Boloñesa.

» Maria Stefani. Nombre artístico, Lupa.

Tras dar la vuelta completa a la mesa, Ciccio y Nenè se vieron de nuevo delante de la señora Flora, que distribuyó los sitios:

—Ciccio, siéntate entre Erminia y Emanuela. Nenè, entre Grazia y Maria. Jacolino, tú siéntate en la otra cabecera de la mesa. Sentaos todos.

Durante las presentaciones, Jacolino había aprovechado para abrir tres botellas y servir el pescado mejor que un camarero. Nenè y Ciccio no sabían qué hacer.

Observaron con asombro cómo la señora Flora y las chicas inclinaban la cabeza y se santiguaban.

—Bien, comencemos. De lo contrario, el pescado se enfriará —dijo la mujer. Empezaron a comer en silencio.

«¿Y esto es un burdel? —se preguntó Nenè, entre decepcionado y enojado—. Vale que hoy es su día libre, ¡pero esto parece más bien un colegio o un convento!»

Su pierna izquierda rozó involuntariamente la de Grazia, y la retiró como si se hubiera quemado. No quería que la chica creyera que lo había hecho a propósito.

—Disculpe.

—No hay de qué.

Ni siquiera Jacolino, que por lo general tenía la cara dura como el cemento, parecía encontrarse a gusto, y comía el pescado con la cabeza metida en el plato. Reinaba el mismo ambiente festivo que en un velatorio.

—Muy rico este pescado —dijo la madama al cabo apartando el plato, donde sólo quedaban las relucientes espinas.

—Muy rico, muy rico —asintieron a coro las seis chicas.

La señora se levantó y todos la imitaron.

—Bien, yo me retiro. Perdonad que no os acompañe, pero me duele un poco la cabeza.

—¡Oh, cuánto lo sentimos! —dijo Ciccio, pero el tono le salió muy falso.

—Os lo ruego —añadió la madama, dirigiéndose a las chicas.

—Pierda cuidado, señora, quédese tranquila —contestaron ellas a coro.

—Jacolino, te espero mañana por la tarde. Buenas noches a todos. —La mujer dio media vuelta y desapareció por una puerta trasera.

De repente, la pesada atmósfera del comedor se descargó como si alguien hubiera abierto la ventana y hubiera penetrado en la estancia una ligera y refrescante brisa. Las chicas se miraron entre sí, y Erminia estalló en una sonora carcajada de liberación.

—Pero ésta ¿quién se habrá creído que es? —comentó Grazia.

—Yo he estado en muchas casas en mi vida —dijo Graziella, la de más edad —, ¡pero jamás he visto un fenómeno como esta señora!

Jacolino, que estaba retirando los platos sucios y los limpios que había en la

consola, salió en su defensa:

—Es que ha sido profesora en un instituto de Palermo y...

—... ¡y se nota! —terció Emanuela.

Carcajada general. Grazia se levantó y fue a cerrar la puerta por la que había salido la madama.

—Así no la molestaremos —dijo en un tono más falso aún que el de Ciccio.

Empezaron a atacar las aceitunas, el queso, los arenques y todo aquello que pedía vino. Nenè, sentado entre Grazia y Maria, no paraba de llenar los vasos de las chicas, mientras conversaba con Grazia, que le gustaba muchísimo. Maria, por su parte, se mostraba más bien taciturna.

Grazia, a quien Nenè había repasado de arriba abajo al levantarse a cerrar la puerta, era alta, con el cabello negro peinado estilo gitana y unos ojos grandes que parecían dos trozos de carbón. Vestía una blusa azul de cuello cerrado y una holgada falda azul oscuro. Por lo que se podía ver, debía de tener un cuerpo capaz de provocar un ataque.

—¿Es la primera vez que vienes? —le preguntó Grazia.

—Sí.

—¿Y eso?

—Porque tengo diecisiete años. O mejor dicho, dieciséis y medio.

—Pues yo tengo veinticinco, y me dedico a este oficio desde hace seis.

A Nenè le chocó comprobar que mientras la chica decía aquello, en su voz no se advirtiera más que la simple noticia pura y dura, como si hubiera dicho: «Hace seis años que obtuve el diploma.» Y comprendió que si le hubiese preguntado a Grazia el cómo y el porqué, habría cometido un error. Por eso dijo con toda naturalidad:

—Pues yo el año que viene termino el instituto y me voy a la universidad. Si no me llaman a filas antes.

—Maldita guerra —siseó Grazia en voz baja. Y lo miró a los ojos, sin duda para ver qué pensaba él al respecto. Porque había dicho una cosa peligrosa, puesto que precisamente la víspera habían pegado en las calles unos carteles en que un soldado con camisa negra clamaba: « ¡Muerte a los derrotistas! »

—Guerra asquerosa —dijo Nenè.

Justo en ese momento sonaron las sirenas, y las voces, las risas y hasta las respiraciones cesaron de golpe.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jacolino.

—Vayamos al refugio —propuso Ciccio—. Esto está demasiado cerca del puerto. Puede ser peligroso.

De pronto se abrió la puerta y apareció la señora Flora, vestida todavía de punto en blanco. Sólo se había quitado el broche.

—Chicas, si queréis ir al refugio, será mejor que vayáis enseguida.

—Y usted ¿qué hará? —preguntó Ciccio.

—Yo me quedo. —Dio media vuelta y se fue por donde había llegado.

—Bueno, pues vamos —dijo Graziella.

Estaban saliendo del comedor cuando se oyó el rugido de los aviones que se acercaban, y a continuación el fuego de las baterías antiaéreas.

—Ahora es peligroso salir —dijo Ciccio casi a gritos para que lo oyesen por encima del estruendo—. Están disparando.

—Apaguemos la luz —sugirió Jacolino—. Y abramos la ventana. Así podremos disfrutar de la traca y los fuegos artificiales.

Nenè apagó y Ciccio abrió.

Parecía que estuviera a punto de hacerse de día, de lo iluminado que estaba el cielo a causa del fuego de las ametralladoras, los haces luminosos y los estallidos de las granadas. A Nenè, que acababa de leer a Mòntale, un poeta que le gustaba mucho, le acudieron a la mente dos versos y los recitó en voz alta:

*Las noches claras eran todas un amanecer
y traían raposas a mi cueva.*

Pero nadie lo oyó.

Disparaba la larga hilera de baterías instalada sobre la colina de marga, disparaban los cazatorpederos, disparaban los buques de guerra y disparaban las diez barcas de pesca motorizadas que habían sido requisadas y armadas por los militares. Y a pesar de todo aquel ruido ensordecedor que dañaba los oídos, oyeron aproximarse el rugido sordo y poderoso de los aviones, un temporal contra el que nada se podía hacer, excepto confiar en capearlo.

—Abrazame.

Era Graziella. Nenè le rodeó los hombros con un brazo y la joven se estrechó contra él. El muchacho notó que temblaba.

—Perdóname, es que tengo mucho miedo.

Entonces Nenè le rodeó con la otra mano el talle, y de esa guisa se dispusieron a esperar la suerte. Que fue muy benigna. Lento y solemne, el temporal pasó de largo hasta perderse en la distancia, y poco a poco cesó el tiroteo.

—Parece que esta vez la cosa no iba con nosotros —dijo Ciccio, cerrando la ventana.

Graziella se separó inmediatamente de Nenè, y Jacolino encendió la luz. Se miraron unos a otros. Todos tenían la cara amarillenta. Quizá a causa del miedo, todos estaban sedientos. Enseguida dieron cuenta de la última botella, pero sin alegría. Ni siquiera les apetecía hablar. Ya no venía a cuento. Se despidieron mientras sonaban las sirenas que anunciaban el fin del peligro.

Al día siguiente, Nenè, Ciccio y Jacolino tomaron juntos el autocar de Montelusa. Pero al llegar al instituto les informaron que su clase se retrasaría una hora, por lo que tuvieron tiempo de comentar los acontecimientos de la vispera.

—Esta guerra es una tocada de cojones —resopló Ciccio—. Cuando las cosas empezaban a ir bien, sonó la alarma.

—Sí —dijo Nenè—, pero el verdadero problema no es la guerra, sino la *siñura* Flora. Recuerda a un sargento. Yo me sentía como paralizado en su presencia, y las chicas parecían momias ambulantes.

—Es verdad —convino Ciccio—. Con esa pelmaza delante, las chicas no se habrían movido ni aunque hubiésemos llevado una bota de cincuenta litros de vino.

—Pero cuando apagué la luz con la excusa del bombardeo, podríais haber aprovechado —terció Jacolino.

—¿Aprovechado? ¡Pero si las pobres estaban muertas de miedo!

—Mejor que mejor. Eso facilitaba las cosas —insistió.

—Entonces ¿por qué no lo aprovechaste tú?

—Yo no necesito hacer todo ese teatro —replicó en tono despectivo—. Puedo estar con ellas cuando me dé la gana.

—Bueno, ¿qué hacemos entonces? —le preguntó Nenè a Ciccio—. ¿Volvemos el lunes que viene o qué?

Mientras Ciccio cavilaba, Jacolino se adelantó.

—Pensad que el próximo lunes es el último que esas chicas pasarán aquí. Después hay cambio de quincena.

—¿Y? —preguntó Ciccio.

—En mi opinión, tenéis que ir otra vez, al menos para despediros de ellas. Si no, a lo mejor se lo toman a mal. Y no conviene desairarlas.

—Yo, por mí, volvería —dijo Nenè—. Pero la *siñura*...

—La *siñura* siempre sigue la misma rutina. Come algo con las chicas y después se retira a su habitación. No tendréis que aguantarla más de una hora, y después seréis libres de hacer lo que queráis.

—De acuerdo —accedió Ciccio.

—Entonces os contaré mi plan —continuó Jacolino—. Esas chicas son todas de la península, y seguro que nunca han probado el *cuddriruni*. Yo me encargo de eso. Se lo mandaré preparar a Titillo el panadero, que lo hace muy rico. ¿Vosotros qué llevaréis?

—Yo salchichas asadas —repuso Ciccio.

—Y yo el vino —dijo Nenè—. Y como habrá *cuddriruni* y salchichas, comparé ocho botellas, como mínimo.

A primera hora de la mañana del jueves atracó en el puerto un barco blanco con el emblema de la Cruz Roja pintado en el puente de mando. Era una motonave alemana procedente de África que transportaba heridos.

Dos horas más tarde, el federal Colleoni de Montelusa se presentó en el pueblo y convocó al *podestà*, es decir, al alcalde, al secretario político y a doña Ciccina Locraсто, jefa de las mujeres fascistas.

—Debemos rendir un merecido homenaje a estos camaradas alemanes heridos en combate. El barco zarpará rumbo a Génova el domingo por la mañana. Usted, *podestà*, póngase en contacto con Capitanía y pida ser recibido, junto con el comandante del puerto, por el comandante del buque. Dígame que mañana a las diez subirá a bordo una delegación de mujeres fascistas, naturalmente con su permiso, para confortar con su presencia y afecto a esos valerosos combatientes. Camarada Locraсто, huelga decir que todas las mujeres que usted elija deberán vestir el uniforme fascista.

—¿Qué podríamos llevarles?—preguntó ella.

—Pues no sé, flores, fruta, dulces...

—Federal, ¿ha olvidado que en tiempo de guerra está prohibido elaborar dulces? No podemos malgastar leche, harina y azúcar en esas bobadas —dijo severamente doña Ciccina, una fascista más puntillosa que el mismísimo federal.

Él la miró perplejo. Había cometido ese desliz porque en su hogar jamás faltaba azúcar ni harina de contrabando, pues era muy aficionado a los dulces. Su mujer se los preparaba a montones en el horno de casa.

—Sí, claro. No; yo me refería a una bolsita de caramelos, unas galletitas... —repuso, parando el golpe—. En cualquier caso, dejo en sus manos ese tipo de detalles. Lo verdaderamente importante es su presencia. Como es natural, yo la acompañaré.

No le resultó fácil a doña Ciccina Locraсто encontrar mujeres dispuestas a hacer esa visita. Eran fascistas, sí, pero no hasta el extremo de ir a ver a unos muchachos en condiciones desastrosas, a unos pobres hijos de su madre, aunque fuera alemana, que a uno le faltaba un pie, al otro un brazo y al otro un ojo.

Así que doña Ciccina se pasó toda la tarde yendo de acá para allá, de una casa a otra. Pero una tenía que cuidar a un hijo enfermo, otra tenía que ir al médico, una tercera que ver a una hermana que acababa de parir, y otra había enviado el uniforme a la modista para que se lo ensanchara un poco...

Total, que a las diez menos diez del viernes por la mañana, al pie de la escalerilla del buque blanco, se encontraban doña Ciccina y nueve mujeres de uniforme. No había encontrado ni una más.

Como es natural, cuando volvieron a casa, las mujeres relataron a sus maridos los detalles de la visita.

Entre otras cosas, contaron que en el barco había una zona con las puertas

cerradas en la cual, como explicó el comandante alemán a través del intérprete, se hallaban unos hombres tan destrozados por las heridas que hacía falta valor para mirarlos, pues causaban desconcierto, temor y horror. Por consiguiente, las señoras debían pensárselo bien antes de entrar. Las señoras lo pensaron y llegaron a la conclusión de que no se sentían con ánimos. A fin de cuentas, la buena obra de camaradería que les había pedido el federal ya la habían hecho y era hora de regresar a casa para preparar la comida.

Pero la historia de las damas que se habían negado a visitar a los heridos que daba espanto verlos llegó a oídos de la señora Flora, la cual se presentó a las seis de la tarde ante el comandante del puerto, el cual envió al intérprete al barco. Al cabo de media hora escasa, el intérprete regresó con una respuesta positiva. Así pues, a las nueve y media del sábado por la mañana, las chicas de la pensión Eva, vestidas como Dios manda y sin la menor sombra de maquillaje, recorrieron las calles del pueblo entre las miradas de los curiosos, llegaron al puerto, subieron a bordo del barco blanco y se encaminaron serenamente al lugar donde iban a encontrar desconcierto, temor y horror.

El lunes siguiente se sentaron a la mesa como la vez anterior. A las chicas les encantó el *cuddriruni*. Grazia quiso conocer la receta: cuánta harina, cuánta levadura, durante cuánto tiempo había que amasar, cuánto rato tenía que fermentar bajo un paño de lana, cuánto jugo de tomate, cuánto queso *caciocavallo*, cuántas patatas, cuántas sardinas saladas y a cuántos grados debía estar el horno.

Después, mientras comían las salchichas asadas en su punto, a Nenè se le ocurrió la mala idea de preguntar qué tal había ido la visita a los heridos alemanes. Ante el silencio que se produjo, comprendió que había cometido un error.

—Ése es un tema que no conviene tocar en estos momentos —dijo la señora Flora, que aún no había ido a acostarse—. Pero si Emanuela quiere contarte su encuentro, quizá tengas suficiente y no quieras saber nada más.

Se había dirigido a ellos en italiano, como solía en las grandes ocasiones. Emanuela empezó su relato, pero como lo hacía de mala gana, el acento alemán se le notaba mucho más.

—Había ocho camas a cada lado, una de ellas vacía. Yo me acerqué a la última de la izquierda. Había muy poca luz...

—No se veía nada —la interrumpió la señora—, no había ojos de buey porque esa sala estaba en la cubierta inferior y no disponía de luz central. Sólo había una bombilla de bajo voltaje al lado de cada cama. Sigue.

—Aquel sitio, de sólo entrar, se te encogía el corazón —dijo Grazia en voz baja.

—Al aproximarme —continuó Emanuela—, vi que el herido estaba recostado sobre tres almohadas. Llevaba toda la cabeza vendada, incluidos los ojos. Sólo se le veía la boca. Pero cuando me senté en la silla, junto a la cabecera, advertí que el hombre no estaba incorporado, sino que lo habían apoyado de aquella manera porque... —Se interrumpió y bebió de un trago medio vaso de vino—. Porque le faltaban las piernas. Y también el brazo izquierdo. Sobre la cabecera había un letrerito con el nombre y la graduación: sargento Hans Grimmel. Yo estaba empapada de sudor, no sabía qué hacer. Probé a llamarlo en voz baja: «Hans, ¡Hans!», pero no me oyó. La enfermera (había sólo una y no se veía a ningún médico) me indicó por gestos que el sargento había perdido el oído y la vista. Le dije que yo hablaba alemán. Ella sonrió y se retiró. Yo estaba allí sentada, pensando en la inutilidad de la visita, cuando el herido giró muy despacio la cabeza hacia mí. A lo mejor había percibido mi olor, no sé. Después extendió con gran esfuerzo la mano, la única, como buscando la mía. La tomé y se la estreché. Después me atrajo hacia él y comprendí que quería que me acercara. Me arrodillé junto a la cama, él me soltó la mano y empezó a acariciarme suavemente el cabello, la frente, los ojos, la nariz, la boca, el cuello. Bajó un poco más y se detuvo. Comprendí lo que quería. Me levanté la camisa, que llevaba remetida en la falda, me desabroché, me quité el sujetador y le guié la mano. Me acarició largo rato. En determinado momento, retiró la mano y se puso a toser muy fuerte, como si se estuviera ahogando. Entonces me recompuse la ropa, me levanté y llamé a la enfermera. Cuando llegó, le pregunté si podía hacer algo para aliviar aquella tos tan persistente. Ella me miró y contestó que no había nada que hacer, porque el herido no estaba tosiendo sino llorando. Eso fue todo.

« ¡Maldito el instante en que se me ha ocurrido hacer esa pregunta! », pensó Nenè al ver que todas las chicas tenían el rostro bañado en lágrimas. La señora Flora, que también estaba muy emocionada, se levantó.

—Buenas noches a todos. Y sobre todo, pórtense bien.

También esa vez, la retirada de la madama, que cerró la puerta a su espalda, relajó la tensión, y la tristeza que habían provocado las palabras de Emanuela no tardó en desaparecer. La juventud había ganado la partida.

—Hagamos como la otra vez. Apaguemos la luz y abramos la ventana —propuso Jacolino.

Ciccio abrió. En el horizonte brillaba la luna llena. Se veía tan baja que parecía estar a la altura de la ventana.

« ¡Qué luna tan leopardiana! », pensó Nenè, que tenía muy reciente la lectura del poeta.

El perfil de los barcos, recortado contra el fondo de luces y sombras del

puerto, destacaba de tal manera que semejaba dibujado o tallado. En la sala, la luz de la luna bastaba para verse las caras, y los incitaba a todos, quién sabe por qué, a hablar en voz baja.

—¿Quieres que te la enseñe? —le preguntó Grazia al oído a Nenè.

—Sí —contestó, sin saber muy bien qué quería enseñarle la chica.

Grazia lo tomó de la mano y tiró de él un poco hacia atrás. Los demás, que miraban por la ventana entre bromas, no se enteraron cuando ellos dos abandonaron la sala.

En la oscuridad del rellano, Nenè adivinó que Grazia había empezado a bajar las escaleras.

—Enciende la luz, que no veo nada.

—No —dijo la chica—, no quiero que los demás nos sigan. Apóyate en mis hombros.

El muchacho bajó como un ciego. Pero estaba contento. Había comprendido que ella quería enseñarle la pensión.

¡Cuánto había deseado aquello! ¡Cuántas veces se había preguntado cómo sería por dentro! Recordó la vez en que, de niño, asomó la cabeza por la puerta y un hombre lo regañó.

Grazia giró la llave de la puerta del primer piso y la abrió.

—Pasa.

Una vez dentro, la chica cerró la puerta a su espalda y encendió la luz.

Estaban en un pasillo con nueve puertas, cinco a la izquierda y cuatro a la derecha, con una escalera bastante ancha que conducía al piso de abajo.

—Aquí es donde trabajamos. —Avanzó un par de pasos y abrió una puerta—. Y éste es el cuarto donde trabajo yo.

Una celda. Igualita que una habitación de hospital, limpia pero tan pequeña que a duras penas podía moverse uno en su interior. Y olía a desinfectante, como una habitación de hospital. Sólo cabía una cama de plaza y media, una mesita de noche y una silla. En una pared había un lavabo y un bidet. Nada más.

Salieron de nuevo al pasillo y Grazia abrió otra puerta.

—Éste es el cuarto de baño.

Abrió otra.

—Y éste, el cuartito de la criada, pero no duerme aquí.

Allí no habría cabido ni una cama. Sólo había una butaca desfondada. Era una especie de trastero lleno de sábanas, fundas de almohada, toallas, ropa para lavar, escobas, pastillas de jabón.

—Vamos abajo.

Descendieron por la escalera y Nenè se encontró en un espacioso salón. Arrimados a las paredes había sofás de distintos colores pero idénticos, pegados unos a otros como si fueran uno solo.

—En estos sofás se sientan los clientes. Nosotras nos ponemos en el centro y

nos exhibimos hasta que alguien nos elige. Entonces subimos a la habitación con él, y cuando terminamos, bajamos y entregamos la ficha a la señora Flora. El cliente paga y se va. El sitio de la señora es aquél.

Junto a la puerta que daba al vestíbulo había una tarima, y sobre ésta, una mesita con una caja registradora que parecía un monumento. Detrás de la mesita, un sillón enorme, el sitio de la madama, de oro y damasco rojo, digno de una reina. Y detrás del sillón, en la pared, un cartel: la lista de las tarifas.

SENCILLO: 3,50 LIRAS

CUARTO DE HORA: 7 LIRAS

MEDIA HORA: 13 LIRAS

MILITARES ITALIANOS Y ALEMANES, SOLDADOS, CAMISAS
NEGRAS Y PERSONAL MILITARIZADO, DESC. 25%

OTROS: PRECIO A CONVENIR

Mientras subían de nuevo por la escalera, Grazia dijo:

—Estos tres últimos días, entre marinos, soldados italianos y alemanes y gente del pueblo, no he tenido tiempo ni para respirar.

Cuando llegaron al primer piso, la chica no abrió la puerta para subir al segundo, sino que se volvió para mirar a Nenè.

—¿Quieres?

El muchacho notó que se ruborizaba; no lo esperaba.

—Si... si tú quieres.

Ella lo tomó de la mano y tiró de él.

—¿No vamos a tu habitación?

—No, a mi habitación no. Me parecería... —Abrió la última puerta del pasillo y lo hizo pasar—. Ésta nunca se utiliza. Sólo se usa para alguna emergencia. —Abrazó fuerte a Nenè y le preguntó—: ¿Puedo besarte en la boca?

¿Por qué le pedía permiso?

—Sí, claro.

Jamás lo habían besado de aquella manera. En el interior de su boca, la lengua de Grazia exploró, lamió, saboreó y paladeó. La cabeza le daba vueltas. Mientras la sangre de abajo se despertaba de golpe, clamando por salir, le sobrevino una especie de temblor que la chica advirtió.

—¿Has estado antes con una mujer?

—Sólo una vez.

—¿Estás emocionado?

—Sí.

—Yo también. Qué extraño. Mira.

Se llevó la mano de Nenè al corazón para que sintiera con qué fuerza palpitaba.

Nenè no sabía que aquélla sería la primera y la última vez que lo hiciera en la pensión Eva. En realidad hubo una segunda, pero no dependió de su voluntad.

Porque dos meses más tarde Nenè conoció a Giovanna, una chica mayor que él que estudiaba tercero en la universidad. La habían llamado para que diera clases de latín en el instituto de Montelusa, pues faltaban profesores debido a la guerra. Pero ella no le daba clase a Nenè. Giovanna vivía sola en un cuartito, y el muchacho, para poder estar con ella, le dijo a su madre que el viaje en autocar resultaba demasiado peligroso, ya que lo ametrallaban continuamente, y que lo mejor sería quedarse a vivir en Montelusa hasta que terminara el curso. Su madre le buscó una habitación en casa de una pariente lejana.

No obstante, Nenè siguió acudiendo todos los lunes por la noche a la pensión Eva con Ciccio y Jacolino. Y no lo hacía esperando la ocasión propicia, que ya no le interesaba, sino porque el relato de Emanuela le había hecho caer en la cuenta de que las historias que contaban aquellas chicas podían ayudarlo a comprender. A comprender algo sobre el mundo, sobre la vida. Allí tenía la posibilidad de conocer a seis chicas distintas cada quince días, hablar con ellas y escucharlas. Había entendido definitivamente, « con satisfacción de botánico, que en ningún otro lugar podría encontrar reunidas unas especies tan insólitas como aquellas jóvenes flores» (aunque estas palabras de Proust las leería muchos años después).

Dirijamos ahora nuestro cálamo hacia las cosas que parecen dignas de asombro: las notables y sorprendentes en sí mismas por su carácter insólito.

GIRALDO CAMBRENSE, *Topographia Hibernica*

Una mañana, la profesora de griego leyó y explicó en clase una oda de Píndaro en honor de Midas, un montelusano que había ganado el concurso de flauta en los Juegos Píticos.

Mientras participaba en la prueba, al tal Midas se le rompió la lengüeta del instrumento, pero, lejos de desanimarse, le dio la vuelta a la flauta convirtiéndola así en un caramillo, y siguió tocando hasta ganar finalmente la prueba. La historia despertó la curiosidad de Nenè, que sintió el deseo de saber cómo era Montelusa en tiempos de los griegos y romanos. Empezó a frecuentar una vieja biblioteca, hasta que un día, busca que te busca, descubrió un pergamino de principios del siglo XVIII en que un monje había dibujado una especie de plano topográfico de Montelusa y alrededores, reflejando en él todos los cambios producidos a lo largo del tiempo. Con profunda emoción, el muchacho realizó un descubrimiento que lo apasionó sobremanera: en el mismo sitio que en la actualidad ocupaba la pensión Eva, antiguamente se levantaba un templo que formaba parte del primer cinturón sagrado de la ciudad. Según el monje, en aquel mismo emplazamiento, tras la destrucción del templo griego, los romanos construyeron otro, y tras la destrucción de éste, los cristianos edificaron una iglesita para marinos y navegantes, la cual, siempre según el monje, en aquellos tiempos ya amenazaba ruina. Un lugar elegido y, por consiguiente, un lugar sagrado.

—Entonces, ¿qué se supone que debemos hacer cuando entremos en la

pensión? ¿Arrodillarnos? ¿Rezará? —preguntó Ciccio cuando Nenè le reveló el descubrimiento.

—¡No seas memo! ¡Lo que quiero decir es que si un lugar se ha considerado sagrado a lo largo de los siglos, eso significa que algo distinto debe de tener!

—¿Quieres que le proponga al padre de Jacolino que cambie el nombre de la pensión por el de « Templo de Venus» ?

A pesar de la broma de su amigo, Nenè estaba convencido de que en aquella pensión podían ocurrir auténticos prodigios y milagros, como los que de hecho estaban ocurriendo.

Porque ¿acaso no era un milagro, un prodigio, o como se quiera llamar, que Jacolino se hubiera convertido en el alumno más destacado en griego y latín, tras recibir clases de repaso de la señora Flora en la pensión Eva, y que hasta Ciccio y él le copiaran los deberes?

—Pero ¿cómo es posible? —se preguntaba la profesora Fernanda Gargiulo, desconcertada ante aquel súbito cambio.

Durante dos años, en primero y segundo, Jacolino había tenido que examinarse de esas dos asignaturas en octubre, y después del examen de repesa la profesora se había visto obligada a aprobarlo por orden del señor director, el cual había recibido la orden del federal, el cual, a su vez había recibido no la orden, sino la humilde petición, del padre del chico, quien le servía, como todo el orbe y la urbe sabían, de rufián. Sin embargo, a principios de tercero, la ignorancia supina, la total incapacidad del muchacho para entender las reglas de aquellas dos lenguas muertas tan difíciles desapareció, para ceder el lugar a un Jacolino que no sólo conocía las reglas, sino que además las manejaba con tal soltura e incluso elegancia que parecía haber nacido al pie del Partenón o en los foros romanos.

La profesora Gargiulo corregía los deberes del chico, pero no lograba ponerle ni una marca en rojo. Le ponía la nota, un nueve (nunca el diez que merecía, antes degollada), y empezaba a darse manotazos en la frente como una desesperada.

—¡No es posible! ¡No es posible!

Hasta que una mañana, sin poder contenerse más, fuera de sí, se lo preguntó en clase al propio Jacolino. La mujer temblaba de pies a cabeza de rabia. Era temible verla; se diría que iba a darle un ataque de un momento a otro.

—De pie, Jacolino, y mírame a los ojos. Tú, hasta hace muy poco tiempo, de griego y latín sabías lo que podría saber, qué sé yo, una vaca, o mejor dicho, una caca. No tienes ningún derecho, ¿entiendes?, ninguno, a volverme loca. Explicame ahora mismo cómo has logrado ser tan buen alumno; de lo contrario, aunque me entregues unos deberes que parezcan escritos por Demóstenes o

Cicerón, te pondré un cero. ¡Y asumo toda la responsabilidad ante el director y el federal!

Toda la clase se giró para mirar a Jacolino, que se hallaba de pie en su sitio. El chaval tenía efectivamente una cara más dura que el cemento, pero estaba claro que no podía contarle a la profesora lo de las clases de repaso que recibía. Y entonces tuvo una ingeniosa ocurrencia.

—Es una cosa que no puedo explicarle desde aquí —dijo con expresión azorada. En italiano no había hecho los mismos progresos que en griego y latín, ya que en la casa de citas no había más profesoras.

—Pues entonces acércate a la tarima.

Jacolino se acercó y le susurró algo al oído, pero de modo que la clase lo oyera:

—Una noche, mientras dormía...

—¿Quién dormía?

—Yo. Mientras dormía, se coló en mi habitación una paloma blanquísima, dio un par de vueltas sobre mi cabeza y desapareció. Y lo curioso del caso es que todo eso sucedió con la ventana cerrada.

La profesora lo miró con asombro.

—¿Y cómo pudo entrar esa paloma?

—¿Y a mí me lo pregunta?

—Bueno, bueno... pero ¿eso qué tiene que ver con el tema que nos ocupa?

—No lo sé, pero resulta que desde entonces comprendo el griego y el latín. ¿Y sabe una cosa, profesora? A veces ni siquiera necesito el diccionario. Las palabras me salen espontáneamente.

—¿Lo dices en serio? —inquirió la mujer, a quien, devota como era, le entró una repentina duda sobre la verdadera naturaleza de la paloma blanca.

—Se lo juro. Y como era domingo, fui a tomar la santa comunión.

Una trola descarada. Jacolino llevaba sin poner los pies en una iglesia desde que hiciera la primera comunión, a los seis años. Ciccio y Nenè, junto con el resto de la clase, lo escuchaban admirados. Era una de las mejores interpretaciones que le habían visto, algo auténticamente artístico, digno de un gran actor.

—Y entonces recé, recé para que el Señor me concediera la gracia de ser bueno en griego y latín. Después fui a ver al cura y le conté lo de la paloma que había entrado en mi habitación.

—¿Y qué te dijo?

—Que a lo mejor había sido el Espíritu Santo.

¡Un milagro! Si aquello era cierto, no cabía la menor duda: Jacolino había sido protagonista de un milagro. La profesora Gargiulo palideció, se santiguó, envió a su sitio al chico y, a partir de entonces, no volvió a preguntarle nada más. Pero ya podía, en conciencia, ponerle un diez.

¿Y acaso no fue también un milagro (aunque, por la manera en que terminó todo, tal vez fuese mejor llamarlo medio milagro) que Tatiana, que era de Reggio Emilia y, según el registro civil, se llamaba Teresa Biagiotti, llegara a la pensión Eva dos días después de que pusieran en libertad al abogado Antonio Manzella, que acababa de cumplir cuatro años de cárcel, una dura condena que el tribunal especial fascista le había impuesto por su pertenencia a una célula comunista?

Conviene explicar que esa tal Teresa, una treintañera muy aficionada a las bromas y las risas, tenía a su padre en la cárcel desde hacía ocho años por su condición de comunista, y que ella misma, a su vez, era una feroz militante. Teresa servía a escondidas al Partido: puesto que cada quince días cambiaba de ciudad y sabía con antelación adónde iría a trabajar, recibía y entregaba cartas secretas y comunicaba las disposiciones y órdenes que los camaradas se intercambiaban. Y todo con la máxima seguridad, porque ¿quién podía imaginar que una puta fuera comunista?

Dos días después de su llegada a la pensión Eva, y tras haberse exhibido medio desnuda en el salón, un cliente le preguntó cómo se llamaba.

—Tatiana.

—Vamos.

Nada más entrar en la habitación, mientras Tatiana se quitaba las bragas, el cliente, un cuarentón de aspecto muy serio, vestido de negro y con gafas de montura dorada, levantó una mano y le dijo:

—Para, no sigas. Tengo un pariente en Reggio Emilia.

Era la frase convenida. Tatiana se sentó en la cama y el hombre permaneció de pie.

—Mañana vendrá a verte un camarada. Lo han puesto en libertad después de cuatro duros años de encierro. Me han informado que, cuando termines aquí, irás a trabajar a Trani. ¿Es cierto?

—Sí.

—Muy bien, es una feliz coincidencia que hayas venido aquí y que después vayas para allá. Porque este camarada tiene que decirte cosas importantes para los compañeros de Trani. Pero deberás ser tú quien lo elija a él, quien le haga comprender que eres la persona indicada. Llamaría la atención que mañana viniera otro hombre preguntándote también cómo te llamas.

—¿Y cómo lo reconoceré?

—Le falta la última falange del meñique de la mano izquierda. Ah, y no te sorprenda que quiera... Hace cuatro años que no ve a una mujer, ¿comprendes?

—¿No está casado?

—Su mujer se largó de casa en cuanto lo detuvieron. Al parecer era lo que estaba esperando. De hecho creemos, aunque no tenemos pruebas, que fue ella quien lo denunció.

Permanecieron cinco minutos más en la habitación sin decir nada. Después Tatiana revolvió la cama, se lavó y se secó las manos. La criada debía encontrarlo todo como si hubieran consumado el acto. Luego bajaron al piso inferior, el hombre pagó la tarifa sencilla y ella regresó al trabajo.

Durante la noche, Tatiana despertó y pensó en el hombre al que conocería al día siguiente, el que había sufrido cuatro años de duro encierro. Y pensó también en su padre, que llevaba prisionero el doble de tiempo y aún debía cumplir dos años más de condena. Se emocionó. Y se le ocurrió darle una bonita sorpresa al camarada que iría a verla.

Lo reconoció enseguida entre la decena de indecisos clientes. Lo reconoció por su aspecto de hombre solitario, o mejor dicho, porque parecía que estuviera en mitad del desierto, envuelto en una especie de manto de soledad. No hablaba con nadie y no se reía con los chistes vulgares que alguien contaba en voz alta. Fumaba con la mano izquierda y era notorio que al dedo meñique le faltaba la última falange. Tatiana no perdió el tiempo. Se puso delante de él con las piernas separadas y la bata abierta, se llevó una mano abajo como para tocarse y la otra a la altura del pecho como para acariciarse una teta.

—¿Quién eres? —le dijo con aire sensual—. ¡En cuanto te he visto, me he puesto caliente! ¡Tú serías capaz de volverme loca! ¡Anda, ven, que ya no resisto!

El abogado Manzella se avergonzó, pobrecillo, y enrojeció como un tomate. Tatiana le tendió la mano; él la tomó, se levantó del sofá y la siguió escaleras arriba.

Nada más entrar en la habitación, el abogado se desplomó en la silla. Sudaba profusamente y tuvo que enjugarse la frente con un pañuelo. Lo que había visto hacer a Tatiana había sido un auténtico golpe de gracia para su hambre atrasada de cuatro años.

—Perdona que te haya montado ese numerito, pero... —se disculpó ella, sensible a lo que el pobre hombre estaba pasando.

El abogado le indicó por señas que sí, que la perdonaba. Pero se notaba que estaba sufriendo las penas del infierno encerrado en una habitación con una chica preciosa vestida, por decir algo, con una simple bata. Era una camarada, sí, pero no por eso dejaba de ser una chica preciosa. Manteniendo los ojos heroicamente clavados en el lavabo, Manzella consiguió razonar.

—O sea que cuando estés en Trani, iré a verte...

Habló sin pausa por espacio de tres minutos. Con claridad y precisión. Al terminar, desplazó los ojos desde el lavabo a Tatiana y la miró. Abrió la boca con un supremo esfuerzo, pero parecía que no podía despegarse de la silla.

—Bueno, pues eso es todo. Ahora me voy y...

Pero no logró levantarse. Estaba clarísimo que se moría de deseo, pero no veía correcto pedirle a una camarada, por muy puta que fuera, que hiciese

aquello. Él estaba allí por un asunto del Partido, y basta.

—No —dijo Tatiana con decisión.

No podía dejar con la miel en los labios a un camarada que se había pasado cuatro años sin tocar a una mujer. Además, le había preparado una bonita sorpresa. Se acercó y le quitó la chaqueta, la corbata y la camisa; después se agachó y le quitó los zapatos, los pantalones y los calzoncillos. Sólo entonces el hombre tuvo ánimos para levantarse. Al verlo, Tatiana temió que fuera a estallar como una granada, tan hinchado tenía el miembro. El abogado mantenía los ojos cerrados y respiraba afanosamente, sin duda para evitar desbordarse antes de empezar.

—Sólo un momento —dijo ella.

Se volvió de espaldas, sacó algo de un bolsillo de la bata (algo que le había dado su padre y que ella siempre llevaba consigo), se desnudó del todo y manipuló a la altura de su parte femenina. Después se tumbó en la cama y dijo entre risas:

—¡Abre los ojos y mira!

El abogado abrió los ojos y miró.

Prendido con una cinta roja en los ricitos del pubis, Tatiana tenía un pequeño medallón redondo con una fotografía en color del camarada Stalin, con sus bigotes, su gorra militar, su mirada socarrona y todo lo demás.

¡Él, la luz de los pueblos, el caudillo invencible, el jefe absoluto y supremo!
¡Él!

Y parecía que estuviera esperando al abogado Manzella justo a la entrada. Como diciéndole: « ¡Camarada, muéstrame de lo que eres capaz! »

Para rematar la faena, Tatiana se puso a tararear muy bajito, con la boca casi cerrada:

¡Avancemos! ¡A la revuelta!

¡Bandera roja! ¡Roja bandera!

Ante la sorprendida mirada de la chica, la granada rojo violácea pasó a verde y después a amarillo, y de a punto de estallar como estaba pasó a deshincharse hasta convertirse en un rabito menudo y reseco.

Inmediatamente, tras haber escondido el medallón y casi al borde de las lágrimas por el daño causado, Tatiana echó mano de lo mejor de su arte para que el fruto volviese a florecer. Pero no hubo manera.

¿Y qué decir de lo que ocurrió aquel lunes en que la señora Flora no estuvo en la mesa porque aprovechó el día libre para ir a Palermo a ver a una hermana suya que estaba muy enferma?

Aquel lunes, que sería recordado como « la velada épica » o « la velada de las metamorfosis », se dieron cita o cerraron un pacto al menos tres felices y casuales coincidencias.

La primera fue que Jacolino, cuya manía de presentarse de vez en cuando con cosas de los alemanes resultaba sorprendente (o no tanto, puesto que su padre se traía muchos chanchullos con los alemanes), acudió aquella noche a la pensión Eva con dos botellas de un licor verdoso, de nombre indescifrable, que cuando bebías una gotita te quemaba el esófago como el fuego. Aquel licor, mezclado con vino de alta graduación, les provocó a todos una borrachera total y absoluta, de esas que tardan tres días en remitir.

La segunda fue que Nenè llevaba consigo el *Orlando furioso*, que acababa de devolverle un amigo con quien se había cruzado mientras se dirigía a la pensión.

Y la tercera fue la composición, un tanto extraña, de la nueva quincena. De las seis chicas llegadas la víspera, cinco parecían fabricadas con el mismo molde. Las cinco hablaban el mismo dialecto y eran rechonchas, bajitas y de culo gordo, con toda probabilidad campesinas acostumbradas a las duras faenas del campo. Utilizaban un lenguaje vulgar (por regla general, las chicas sólo se expresaban de aquella manera en presencia de los clientes) y eran capaces de cualquier cosa sin avergonzarse. La sexta, en cambio, constituía una excepción. Era alta, pelirroja, guapita y más bien reservada.

Cuando esa chica, cuyo nombre artístico era Giusi, vio el libro que Nenè había dejado encima de la consola, fue a echarle un vistazo.

—¡Ah, el *Orlando furioso*!

Nenè sintió curiosidad.

—¿Lo conoces?

—Sí. Me hicieron leer algún pasaje en la escuela.

—¿Qué estudiaste?

—Llegué hasta segundo de instituto.

Pero se notaba que no le apetecía hablar de sus cosas, y Nenè lo dejó correr.

Mientras comían, pero sobre todo bebían, las voces se levantaron y las risas se tornaron más estrepitosas. Una de las chicas contó una historia que le había ocurrido en una casa de citas piamontesa.

La primera noche que llegó había un tipo que no le quitaba los ojos de encima. La miraba y la miraba, pero no se decidía, no la elegía. Ella se iba a la habitación con un cliente y cuando regresaba, el hombre continuaba allí, mirándola. Al día siguiente sucedió lo mismo, y al otro también. Sólo la última noche de la quincena el hombre se levantó, le hizo una seña para que se acercara y subió con ella a la habitación. La chica, entre curiosa y asustada, ya se estaba preparando para un violento asalto, cuando él, muy circunspecto, tras indicarle que se sentara en la cama, se arrodilló vestido tal como estaba, le apoyó la cabeza sobre las rodillas y se quedó allí, sin hablar ni moverse. Tras pasar un

cuarto de hora en esa posición, y cuando ella empezaba a notar que le cosquilleaban las piernas, el tipo se metió una mano en el bolsillo, sacó un caramelo, lo desenvolvió muy despacio, se lo puso en la boca, lo sacó y lo introdujo en la boca de la chica.

—No lo mastiques —le advirtió encarecidamente.

Al poco rato dijo:

—Devuélvemelo.

Lo tomó y se lo llevó otra vez a la boca. Y así, ahora tú, ahora yo, el caramelo se terminó.

—Ha sido muy bonito, gracias —declaró el hombre.

Y se fue a pagar la tarifa de media hora.

Todos rieron.

—Una vez, en Milán —contó otra chica—, un cliente me pidió que permaneciera de pie frente a él. A continuación alargó el índice de la mano derecha hacia mi pezón izquierdo, pulsó e hizo «nguuuuu» con la boca, como si fuera el claxon de un automóvil. Después levantó el índice de la mano izquierda y pulsó el pezón derecho haciendo «ngueeeee», otro tipo de claxon. Luego, con la mano derecha en forma de pera, me cogió la teta izquierda y empezó a apretarla y soltarla haciendo «pepépepépepé», como si fuera la trompeta de un coche. A continuación hizo lo mismo con la mano izquierda en mi teta derecha, sólo que esta vez el sonido de la trompeta se convirtió en «potipoti». El tipo imitaba los sonidos a la perfección. Pero luego se desmadró: «Pepénguuuuupotipotingueeeee», cada vez más rápido, como si estuviéramos en el centro de Milán en medio de un atasco. Había enrojecido y tenía el rostro congestionado. Para finalizar, levantó los brazos y comenzó a silbar como si fuera una locomotora. Pero lo hizo con tal fuerza y potencia, que todo el mundo salió asustado de las habitaciones.

—¿Y aquel cliente que quería hacerlo cabeza abajo y con los pies en el aire?

—¿Y aquel otro que, cuando terminó, encendió un fósforo y se la quemó porque le había hecho cometer un pecado?

—¿Y aquel que, al vestirse de nuevo, se le cayó del bolsillo un rosario y un breviario?

—¿Y aquel que...?

Cada cual contó la suya. Nenè escuchaba absorto. Aquellas historias caían sobre él como agua del cielo sobre una tierra sedienta. Después, las cinco regordetas dijeron que hacía mucho calor y se quitaron la camisa, quedándose en sujetador. Luego empezaron a discutir en dialecto, hasta que la cosa subió de tono y a punto estuvieron de llegar a las manos y tirarse del pelo. Finalmente una dijo algo y todas asintieron entre risas. Apartaron la mesa, juntaron tres sillas y obligaron a Nenè, Ciccio y Jacolino a sentarse. A continuación las cinco se plantaron frente a ellos. La sexta, la que no se había quitado la camisa, se acercó

a la consola y se puso a hojear el *Orlando furioso*.

—¡Uno! —dijo la que había hablado en primer lugar, llevándose las manos a la espalda.

Las otras la imitaron.

—¡Dos!

Las chicas movieron las manos.

—¡Tres!

Todas se desabrocharon los sujetadores y los dejaron caer al suelo.

—¿Quién tiene las tetas más bonitas? —preguntó la que dirigía el juego.

—¡Madre santa! ¡Esto es el juicio de París! —exclamó Jacolino entusiasmado.

—¿Podemos tocar? —preguntó Ciccio.

—Pues claro —contestó la de siempre.

A lo largo de media hora las estudiaron de cerca y de lejos, las sobaron, estrujaron y sopesaron.

—Para mí, la ganadora es la primera de la izquierda —dijo Nenè.

—Pues para mí, la primera de la derecha —repuso Ciccio.

—Pues para mí, todas —remató Jacolino.

—Bueno, decidíos —urgió la consabida jefa.

La cosa empezaba a desvariar. Demasiado vino, demasiado licor verdense. Ciccio miró muy serio a Nenè.

—Permítame decirle, señor —declamó, pasando del tú al usted y hablando en italiano en lugar de en siciliano—, y aunque no me lo permita se lo diré de todos modos, que es usted un incompetente absoluto en cuestión de belleza femenina.

Nenè se ruborizó.

—Pues sepa usted, señor, que cuando yo me solazaba con una mujer, usted aún creía que a los niños los traía la cigüeña.

Ciccio se levantó con aire iracundo.

—¡Considérese abofeteado, señor!

—Muy bien, que se pongan de acuerdo los padrinos.

Los posibles padrinos eran dos. Jacolino y Giusi. Jacolino, con expresión solemne, se acercó a Ciccio y le preguntó cuándo y cómo quería batirse en duelo. Él contestó que daría la respuesta tras haber consultado con Giusi.

Ella se pasó un buen rato hablando con él. Había cogido el *Orlando furioso* y se lo estaba enseñando. Ciccio acabó asintiendo. Entonces Giusi habló con Jacolino y Nenè.

—Mi representado quiere batirse aquí y ahora. El arma elegida es la lanza. El duelo se hará a caballo. Señores, ahora les corresponde a ustedes elegir la montura —terminó, señalando a las cinco chicas.

Como era lógico, Nenè escogió a la chica que, a su juicio, tenía las tetas más

bonitas, y lo mismo hizo Ciccio.

—Los duelistas y los caballos deberán combatir desnudos —ordenó Giusi—. El público se sentará y dejará libre el centro de la habitación.

—¡El público también deberá ir desnudo! —dijo Jacolino, dando ejemplo.

Todos obedecieron en medio de un estruendo de risas y voces, menos Giusi, que abandonó la sala y regresó enseguida con dos palos de escoba, uno para Ciccio y otro para Nenè.

—Éstas son vuestras lanzas.

Las dos chicas que hacían de caballo se recogieron el pelo en un moño, sujetándolo con horquillas.

—Que yo sepa, los caballos tienen crines —dijo Nenè—. ¿Qué novedad es ésta?

—Con el pelo suelto podrían hacerse daño —terció Giusi.

—¿Cuáles son las reglas de la lid? —inquirió Nenè mientras se sentaba a horcajadas a lomos de su chica. La cual, para que no se cayera, le sujetó fuertemente los muslos con las manos. Él, un tanto inseguro, le preguntó: *Bayardo*, ¿puedes conmigo?

—¡Pero si no pesas nada! —lo tranquilizó el caballo. Y soltó un relincho que fue respondido por la montura de Ciccio desde el otro extremo de la sala.

—Si tu corcel se llama *Bayardo*, el mío se llama *Rabicano*.

—O sea que tú eres Astolfo... Ja, ja —rió despectivamente Nenè.

—Y tú Rinaldo... ¡Ja, ja! —replicó Ciccio.

—Cuando yo dé la orden, empezará el combate —anunció Giusi—. Y cuando yo lo diga, os detenéis. El primero que caiga del caballo pierde. ¿Preparados?

Nenè levantó la lanza y declamó con voz de titiritero:

—¡Corre veloz, mi bravo *Bayardo*! ¡Arremetamos y de Astolfo picadillo hagamos!

Ciccio no se quedó atrás:

—¡Corre veloz, mi hipogrifo bravo! ¡Hagamos de Rinaldo y su *Bayardo* un asqueroso fardo!

—¿Listos? —repitió Giusi.

Los caballeros se aprestaron, lanza en ristre.

—¡Se admiten apuestas! —gritó Jacolino.

—¡Ya! —gritó Giusi.

Los dos caballos salieron disparados.

—Patatún, patatún, patatún —bramó Jacolino, que había decidido encargarse de los efectos sonoros.

Cuando el choque frontal parecía inevitable, los dos corceles se esquivaron y pasaron de largo. El primer asalto se había resuelto en un simple cambio de posiciones. Ciccio levantó la lanza y retó, desafiante:

—¡Acércate, Rinaldo, cobarde escurridizo, y te agujerearé como a un queso

suizo!

—Astolfo, ven, ataca, sé valiente, ¡para que con mi lanza te reviente!

Volvieron a tomar posiciones, lanza en ristre, es decir, con el palo de la escoba bajo la axila.

—¡Ya! —ordenó Giusi.

Otra vez al ataque. Pero tras haber dado apenas dos pasos, *Rabicano* resbaló y dobló las rodillas. Astolfo, desazonado, arrojó la lanza y trató de agarrarse a la crin del caballo, es decir, al moño de la mujer, pero cayó de espaldas. *Bayardo*, para no darse de bruces contra *Rabicano*, se detuvo de golpe y Rinaldo voló por los aires, soltó la lanza y aterrizó en una suerte de voltereta.

Estalló una carcajada general, pues lo que ahora blandían los valerosos e indómitos caballeros, ambos tumbados boca arriba, eran sus lanzas personales, es decir, las naturales, que a causa del prolongado roce contra el cogote de las chicas-caballo se erguían orgullosamente enhiestas. Y en ese momento ocurrió el prodigio de la metamorfosis: ante semejante espectáculo, *Rabicano*, convertido por arte de magia en el paladín Astolfo, se lanzó sobre su antiguo amo, lo montó con un chillido salvaje y cabalgó sobre él entre los gritos de ánimo de los presentes. Sin pérdida de tiempo, lo mismo hizo *Bayardo*, transformado en Rinaldo. Larga y despiadada fue la contienda, hasta que los caballos cayeron rendidos, y a sin sangre en las venas...

El *cavaliere* Calcedonio Lardera, de ochenta y tantos años, todas las noches, del mismo modo que otros van al casino del pueblo o al cine, se presentaba en la pensión Eva y se quedaba allí hasta la hora del cierre. Viudo y sin hijos, huraño y desabrido por naturaleza, y por consiguiente sin parientes ni amigos que lo quisieran, vivía ahora de las rentas, una renta sólo suficiente para cubrir sus necesidades básicas, a pesar de haber sido muy rico en otros tiempos. En el pueblo se decía que había sido muy mujeriego, pero ahora, tan privado de dinero como de la fuerza viril necesaria para tratar con mujeres, como siempre había hecho, buscaba consuelo en aquellas castas visitas vespertinas donde, a falta de otra cosa mejor, le llegaba a la nariz el perfume de las chicas, y a los oídos sus carcajadas. Aparecía a las nueve en punto y se sentaba siempre en el mismo lugar (¿cuántos años hacía que estaba señalado con el letrerito de «reservado al cav. Calcedonio Lardera»?). Con las manos apoyadas en el puño de marfil labrado del bastón y el mentón apoyado a su vez en las manos, se recreaba la vista, ya que no podía hacer otra cosa. Quienes lo conocían le pedían a menudo consejo acerca de alguna chica nueva.

—*Cavaleri*, ¿qué me dice de esta Inés? ¿Vale la pena la ficha?

El *cavaliere*, suspirando al recordar sus antiguas experiencias y ya sin la

menor posibilidad de vivirlas aunque sólo fuera una sola y condenada vez, dictaba sentencia a ojo. Y jamás fallaba.

Incluso cuando la guerra se recrudeció y los aviones bombardeaban a traición sin que la sirena tuviera tiempo de dar la alarma, el *cavaliere* permanecía impertérrito en su sitio.

Una noche, cuando se disponía a entrar en la pensión, le estalló una bomba a cinco pasos de distancia, y mientras se desencadenaba un infierno de explosiones, disparos de ametralladora y cañonazos, la onda expansiva empujó al *cavaliere* contra la pared de la casa. Un centenar de esquirras dibujaron en el muro la silueta de su cuerpo con la precisión de un lanzador de cuchillos, pero ni una sola lo hirió. La incursión aérea pasó de largo con la misma celeridad con que había aparecido. Y todos los que estaban en la pensión, recuperándose del susto, vieron entrar al *cavaliere* doblado por la mitad y sujetándose el bajo vientre con la mano mientras gritaba:

—¡Rápido, por el amor de Dios! ¡Rápido! ¡Por el amor de Dios!

Por encima de las voces aterrorizadas de las chicas y los clientes se elevó la de la señora Flora, que se acercó presurosa al hombre:

—¡Llamad al médico! ¡Traed el maletín de primeros auxilios! ¡El *cavaliere* está herido!

—¡Qué herido ni qué niño muerto! —dijo él retorciéndose y apartando a la madama, que lo sujetaba del brazo—. ¡Una mujer, rápido!

—¿Qué mujer? —preguntó ella perpleja.

Pero el *cavaliere*, sin responder, se abalanzó sobre las chicas, que se habían agrupado en el centro del salón, agarró al vuelo a una que se llamaba Manola y tiró de ella escaleras arriba.

—¡Rápido, Manola, rápido!

En la pensión se detuvo el movimiento y todos se sentaron en silencio a la espera del regreso del *cavaliere*. Pero ¿qué le había dado?

¿Era posible que después de tantos años de desarme...?

Pasaron cinco minutos, pasaron diez.

—¿Se habrá muerto? —dijo uno de los clientes.

—No creo; Manola se habría puesto a gritar —contestó la señora Flora.

Nada. Al cumplirse el minuto treinta y uno, el *cavaliere* y la chica aparecieron en lo alto de la escalera.

—¡Ni que fuese un joven de veinte años! —proclamó Manola—. ¡Me ha deslomado!

Todos los presentes se levantaron y aplaudieron.

—El *cavaliere* paga la media hora —le dijo orgullosamente Manola a la madama, entregándole la ficha.

—El *cavaliere* no paga nada. Obsequio de la casa —repuso la mujer.

Desde aquel día, en cuanto empezaban los bombardeos, el *cavaliere* salía a la calle a la espera de que una nueva bomba repitiera el milagro, el que le había devuelto la juventud durante media hora. Pero nada, las bombas caían lejos de él. Entonces se le ocurrió agenciarse una pila de gran tamaño, una especie de potente linterna de bolsillo que emitía dos clases de luz, una fija y otra intermitente. Cuando sonaba la alarma, o cuando bombardeaban sin alarma, el hombre salía a la calle y encendía y apagaba la linterna con la esperanza de llamar la atención de los aviones. Sin embargo, lo que sucedió dos días antes de la llegada de los americanos fue que llamó la atención de un soldado de guardia, el cual, confundiendo con un espía que le hacía señales al enemigo, le pegó un tiro y lo mató.

El día de su llegada a la pensión Eva para hacer la quincena, el 27 de agosto, Nadia se encontró con una carta que su hermano Filippo le había enviado desde la cárcel de Milán. En ella le contaba que había conseguido la revisión de su sentencia a veinte años de cárcel y que esperaba que tras el nuevo juicio lo pusiesen en libertad. Porque él era, y lo repetía por milésima vez, inocente. Pero para el nuevo juicio, en que sería defendido por uno de los mejores abogados de Milán, necesitaba entre unas cosas y otras, y una vez hechas todas las cuentas posibles, nada menos que diez mil setecientos cincuenta liras. ¿Y quién tenía tanto dinero? ¿Ninetta (de nombre artístico Nadia) podía echarle una mano? Y si no podía, paciencia. Se quedaría en la cárcel.

Nadia se echó a llorar desesperadamente: todos los ahorros que había logrado reunir sumaban mil trescientas liras, una insignificancia en comparación con lo que se precisaba para la revisión del juicio.

Aquella noche no consiguió conciliar el sueño. Se la pasó dando vueltas en la cama, llorando, rezando a Nuestro Señor, a la Virgen y sobre todo a san Ambrosio, el patrón de Milán. E hizo una promesa: que no haría el amor por gusto (por trabajo era otra cosa) hasta que reuniese el dinero que su hermano necesitaba.

A la mañana siguiente, cuando la señora Flora la vio con los ojos rojos como dos tomates maduros, la llamó aparte, y la chica le mostró la carta de Filippo. La madama se compadeció de ella y trató de consolarla.

Durante su segunda noche de desconsuelo, mientras rezaba a san Ambrosio, le entró un fuerte dolor de cabeza. Buscó las pastillas para tomar una, pero no las encontró; después recordó que las había dejado en la mesilla de la habitación en que atendía a los clientes. Salió completamente desnuda, pues hacía mucho calor, bajó al primer piso, abrió la puerta de su cuarto de trabajo, encendió la luz y por poco se desmayó.

Sentado en la silla había un monje, un joven bellissimo con hábito blanco,

manto negro y barba poblada. Pero lo que más le extrañó fue el hecho de que el monje, a pesar de no presentar rasgos negroides, tenía la piel negra.

—¿Cómo ha entrado? —le preguntó asustada.

—Yo no tengo problemas para entrar donde se me antoje —contestó él.

—¿Qué quiere de mí? —inquirió, más tranquila al ver que el fraile permanecía serenamente sentado con una sonrisa en los labios.

Aquel joven, tanto si era monje como si no, poseía una belleza verdaderamente extraña; brotaba de él una especie de calor, de energía, de fuerza, que atraía como un imán. A pesar del dolor de cabeza y su preocupación por Filippo, Nadia tuvo que hacer un esfuerzo para no correr a sentarse sobre sus rodillas, abrazarlo y besarlo.

—¿Qué quiero? Lo mismo que todos los hombres que vienen a verte —contestó el desconocido, mirándole las tetas y las rodillas.

Nadia sintió aquella mirada como una lenta caricia sobre la piel, una caricia tan rebotante de deseo y pasión que le dejó las piernas flojas como el requesón.

—Perdone, pero es que yo no... no me siento con ánimos —dijo a duras penas. Y añadió, para que él no pensara que lo rechazaba porque no le gustaba—: Además, tampoco podría; a esta hora está cerrado y no prestamos servicio.

—¿Ni siquiera si te pago muy bien?

—Ni siquiera.

—¿De dónde eres?

—De Milán.

—Entonces, tu santo protector es san Ambrosio...

—Sí.

—¿Y le rezas alguna vez?

—Sí.

—En cambio, el santo de aquí es san Calogero. San Calò. Puesto que estás en esta zona, te convendría rezarle. Milán queda demasiado lejos.

Mientras el fraile hablaba, Nadia, sin darse cuenta siquiera, se había acercado a él. Sus piernas se habían movido por su cuenta, incapaces de sustraerse a la poderosa y misteriosa atracción que irradiaba aquel cuerpo viril, un cuerpo que se adivinaba claramente bajo el hábito. Además: ¡qué ojos tenía aquel monje! Un lago negro sin fondo. ¡Y qué boca!

Una boca que ella, sin saber cómo, empezó a besar desesperadamente, experimentando un placer que jamás en su vida... un placer tan intenso que habría bastado por sí solo para...

¿Placer? ¿Y la promesa que había hecho? ¿La solemne promesa?

No, no podía incumplirla, por amor a su hermano Filippo. Se levantó de golpe de las rodillas del hombre, el cual, sin embargo, no la había abrazado; es más, ni siquiera la había tocado. Y tampoco había correspondido a su beso.

—No puedo; perdone.

Y abandonó la habitación llevándose la cajita de las pastillas. Pero, curiosamente, ya no la necesitó. El dolor de cabeza se le había pasado, a tal extremo que logró conciliar el sueño. Sin embargo, un minuto antes de dormirse le rezó una oración a aquel santo local que no conocía, san Calò. Cuando al día siguiente se disponía a iniciar su trabajo, buscó el pastillero y no lo encontró. Bajó a su habitación del primer piso y abrió el cajón de la mesilla: allí estaba. Se quedó perpleja. Pero ¿cómo? ¿Acaso no lo había cogido la víspera tras su encuentro con el monje? Aunque, bien pensado, esa historia... ¿había ocurrido realmente o la había soñado? Pensándolo fríamente, debía de haber sido un sueño causado por la inquietud, por la tensión nerviosa que la dominaba. ¡Imagínate! ¡Un monje que va a buscar a una mujer a una casa de citas y no se sabe cómo ha entrado! ¡Y negro! ¡Menuda fantasía! Casi sintió vergüenza.

Hacia la diez de aquella misma noche, se notó unas décimas de fiebre y se lo dijo a la señora Flora; ésta le permitió interrumpir el trabajo y tumbarse un rato en la cama. La chica tenía mucha sed y le ardía la boca. La madama fue a verla hacia las doce de la noche y le indicó que se pusiera el termómetro. Treinta y ocho y medio.

—Procura descansar. Mañana por la mañana llamaré al *dutturi*.

Descansar. ¡Como si fuera tan fácil! A las tres de la madrugada, Nadia se levantó y sintió que debía bajar a su habitación del primer piso. Avanzó por la casa a oscuras para que sus compañeras no la oyeran. Cuando abrió la puerta, el monje estaba allí sentado.

—Te esperaba.

—Y yo he venido.

—Quería decirte que me he informado.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de ti, de tu vida, de tu hermano Filippo.

—Pero ¿cómo ha...?

—Tengo muchos amigos. Y esos amigos me han contado también que tu hermano Filippo es ajeno a los hechos que se le imputan, que es inocente.

Las palabras sonaron tan verdaderas y convencidas que Nadia sintió que la sangre dejaba de circular por las venas. Cayó de rodillas mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro.

—¿Habla en serio?

—Yo jamás bromeo. Y te diré otra cosa: puedo conseguir que tu hermano gane el juicio.

—¡Pues hágalo, se lo ruego! —le suplicó, extendiendo hacia él las manos juntas en gesto de plegaria.

—Hay una condición.

—¿Cuál?

—Que me des a mí lo mismo que les das a los otros.

—No, eso no.

—¿Por qué?

—Porque...

—Adelante.

—Porque con usted experimentaría placer.

—¿Y qué?

—He hecho una promesa. Y no puedo incumplirla.

No había nada más que decir o hacer, sólo marcharse. Se arrastró por el pasillo, se arrastró por la escalera, se arrastró hasta la cama de su habitación. Y, ya sin fuerzas, se quedó dormida. A la mañana siguiente no tenía fiebre, sólo se sentía un poco cansada. Y por eso no fue necesario llamar al médico. A Nadia no le costó convencerse de que la historia del monje había sido de nuevo una especie de pesadilla, pero, por si acaso, le preguntó a la señora Flora si alguien podía entrar y salir de noche a escondidas de la pensión.

—¿Estás loca? —fue la respuesta.

El 31 por la mañana la despertó un impresionante ruido de tambores. Miró a través de la persiana: doce hombres vestidos con camisa blanca, pantalón negro y un pañuelo de color anudado a la cabeza tocaban rítmicamente doce tambores de distintos tamaños.

—Han empezado las fiestas de san Calò —les explicó la señora Flora a las chicas, que eran todas de la península—. Así que mañana, primer domingo de septiembre, día del santo, la pensión permanecerá cerrada, por respeto. Es el patrón del pueblo, de los tristes, los enfermos, los pobres desgraciados, los muertos de hambre. Vale la pena ver los festejos. Los que llevan la imagen del santo van corriendo por las calles y ponen a niños enfermos sobre las andas. Desde las ventanas y los balcones arrojan rebanadas de un pan especial que se elabora para la ocasión, pero el pan nunca llega a tocar el suelo, pues lo coge al vuelo la gente que sigue la procesión.

—¿Y usted va? —le preguntó una chica.

—Sí. Si queréis, podéis venir conmigo. El santo sale de la iglesia mañana a la una en punto.

Al día siguiente comieron temprano y se fueron todas menos Nadia, que no tenía mayor interés. Se tumbó en la cama para reflexionar sobre su mala suerte. Hacia las seis oyó el fragor de los tambores que anunciaban la llegada de la procesión. Se levantó, se acercó a la ventana y entreabrió las persianas. Lo primero que vio fue la imagen del santo. El corazón se le bajó a los pies y volvió a subirle a la garganta, cortándole la respiración. ¿Era posible que san Calò vistiera como el monje, tuviera la piel negra como el monje y su cara fuese exactamente igual que la del monje, sólo que la imagen correspondía a la de un viejo con una barba más larga y totalmente blanca? ¿Y fue a causa del vértigo que le sobrevino por lo que, un momento antes de desplomarse, se le antojó que

la imagen había levantado los ojos para mirarla?

Decidió contárselo todo a la señora Flora, pero ésta se echó a reír.

—¡A san Calò lo viste nada más llegar aquí!

—¿Dónde?

—En mi habitación; ven que te lo enseñe.

Era verdad. En la mesilla de la madama había una figura de cartón piedra del santo. Seguramente Nadia la había visto pero no le había prestado atención, y después, entre la fiebre, el insomnio y los malos pensamientos, se había imaginado e inventado toda la historia del fraile que iba a visitarla por la noche.

Llegó el último día de la quincena. Nadia abrió la maleta para meter la ropa y vio el sobre con la carta de Filippo. Cuando lo cogió, le pareció que pesaba mucho y pensó que habría metido algo dentro sin darse cuenta. Abrió el sobre, introdujo la mano y lo que palparon sus dedos la dejó petrificada. Lentamente extrajo diez billetes de mil, siete de cien y uno de cincuenta. Justo el dinero que necesitaba. Se tocó la frente: no estaba caliente, no tenía fiebre.

« Ahora despertaré y veré que nada es verdad.»

Y se dio un manotazo en la cara.

Sintió dolor pero no despertó. Por consiguiente, todo era verdad. El dinero que precisaba para su hermano estaba allí, encima de la cama. La cantidad exacta. Pero ¿cómo era posible? Entonces lo comprendió. Abrió la puerta temblando y habló casi sin aliento:

—Señora Flora, por favor, venga enseguida.

La mujer, al oír la alterada voz de la chica, acudió de inmediato.

—Entre y cierre la puerta, señora. Mire encima de la cama. ¿Qué ve?

—Un montón de dinero.

Entonces, entre risas y lágrimas, trabándose en algunas palabras y comiéndose otras, Nadia la abrazó.

—¡Me ha hecho el milagro! ¿Ve como yo tenía razón? ¿Ve como ha venido dos veces a visitarme para ponerme a prueba? ¡Quería asegurarse de que yo cumplía realmente la promesa!

La mujer estaba tan emocionada que apenas podía hablar.

—Y ahora ¿qué debo hacer? —preguntó finalmente Nadia.

La señora lo pensó un poco.

—¡Qué vas a hacer! Nada. Coger el dinero y enviárselo a tu hermano. Pero ahora ve a la iglesia y enciéndele una vela a san Calò. Sólo una, a él le basta y sobra. Ah, una cosa. De este asunto, ni una palabra a nadie. No podemos ir diciendo por ahí que san Calò va de noche al burdel para reunirse con una puta.

En cuanto empezó a hablar, a la edad en que los chiquillos empiezan a hablar, su padre y su madre, el abuelo y la abuela, los tíos, toda la familia, se dieron

cuenta de que Domenico Piolo, llamado Minicuzzo, era tartaja, es decir, que se trabucaba con las palabras. Un tormento para él y para quienes tenían que escucharlo.

En la escuela primaria ya comenzaron las bromas de los compañeros. La maestra:

—¿Cómo te llamas?

—Do... Do... Do...

—... re mi fa sol la si. —Coro de la clase.

Puesto que aprendió muy pronto a leer y escribir, siempre andaba por ahí con hojas de papel en las que escribía, en vez de hablar. Se sacó el título de contable y entró a trabajar en el Ayuntamiento. A los cuarenta y cinco años se casó con una mujer cinco años más joven que él, que había vivido siempre en casa de sus padres y sólo salía para ir a misa. Después de seis meses de matrimonio, Minicuzzo comprendió que Luisina, su esposa, sólo le permitiría hacerlo una vez al mes, en total oscuridad y con el camisón levantado lo justo. Y mientras él se dedicaba a lo suyo, ella recitaba en voz baja jaculatorias y padrenuestros.

—Pe... ro ¿por... qué... por... qué... re... re... re... rezas?

—Para no caer en el pecado de la carne.

Al séptimo mes Minicuzzo Piolo se presentó en la pensión Eva, a la que ya solía ir antes de casarse, y adquirió la costumbre de visitarla puntualmente los sábados por la noche.

—Pero ¿se puede saber adónde vas? —le preguntó Luisina a su marido cuando ya llevaba más de un año saliendo todos los sábados por la noche.

A la mujer le costaba un poco comprender lo que ocurría en torno a ella y siempre daba la impresión de estar algo atontada.

«Voy a jugar a las cartas con el zù Tano», escribió Minicuzzo en una hoja.

Y era cierto, en parte. Jugaba una partida rápida y después se iba corriendo a la pensión Eva. Pero dos años después tío Tano murió.

—¿Por qué sigues saliendo si zù Tano, que en paz descansa, y a no está?

¡Menuda lata! Minicuzzo, que era especialista en decir verdades a medias, escribió:

«Voy a la pensión Eva.»

Total, ¿qué sabía Luisina de esa pensión? Ni siquiera se le podía pasar por la antecámara del cerebro que se tratara de un burdel. En efecto, Luisina, que no lo sabía, le preguntó:

—Ah, ¿sí? ¿Y qué vas a hacer allí?

«Todos los sábados acude allí un médico muy bueno que me aplica un tratamiento. A lo mejor consigue curarme de la tartamudez», escribió él.

Un viernes, estando en la sacristía con el cura al que iba a visitar un día sí y otro no, Luisina le contó que su marido estaba recibiendo un tratamiento contra la

tartamudez.

—Ah, qué bien, ¿y quién lo trata?

—Un *dutturi* en la pensión Eva.

—¡¿Dónde dices?!

—En la pensión Eva, eso me contó Minicuzzo.

De pronto pareció que al sacerdote le hubiera dado un ataque de nervios. Se puso a gritar y a decir que su esposo era una persona indigna y asquerosa.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella.

Entonces el cura le explicó qué era la pensión Eva, qué clase de mujeres había allí y qué iban a hacer los hombres. Luisina no dijo nada, no lloró, no se desesperó. Regresó a casa más fresca que una lechuga, preparó la comida como de costumbre y se quedó dormida como de costumbre. Cuando a las ocho y media de la tarde del día siguiente Minicuzzo se disponía a salir, ella quiso asegurarse:

—¿Vas a la pensión?

—Sí.

Esa mañana, la mujer había averiguado por medio de la criada dónde estaba la casa. Se vistió y metió en el bolso una pesa de hierro de dos kilos que cogió de la balanza. Salió, caminó sin prisa, se detuvo un momento en la puerta de la pensión y entró decidida. Y por esas casualidades de la vida, se tropezó con su marido en el vestíbulo, pues ya se iba con la cara rebosante de satisfacción. En cuanto la vio, Minicuzzo se quedó paralizado. Luisina levantó el bolso con mucha calma, lo volteó en el aire y lo dejó caer sobre la cabeza de su esposo. Después se fue sin decir palabra, y él, sujetándose la cabeza, de la que brotaba sangre como de una fuente, regresó al interior de la pensión tambaleándose y chillando como un cerdo degollado:

—¡La cabeza me ha roto! ¡Socorro! ¡Socorro, por el amor de Dios! ¡Socorro!
¡Mi mujer me ha roto la cabeza!

Y ya no dijo más, no se quejó más. Asustado, fulminado por lo que acababa de sucederle. Había pronunciado todas las palabras seguidas, sin tartamudear, sin atascarse, sin dar traspies. Aquel tratamiento, por el motivo que fuera, había surtido el efecto deseado. Y a partir de aquel momento, Minicuzzo Piolo dejó de tartamudear.

Después ocurrió el famoso descenso del ángel. Entre las chicas que llegaron a la pensión en la última quincena de 1942, había una treintañera de Trento que se llamaba Marianna Zunic, de nombre artístico Ambra.

Se presentó con dos maletas, una grande y otra chica. Nada más entrar en su dormitorio, abrió la pequeña, sacó una variada gama de santos, desde san Luis Gonzaga hasta san Ignacio de Loyola, san Alfonso María de Ligorio, santa

Teresita del Niño Jesús, santa Genoveva, san Roque y santa Marta, todos ellos debidamente enmarcados y con sus portavelas incorporados, y los colgó en la pared, además de un crucifijo de considerable tamaño que colocó en la mesilla, una decena de rosarios y dos frascos de agua bendita. Cuando la señora Flora vio la estancia adornada de esa guisa, les preguntó a las otras chicas si aquella manía religiosa de Ambra se manifestaba también en presencia de los clientes.

—¡No, no, señora! En el trabajo, nada de nada.

Bueno, era cosa suya si antes de acostarse rezaba arrodillada junto a la cama todos los misterios del rosario, cosa suya si por la mañana al despertar rezaba media hora como mínimo, cosa suya si purificaba la parte que había cometido pecado con el agua de los frascos. Aunque si alguien que no supiera nada hubiese entrado de noche en la habitación de Ambra, seguro que le habría dado un ataque. Con tantas lucecitas encendidas aquello parecía un cementerio.

Al amanecer del cuarto día de la llegada de Ambra, entró y atracó en el puerto un U-Boot, un submarino alemán que llevaba ocho meses sin ver otra cosa que el agua del mar. Por la tarde, la tripulación al completo se dirigió a toda prisa a la pensión. Los señores oficiales no; éstos no bajaron a tierra, pues tenían que demostrar que ellos sólo estaban entregados a una causa: la victoria del Führer y el Tercer Reich. Sin embargo, ya de noche, al enterarse de que a unos centenares de metros había mujeres a disposición de quien las quisiera, el *oberleutnant* Ernst Grisar no pudo más y le pidió al comandante un permiso de desembarco de tres horas. El superior lo miró con desprecio y dijo:

—Muy bien. Pero no baje vestido de uniforme, que no lo reconozcan.

El *oberleutnant* se puso unos pantalones de paisano, un jersey abotonado por delante, un chaquetón con el cuello y las solapas levantadas para cubrirse el rostro y una especie de morrión de piel con orejeras laterales. Parecía que fuera a descender a las banquisas polares. Una vez en tierra, se cruzó con un miembro de la tripulación que regresaba a bordo, y le pidió información. El marinero le explicó el camino. La pensión se hallaba a cuatro pasos. Grisar, que estaba al límite de su resistencia, echó a correr, entró disparado y agarró a la primera mujer que encontró a mano, precisamente Ambra, y le dijo:

—*Komm schon!* Ven enseguida.

Ambra aún no había tenido tiempo de entrar en la habitación cuando él ya se había quitado los zapatos, los pantalones y los calzoncillos. Ella se quitó la batita.

—*Schnell! Schnell!* Rápido, rápido —la apremió el *oberleutnant*, haciendo señas de que se deshiciera del sujetador y las bragas.

Mientras la chica obedecía, Grisar se deshizo del jersey y el chaquetón.

—*Kondom?* —preguntó Ambra, que conocía algunas palabras de alemán relacionadas con su oficio.

—*Ja.*

Cuando él se estaba quitando el morrión anudado bajo la barbilla, Ambra se

volvió hacia la mesilla, abrió un sobrecito, y al girarse de nuevo hacia el cliente... Ernst Grisar acababa de cumplir treinta años, era alto, con una cicatriz de gran tamaño en el costado a causa de una herida de guerra, una cabellera pelirroja que le llegaba hasta los hombros y, por si fuera poco, una barbita también pelirroja que le enmarcaba el rostro; tenía los brazos extendidos hacia los lados. Más amarilla que un muerto, Ambra se quedó mirándolo, convencida de que el crucificado que tenía sobre la mesilla se había hecho realidad, carne y hueso, y había bajado para reunirse con ella. No había duda, era él. Lanzó un grito que llegó hasta el salón y asustó a todo el mundo. Después se arrodilló y empezó a besar los pies del alemán.

El *oberleutnant*, un tanto extrañado, la agarró por el pelo para que se levantara. A él le importaba un carajo que le besaran los pies. Pero Ambra se resistió, y el oficial empezó a gritar en alemán como si se hubiera vuelto loco. Enseguida subieron corriendo la señora Flora, tres clientes de toda confianza y dos chicas. Ambra había entrado en éxtasis. Tenía el cuerpo rígido, los labios tan estirados que dejaban al descubierto los dientes, y los ojos en blanco. Grisar, soltando reniegos en alemán, agarró su ropa y sus zapatos, asió del brazo a una de las chicas, la arrastró a una habitación libre, cerró la puerta y salió dos horas después.

Por la noche, durante la cena, las chicas y la señora Flora se enzarzaron en una discusión sobre lo ocurrido. Finalmente la madama pronunció unas palabras absolutorias para Ambra, que se había quedado rezando en su habitación.

—Claro —dijo—, la pobre, que ya tiene esa inclinación por naturaleza, al verse delante de aquel alemán que parecía la viva imagen de...

Las aguas regresaron a su cauce durante un par de días, hasta que llegó la noche en que sobrevoló el pueblo una oleada de bombarderos americanos Liberator.

Volaban a baja altura procedentes del mar, y el simple rugido de los motores parecía suficiente para derribar las paredes de las casas. Jamás se había oído un ruido tan espantoso. De pronto, empezaron a disparar las baterías antiaéreas y las de los buques del puerto. Y por si fuera poco, cuatro o cinco cazas alemanes comenzaron a atacar a la desesperada a la escuadrilla americana. Todas las chicas y la propia señora Flora corrieron al refugio.

Todas menos Ambra, que se quedó sola rezando en voz alta mientras la pensión se convertía en el epicentro de un terremoto. Al poco rato, se le ocurrió que tal vez el Señor oiría mejor sus plegarias si las recitaba a gritos desde la terraza. Abandonó la habitación, subió el tramo de escalera, abrió la puertecita y se encontró entre los depósitos de agua. No brillaba la luna, pero centenares de estrellas se encendían y apagaban sin cesar, así como otras que semejaban estrellas fugaces o cometas y que eran las estelas de los proyectiles, las granadas y los trazadores. La chica se arrodilló, con los ojos alzados hacia el cielo. El haz

de harinosa luz de un foco barrió un instante la oscuridad y desapareció. Y entonces lo vio. Mejor dicho, lo vio y dejó de verlo, al ángel. El ángel que bajaba lenta y silenciosamente a la tierra con las grandes alas desplegadas sobre los hombros. El radio-comunicador americano Angelo Colamonaci, nieto de emigrantes, pero que sólo hablaba y comprendía el lenguaje de Estados Unidos, las había pasado francamente canutas en el interior de un Liberator que caía envuelto en llamas. El hombre, cuyo uniforme también se había incendiado, había conseguido quitarse toda la ropa, colocarse el paracaídas y arrojar del avión. Y ahora descendía muy despacio, pues no soplaban el menor viento, confiando en que no lo vieran y no le dispararan como en el tiro al pichón.

Ambra mantenía los ojos muy abiertos y temblaba toda ella, a la espera de una segunda aparición milagrosa. Y en efecto, el haz del foco antiaéreo reveló nuevamente al ángel desnudo y siguió su camino. Al poco, Ambra oyó un fuerte susurro y el americano aterrizó en la azotea, dio una especie de voltereta y se incorporó, librándose de inmediato de las grandes alas, que enseguida se puso a enrollar. Pero Angelo se detuvo a medio camino: había entrevisto una sombra arrodillada. La sombra se le acercó avanzando de rodillas. Era una chica, que le preguntó:

—Eres un ángel, ¿verdad?

—*Yes* —contestó él, todavía demasiado trastornado para sorprenderse de que aquella joven conociera su nombre.

Entonces ella le besó la mano. Angelo le tocó el rostro en la oscuridad y notó que lo tenía empapado de lágrimas.

La ayudó a levantarse y le preguntó por gestos dónde podía guardar el paracaídas.

«Si quiere esconder las alas, significa que no desea que se sepa que es un ángel», pensó Ambra, alegrándose de compartir un secreto con él.

Lo guió hasta un depósito que, alcanzado por una esquirla, se había vaciado de agua. Angelo alzó la lona que lo cubría, pensando que quizá podría meterse también él junto con el paracaídas. Volvía a reinar el silencio, los bombarderos habían pasado de largo y los disparos habían cesado. Poco después se oyó la voz de la señora Flora:

—Ambra, ¿estás en la azotea?

—Ya bajo —contestó ella.

El ángel no quería que lo vieran, pues nada más oír la voz de la señora se había metido en el depósito. Ambra extendió la lona para taparlo bien y se marchó.

Al día siguiente, mientras estaban a la mesa, a Ambra la asaltó de pronto un pensamiento. ¿Los ángeles comían? Consiguió ocultar la ración de pan que le correspondía, junto con un poco de queso. Al llegar la noche, subió a la terraza y se acercó al depósito.

—¡Ángel!

La lona se levantó y apareció Angelo, que sonrió al verla. Su sonrisa se ensanchó mientras se zampaba en un santiamén el pan y el queso. Ambra se dijo que era un ángel con mucha hambre atrasada. Y no sólo estaba hambriento, sino que además temblaba de frío, pues iba desnudo. ¡Qué cosa tan rara! ¡Los ángeles eran exactamente iguales que los hombres! Puesto que tenía frío, Ambra decidió resolver ese problema. Pero ¿dónde encontrar ropa de hombre? Le hizo señas de que esperara, bajó el tramo de escalera y llamó levemente a la puerta de la señora Flora.

—Soy Ambra, señora.

—Entra. ¿Qué ocurre?—preguntó la mujer, encendiendo la luz.

Se llevó un buen susto, pues la chica la miraba con los ojos muy abiertos y esbozaba una sonrisa de posesa que le partía la cara en dos mitades.

—Señora, en la azotea hay un ángel.

¡Dios mío! La chica había perdido definitivamente la razón. Cosa de locos. Lo único que podía hacer era seguirle la corriente.

—Bueno. Si mañana todavía está allí...

—No, señora; se está muriendo de frío, ¡hay que darse prisa!

¿Un ángel que se moría de frío? A la madama le entró la duda.

—Vamos a ver.

Y fue la salvación del americano. La señora lo vio, a él y al paracaídas. Bajó y subió con dos mantas de lana, una almohada, un buen trozo de pan, dos huevos frescos para que los tomara bebidos, un pedazo de queso, un tarro de aceitunas, una botella de agua y otra de vino. Le explicó por señas que se quedara allí, en el interior del depósito, que ella se encargaría de todo. Al llegar a ese punto, Ambra se puso a gritar:

—¡El ángel es mío!

La madama, con toda la paciencia del mundo, la convenció de que nadie se lo tocaría. Que era suyo. Y que de noche podría subir a verlo.

Después, la señora habló con quien ella sabía, y dos días más tarde dos albañiles fueron a la azotea para arreglar el depósito roto. Cuando terminaron el trabajo y se marcharon, no eran dos sino tres. Aquella misma noche, Ambra, que entretanto había descubierto que los ángeles hacían el amor igual que los hombres pero mucho mejor, de una manera naturalmente angelical, encontró el depósito lleno de agua. Buscó por la azotea, en el interior de los restantes depósitos, pero nada, ni rastro del ángel. Llorando, fue a despertar a la madama.

—¡Ha desaparecido! ¿Qué mal he hecho yo?

—No has hecho ningún mal, Ambra. Se ha ido mientras trabajabas. Me ha pedido que te dijera que te quiere mucho y que se habría quedado con mucho gusto, pero lo han llamado desde el cielo. Por lo visto, tienen mucho que hacer allí. Te da las gracias por todo y te regala esto como recuerdo.

Se agachó y sacó de debajo de la cama una enorme pluma de un extraño pájaro enteramente blanco que le había traído de África muchos años atrás el único hombre que ella había amado en su vida. Habría querido conservarla siempre consigo, pero ahora, y sin la menor tristeza, se la ofreció a la chica.

Una temporada en el infierno

Hubo un tiempo, si mal no recuerdo, en que mi vida era un festín en que todos los corazones se abrían, en que todos los vinos corrían.

Una noche senté sobre mis rodillas a la Belleza.

Y me supo amarga.

ARTHUR RIMBAUD, *Una temporada en el infierno*

Durante los primeros días de marzo de 1943, las incursiones aéreas asolaron el pueblo mañana, tarde y noche como un perro rabioso. La gente disponía apenas de media hora entre un bombardeo y otro para resolver sus asuntos. El caso es que a los ingleses se les habían añadido los americanos, con todo su poderío. Los aviones americanos soltaban las bombas sin ton ni son, a lo loco, sin elegir los objetivos, a boleo, mientras que los ingleses sólo bombardeaban donde tenían motivos para bombardear: el puerto, los barcos, la central eléctrica, la estación. Las bombas americanas destruyeron medio pueblo, causaron decenas y decenas de víctimas inocentes, y asustaron tanto a la población que todos abandonaron sus casas y se fueron a los refugios, llevándose las camas y las sábanas, y sólo salían de allí los que tenían necesidad absoluta de hacerlo. Era muy difícil desplazarse de un pueblo a otro, pues los autocares de línea y los trenes eran constantemente ametrallados y bombardeados. Además, desde la península ya no llegaba correo, ni periódicos, ni medicinas, ni ninguna otra cosa necesaria, pues los barcos no conseguían cruzar el estrecho de Mesina y los aviones eran tan numerosos que parecían pájaros en el cielo y no se les escapaba ni una barquita.

Obviamente, la pensión Eva también se vio afectada por esa situación. No es que hubiera menos clientes; al contrario, éstos habían aumentado; lo que había

cambiado era que ya no se quedaban de palique con las chicas ni tonteaban con ellas. Entraban, consumaban a toda prisa, pagaban y se largaban. Ya no se oía la voz de la señora Flora exhortando de vez en cuando: « ¡Chicos, a la habitación!»

El asunto se había convertido casi en una necesidad, una necesidad de sentirse vivos todavía. Ya no se trataba de placer. La señora Flora les dio a Ciccio y Nenè una explicación que a los dos amigos se les antojó perfecta: « Con el miedo a la muerte, aumentan las ganas de follar.»

Pero la consecuencia más importante fue que a partir del 10 de marzo ya no fue posible el cambio de la quincena. Entre enero y febrero, ocho chicas, tres en Mesina y cinco en Palermo, habían perdido la vida en un desplazamiento. ¿Podían los administradores de los burdeles perder una mercancía tan valiosa y, dado los tiempos que corrían, tan difícil de encontrar?

Y así fue como las chicas que el 10 de marzo se hallaban de servicio en la pensión Eva, de aves migratorias se convirtieron en estables. El equipo femenino quedó integrado por las que estaban en el pueblo en el momento del cierre, a saber:

Angela Panicucci, de nombre artístico Vivi.

Romilda Casagrande, de nombre artístico Siria.

Francesca Rossi, de nombre artístico Carmen.

Giovanna Spalletti, de nombre artístico Aida.

Michela Fanelli, de nombre artístico Lulla.

Imelda Vattoz, de nombre artístico Liuba.

A pesar del peligro que corría de ser ametrallado, todos los domingos por la mañana (la noche del sábado la pasaba con Giovanna, la estudiante-profesora) Nenè bajaba de Montelusa a Vigàta para estar con sus padres, tomaba de nuevo el autocar de línea el lunes al amanecer, iba al instituto y regresaba de nuevo por la tarde para cenar con Ciccio, Jacolino y las chicas. El carácter de los tres amigos también experimentó un cambio ligero, pero cambio al fin. Jacolino, por ejemplo, se convirtió en un beato de repente, de la noche a la mañana. Se tornó taciturno, él, que antes siempre abría la boca aunque sólo fuera para echar aire. El domingo no se perdía la primera misa, se confesaba y comulgaba.

—Jacolino, pero ¿qué te ha pasado?

—Déjame en paz.

—Si te has vuelto católico practicante, y a no deberías ir a la pensión Eva.

—¡Pero si voy allí sólo para estudiar!

—No es verdad. Todos los lunes vas a cenar con las chicas.

—¿Y qué tiene de malo cenar juntos?

Lo primero que hacía Nenè cuando llegaba al anochecer a casa de Giovanna era llevársela al dormitorio. Lo hacía en diez minutos, a toda prisa, como si alguien lo persiguiera, y después, en cuanto terminaban de cenar, más de lo mismo.

Y muchas veces volvía a hacerlo antes de abrir la puerta para marcharse, incluso con el impermeable ya puesto.

* * *

A Ciccio, en cambio, le había dado por las apuestas estrambóticas.

—¿Qué os apostáis a que me como un salmonete vivo de medio kilo? Sin espinas, claro.

Y se lo comió.

—¿Qué os apostáis a que subo los ocho tramos de la escalera de mi casa haciendo el pino?

Ésa la perdió. A mitad del séptimo tramo sus manos no resistieron más.

Y una vez se le ocurrió una idea descabellada:

—¿Qué os apostáis a que hago mis necesidades un domingo en plena plaza, delante de las columnas del ayuntamiento?

—¿Las necesidades completas?

—Completas.

—¿A media mañana?

—A media mañana.

Nenè y Jacolino aceptaron la apuesta. Ni hecho a propósito, al domingo siguiente, mientras los tres amigos tomaban un granizado en el café Castiglione, frente al ayuntamiento, empezó a caer una lluvia de bombas.

—Vamos al refugio, la cosa se pone fea —dijo Jacolino.

—Quietos —replicó Ciccio.

La tierra comenzó a temblar y una nube de humo grisáceo se elevó desde la calle que había detrás del café. Alguna casa había sido alcanzada. En la calle no había ni un alma. Otra bomba cayó sobre un edificio que había a unos veinte metros. Se veía todo a través de una neblina que les provocaba tos y amenazaba con asfixiarlos.

—Chicos, vámonos de aquí, que nos van a freír —exclamó Jacolino, muy alterado.

Entonces Ciccio se dirigió tranquilamente hacia las columnas del ayuntamiento, se bajó los pantalones y los calzoncillos, se agachó y, entre el fragor de las bombas, el rugido de las ametralladoras, las esquirlas, las piedras, los ladrillos, los cascotes y los fragmentos de muebles que volaban por los aires, ganó la apuesta.

—¡Esta cagada la dedico a la guerra! —gritó a todos y a nadie en particular

mientras se levantaba.

Y sus palabras sonaron como un grito, no de desafío sino de rabia y desesperación.

Empezó a resultar difícil encontrar comida. Los barcos de pesca ya no salían a faenar muy a menudo, pues corrían el peligro de ser ametrallados o topar con alguna mina. El pan que daban con la cartilla de racionamiento era verdusco y mohoso, y si sacabas la miga, hacías una bola con ella y la arrojabas contra la pared, se quedaba adherida como si fuese pegamento. Aceite no había; carne, ni hablar. A veces, la comida en la pensión consistía en aceitunas, sardinas saladas y queso *tumazzo* para acompañar las dos gruesas rebanadas de pan del bueno que Jacolino conseguía misteriosamente. Lo que nunca faltaba era vino.

Y las chicas acabaron por juntarse con uno o más hombres. Porque algunos clientes fijos elegían siempre a la misma. Por ejemplo, Michele Testagrossa, un cincuentón que trabajaba como carpintero y que iba los martes y sábados, siempre escogía a Carmen y se pasaba media hora follando con ella. Y lo mismo hacía Nicola Parrinello, los miércoles y viernes, con Liuba, quien también se lo montaba con don Stefano Milocca, el cual llegaba desde Montelusa con una maletita, acordaba con la señora Flora el «precio a convenir», se encerraba en la habitación con la chica y salía a la hora de cerrar.

—Explicame una cosa, Liuba. Este don Stefano ya supera los sesenta. No me dirás que se pasa todo el rato...

Ante la pregunta de Nenè, ella se echó a reír.

—¡Qué dices! ¡Ni por asomo!

—Ah, ¿no?! ¿Y qué hace entonces?

—Pues mira, en cuanto nos desnudamos, abre la maletita, saca un hábito de monja y otro de cura, nos los ponemos y se confiesa conmigo.

—¿Que se confiesa contigo? Querrás decir que te confiesa a ti.

—No, no. Es él quien se viste de monja y se confiesa. ¡Y no veas la fantasía que gasta! Se pasa horas contándome historias: que si el demonio va a verlo de vez en cuando, le da repetidamente por detrás y le propone cosas increíbles; que si la madre abadesa lo ha intentado y que él no ha sabido decirle que no... Y todo cosas así. Se le ocurren unas cosas que me dejan boquiabierta.

Sin embargo, hubo dos historias de verdadero amor.

El barón Giannetto Nicotra di Monserrato contaba a la sazón unos cuarenta años. Dinero tenía todo el que quería, así como tierras, casas y propiedades en Palermo y Vigàta, recibidas en dote de su esposa Agatina, tan fea que daba miedo, hija de un comerciante muy rico que le había comprado el título de

baronesa. Giannetto se había vendido porque, mujeriego como era, siempre andaba escaso de dinero. Se había librado de ir a la guerra porque cojeaba un poco a consecuencia de una caída de caballo sufrida a los quince años. Llegó a Vigàta para encargarse de la venta de un terreno, y tras haber pasado tres días sin mujer, acudió a la pensión Eva, donde lo recibieron en uno de los dos saloncitos privados.

Y allí conoció a Siria. Se presentó de nuevo a la mañana siguiente con su automóvil deportivo —uno de los pocos que aún circulaban, pues a él jamás le faltaba la gasolina— y ya no se separó de ella. Las primeras veces pagó la media hora, pero después pasó a la modalidad de « precio a convenir» .

Y Siria, que siempre había sido una muchacha alegre y despreocupada, se volvió silenciosa y distraída, como ausente.

—Siria, ¿no te habrás enamorado por casualidad del barón?

—¿Te importa cambiar de tema, Nenè?

—¿Y él está enamorado de ti?

—Te he dicho que cambies de tema.

La noche entre el 3 y el 4 de junio hubo un bombardeo peor que todos los anteriores. La casa de campo donde vivía el barón fue destruida. La bomba que la alcanzó debía de ser muy grande, pues del edificio sólo quedó una montaña de polvo y trozos de mobiliario. Los equipos de socorro, excava que te excava, localizaron una mano con el anillo nobiliario en un dedo, un pie y algo que parecía una cabeza de hombre. Eso fue todo lo que hallaron del barón Giannetto Nicotra di Monserrato. Del vehículo deportivo no se encontró ni rastro; tal vez alguien se lo llevó antes de que llegaran los equipos de socorro. El cuñado del barón acudió a toda prisa a Vigàta y permaneció en el pueblo sólo el tiempo necesario para hacerse cargo de los restos y llevárselos a Palermo para el entierro.

Al recibir la noticia de su muerte, Siria, en un primer momento, se desmayó, y después se echó a llorar desconsoladamente a tal punto que tuvieron que llamar al médico para que le inyectara un calmante. La señora Flora le dio permiso para no trabajar los dos próximos días, sábado y domingo, que se los pasó llorando en su habitación. El lunes por la mañana, ya más tranquila y tras ser visitada por el médico, le dijo a la señora Flora que quería ir al lugar donde había muerto el barón y que regresaría a tiempo para sentarse a la mesa con sus compañeras. La madama intentó disuadirla, pero ella insistió, se despidió y se fue. Como Siria no había vuelto a la hora de comer, la señora, preocupada, le pidió a Jacolino que fuera a comprobar si estaba todavía llorando delante de la casa destruida del pobre Giannetto Nicotra. Al cabo de un rato, Jacolino regresó diciendo que no la había visto. La señora aguardó hasta las siete de la tarde, y decidió acudir a los carabineros para presentar una denuncia.

La cena de aquella noche con Ciccio, Nenè y Jacolino fue un verdadero

funeral. Nadie tenía ganas de reír ni de bromear, pues todos pensaban en la desaparición de Siria.

—Esperemos que no haya cometido ningún disparate —dijo Carmen, expresando lo que todos pensaban pero nadie manifestaba con palabras.

Nunca volvieron a tener noticias de Siria. No la encontraron ni viva ni muerta. En su habitación quedaron sus cosas, excepto lo que habitualmente llevaba en el bolso, algunas liras, el carnet de identidad, dos fotografías (una de su padre y otra de su madre) y un pañuelo. La señora Flora se tomó la molestia de escribir a la familia para comunicarles lo ocurrido, pero no obtuvo respuesta. Puede que la carta jamás llegara a su destino.

La segunda historia de amor fue la de Giugiù Firruzza y Lulla. Giugiù era de buena familia, serio, educado y estudioso. Cursaba tercero de Medicina en Palermo. Su padre, don Antonio, que contaba con las amistades adecuadas, había conseguido que en el reconocimiento médico un doctor con el que se había puesto de acuerdo le encontrara el corazón maltrecho y lo librara de ser reclutado. Pero Giugiù, al menos hasta que conoció a Lulla, el corazón lo tenía sanísimo. Lo habían prometido en matrimonio —y él, como buen hijo, había obedecido la voluntad paterna y materna— con una prima lejana, una muchacha piadosa, un poco gordita y con gafas, que iba todos los días a misa. Ninetta, que así se llamaba su prometida, tras dos años de noviazgo le había permitido besarla, aunque no en los labios sino al lado, y después había ido corriendo a confesarse. Y aquélla fue la primera y última vez que la boca del muchacho tocó la piel de su novia. Por eso, obedeciendo a la llamada de la naturaleza —que Giugiù Firruzza esquivó hasta que ya no pudo más—, una noche de mediados de abril decidió entrar, muerto de vergüenza, en la pensión Eva. Y se fue con Lulla no por elección, sino porque en aquel momento era la única libre. Él quería una cosa rápida. Para lo que necesitaba, cualquier mujer valía. Nada más entrar en la habitación, Giugiù aspiró el aroma. Era un perfume fuerte, penetrante y especial, una esencia con sabor a hierbabuena, canela y clavo. Era algo extraordinario, que ensanchaba los pulmones, aunque tal vez demasiado denso; parecía pegarse a la piel. Y en efecto, cuando terminó con la chica, Giugiù comprendió que iba a resultarle muy difícil quitarse aquel aroma de encima: era como si se le hubiese pegado a las manos, el pecho, el estómago y las ingles.

—¿Dónde compras este perfume?

—No lo compro; me lo preparo yo.

—¿Y de qué está hecho?

—De hierbas secas. Me las dio alguien hace un par de años y me enseñó a elaborar el perfume. Por suerte, el mes pasado un cliente me regaló una botella de alcohol. Se me había terminado y es muy difícil encontrarlo en estos tiempos.

¿Bajamos?

—No.

¿Por qué se le había escapado aquel «no»? ¡Pero si estaba invitado a cenar en casa de su novia! Seguramente llegaría con retraso.

Y llegó con mucho retraso, pues tuvo que pasar primero por su casa y meterse en la bañera para quitarse la fragancia de Lulla. Pero mientras se dirigía a casa de su novia, se olfateó la mano: por debajo del olor a jabón aún notaba el perfume de la chica.

Al día siguiente regresó junto a ella, y al otro también. Al cabo de una semana, Lulla le confesó que le costaba estar con otros hombres. Y a partir de ese día, Giugiù empezó a presentarse en cuanto abría la pensión, y era siempre el primer cliente de la joven.

Iniciando con él su trabajo cotidiano, a ella le resultaba menos penoso todo lo demás. Pasada la media hora, Giugiù, en lugar de irse, se quedaba en el salón. En cuanto un cliente elegía a Lulla, ambos enamorados se miraban a los ojos y él le daba ánimos por señas. No obstante, la chica subía la escalera como si estuviese ascendiendo al monte Calvario.

Una noche entraron tres forasteros, que enseguida evidenciaron no sólo que estaban borrachos, sino que tenían ganas de camorra. A una chica le dijeron que era patizamba, a otra que tenía los ojos que miraban uno a Oriente y otro a Occidente; a Lulla, el más corpulento de ellos, tras introducirle la nariz entre las tetas y olfatearlas, le dijo que apestaban y que parecían flanes de requesón rancio.

Giugiù se levantó de un salto del sofá, se abalanzó sobre el grandullón y le rompió la nariz de un puñetazo. Mientras el hombre se tapaba la hemorragia con un pañuelo, los otros dos se arrojaron contra Giugiù; tres clientes acudieron en ayuda del muchacho y la cosa terminó en una batalla campal. Las chicas, asustadas, huyeron hacia la escalera chillando como urracas. El *cavaleri* Lardera, de pie sobre el sofá, gritaba blandiendo el bastón:

—¡Ya basta! ¡Aquí se viene a follar, no a armar follón!

La señora Flora llamó a los carabineros, que se llevaron a Giugiù y los tres forasteros al cuartelillo. Al joven lo soltaron dos horas después, tras recibir un rapapolvo por parte del comandante. Pero la noticia corrió de boca en boca por el pueblo hasta llegar a oídos del *commendatore* Gaetano Mongitore, el futuro suegro de Giugiù. El *commendatore*, hombre de estrictos principios morales, lo llamó a su despacho de notario y le comunicó que, a partir de aquel momento, consideraba el noviazgo definitivamente roto, que jamás de los jamases entregaría su hija a un muchacho corrupto, visitante habitual de casas de mala nota y, con un noventa por ciento de probabilidades, contagiado ya de alguna enfermedad venérea.

—Puede quedarse usted con su hija. Yo mismo estaba a punto de romper el

compromiso, pues estoy enamorado de otra —le contestó él, y abandonó el despacho sin más.

Al notario Mongitore por poco le da un soponcio, pero enseguida mandó llamar al *cavaleri* Antonio Firruzza, que en lo tocante a principios morales, decoro y dignidad, era un latazo de hombre, tal vez peor que el propio *commendatore*.

—Sé que mis palabras van a causarte un gran disgusto, mi querido primo —empezó Mongitore, que tras haber superado la rabia inicial se lo estaba pasando en grande, pues el *cavaleri* Firruzza siempre le había caído muy mal.

Y le contó toda la historia. El pasante del notario tuvo que llevarle un vaso de agua al *cavaleri*, que estaba a punto de desmayarse. Pero ¡cómo! ¿Su hijo Giugiù, que era un ángel bajado del cielo, liándose a tortazos en un burdel? ¿Qué le habría ocurrido al pobre muchacho? ¿Lo habrían hechizado? ¿Habría sido víctima de algún encantamiento? Fueron las palabras que después pronunció Mongitore las que le encendieron una duda.

—Me ha dicho que está enamorado de otra. No quisiera que hubiese perdido la cabeza por una de esas mujeres de mala vida.

Esa misma noche al *cavaleri* Firruzza le subió la fiebre a cuarenta. Su mujer, que no paraba de ponerle paños fríos en la cabeza, viendo que su marido deliraba y no quería los paños, le dijo:

—Deja hacer a una mano de mujer.

Fue como si el *cavaleri* hubiera encontrado un escorpión en la cama. Le dio un manotazo a su esposa, se quitó los paños que le cubrían la cabeza y, levantándose en camisa de dormir, se puso a gritar como un loco:

—¡Fuera inmediatamente de aquí, tú y tus malditas manos de mujer!

Al día siguiente, con la mente despejada, el *cavaleri* fue a ver en secreto a don Stefano Jacolino, el administrador de la pensión.

—Don Stefano, ¿sabe usted si hay algo entre mi hijo Giugiù y una chica de la pensión?

—No sé nada.

Pero en realidad lo sabía de sobra, pues la señora Flora lo mantenía siempre al corriente de todo lo que ocurría allí. El *cavaleri*, sudando profusamente, tuvo que contarle la historia. Y al final, don Stefano se limitó a decir:

—Me informaré.

—Se lo agradezco. Y quisiera hacerle un ruego.

—Si puedo, estoy a su disposición.

—Si la cosa fuese cierta, quisiera pedirle que apartara a esa joven.

Don Stefano lo miró con los ojos entornados.

—Apartarla... ¿en qué sentido?

—Enviarla lejos de aquí.

—¿Y adónde? Las quincenas ya no se hacen. No puedo cambiarla por otra chica.

—Si no puede cambiarla, significa que tendrá que despedirla.

Don Stefano se echó a reír.

—¿Y por qué he de privarme de una ganancia? ¿Por su cara bonita? Y, además, ¿quiere explicarme qué motivo le doy a la chica para despedirla?

—¡Dígale que mi hijo se ha enamorado de ella!

—*Cavaleri*, ¿me permite que le hable claro? Si su hijo es un pendón, ¿por qué tenemos que echarle la culpa a la chica?

Desesperado y fuera de sí, el *cavaleri* fue a hablar con el comandante de los carabineros.

—¿Y qué quiere usted de mí, *cavaleri*?

—Quiero denunciar a esa mujer, enviarla a la cárcel.

—¡Eso no puede ser!

—¿Por qué?

—Porque ella hace lo que está autorizada a hacer.

—Pues entonces prohibale a mi hijo verla.

—¡Tampoco puedo hacer eso! ¡Su hijo es mayor de edad!

Al *cavaleri* le dio un ataque de locura. Con el rostro morado de rabia y temblando de pies a cabeza, se levantó y apuntó con un dedo al comandante:

—¡Ahora lo entiendo! ¡Lo entiendo todo! ¡Se han conchabado! ¡Rufianes y carabineros, todos conchabados para mi perdición!

El comandante, que era una buena persona y no tomaba en cuenta ciertas cosas, fingió no haberlo oído. Consiguió calmarlo prometiéndole hablar con Giugiù por pura amistad, nada de carácter oficial. Y en efecto, cuando se tropezó con él por la calle, lo llamó, lo tomó del brazo y entró con él en un portal.

—Pero, hijo mío, ¿es que quieres ver muerto a tu padre?

Ante aquellas palabras, el joven rompió a llorar desesperadamente.

—¡No, no! ¡Pero es que no puedo evitarlo, comandante! ¡Es más fuerte que yo! ¡No puedo renunciar a Lulla! ¡Es una buena chica, comandante! ¡Es buena y honrada!

¿Y quién había dicho que las putas fueran todas malas? El comandante recordó la vez que una puta se había arrojado al mar para salvar a un chiquillo que se estaba ahogando, y otra en que todas las mujeres de un burdel hicieron una colecta para un pobre desgraciado que se estaba muriendo de hambre, y otra que...

Y entonces preguntó en voz baja:

—Y ella... ¿te quiere?

—Sí, muchísimo.

—Enhorabuena —concluyó, dando por terminado el encuentro.

Cuando Giugiù fue al banco a sacar un poco de dinero, el cajero le dijo que

aquel mes el *cavaleri* no sólo no había ingresado la cantidad que metía en su cuenta cada tres meses, sino que había anunciado que no habría más ingresos. Por consiguiente, el muchacho se encontró de golpe sin un céntimo. Su primer pensamiento fue: «¿Y cómo pagaré la ficha?»

Recurrió a su amigo Tano Gullotta, quien le entregó quinientas liras para ir tirando. Pero la falta de liquidez agravó la situación, pues Giugiù empezó a sentir no sólo celos, sino también envidia de los clientes que podían pagar todas las fichas que desearan para estar con Lulla, mientras que él sólo podía permitirse una al día si quería que le durara el dinero de Tano Gullotta, que, además, le servía para comer, pues su padre ya no quería recibirlo en casa. Con lo cual, sentado en el sofá del salón con una barba de dos días, el cabello desgreñado y los ojos desorbitados, miraba de tan mala manera a los clientes de Lulla que más de uno se sintió molesto y fue a protestar ante la señora Flora.

—¿Ése le quita las ganas a cualquiera!

La madama informó a don Stefano Jacolino, el cual se presentó una noche en la pensión y salió a dar una vuelta con Giugiù.

—Tú, a partir de mañana, si quieres venir a pasar media horita con Lulla, no hay problema. Eres muy dueño. Pero después no eres dueño de quedarte en la pensión ni un minuto más. Así que cuando termines con ella, te vas a casa, o al café, o a rascarte los cuernos donde te dé la gana. ¿Está claro?

—Clarísimo. Pero ¿y si quiero quedarme?

—Allá tú.

Al día siguiente Giugiù se quedó hasta la hora del cierre. Nadie le dijo nada. Pero cuando salió, a las doce de la noche, dos tipos lo agarraron y le propinaron una tanda de mamporros. El joven regresó a casa con el esqueleto destrozado y se acostó, pero no consiguió conciliar el sueño, no tanto por el dolor como por el perfume de Lulla que conservaba en la piel, y se moría de pena por no tenerla a su lado. Por la mañana hubo de quedarse en la cama porque no podía levantarse. Pero ocupó el rato reflexionando sobre su situación y se le ocurrió una idea que tal vez lograra solventar el problema.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó don Stefano Jacolino en cuanto lo vio aparecer con los ojos todavía medio cerrados a causa de los golpes.

—Me he caído por la escalera.

—¿Qué quieres?

—Vengo a proponerle una cosa.

—¿Tú a mí? Muy bien, pues oigámosla.

—Don Stefano, supongamos que yo vengo aquí y le digo que quiero a Lulla sólo y exclusivamente para mí. ¿Cuánto me costaría eso?

—Explicáte mejor.

—Don Stefano, ¿cuántas horas trabaja una chica en la pensión? Seis, ¿no? Desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche. Si yo la quiero sólo para mí,

¿cuánto me costaría?

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Pregúntaselo a la señora Flora. En la lista de tarifas se dice que, pasada la media hora, los precios son a convenir. Habla con ella. Dile que quieres a Lulla un día entero y a ver qué...

—Pero es que no la quiero sólo un día, sino durante todo un mes.

Don Stefano lo miró estupefacto.

—¿Y de dónde sacarás el dinero? ¿Sabes lo que recauda una chica como Lulla cada mes? ¿Tienes idea?

—No, señor; es usted quien debe decírmelo. Haga la cuenta y dígame qué me costaría. A usted, que yo sea el único cliente de Lulla le da igual, ¿no?

—Muy cierto. Pero los negocios claros: pago por anticipado de todo el mes. Y si me entregas una cantidad de dinero inferior, Lulla volverá de inmediato a trabajar con los demás clientes. ¿De acuerdo? Te comunicaré la cifra.

La cifra se la comunicó la señora Flora.

—Don Stefano dice que un mes vendrá a costarte seis mil cuatrocientas liras. En realidad deberían ser seis mil cuatrocientas dieciséis, pero te hace un descuento porque le caes simpático. ¿Qué le digo?

—Que dentro de dos o tres días, como máximo, le traeré el dinero.

Esto ocurrió el 24 del mes de mayo.

Los dos últimos lunes Ciccio y Nenè no se habían presentado en la pensión. Tenían que estudiar y no disponían de tiempo. Les habían dicho que aquel año no habría exámenes finales y que los alumnos aprobarían o suspenderían por las notas de cada evaluación.

No se podían hacer exámenes porque los americanos y los ingleses estaban ocupando la isla de Pantelleria y los rugidos de los cañonazos llegaban algunas mañanas hasta el aula, la lección se interrumpía por espacio de un minuto y todos se quedaban allí, escuchando en silencio aquellos siniestros retumbos que parecían las pisadas de los soldados americanos e ingleses acercándose cada vez más.

El día 27, a las diez de la mañana, una docena de aviones sobrevoló Vigàta y efectuó un bombardeo que puso los pelos de punta.

Don Filippo Tarella, primer cajero del banco Siculo, permaneció en su puesto mientras el director y los demás empleados corrían al refugio. Al cabo de menos de cinco minutos, se abrió la puerta del banco y entró un tipo con el rostro cubierto por un pañuelo rojo y revólver en mano.

—Tú eres lo único que me faltaba —dijo don Filippo, muy nervioso a causa de las bombas que hacían vibrar el suelo—. ¿Qué quieres? La caja fuerte está cerrada y el director se ha llevado las llaves.

—Dame todo lo que tengas a mano —urgió el hombre.

El cajero lo pensó un momento.

—A mano tengo seis mil setecientas cincuenta liras. ¿Es suficiente?

—Es suficiente.

Don Filippo sacó el dinero y se lo entregó.

—Gracias.

—A mandar.

El hombre cogió el dinero y se fue.

Aquella misma tarde don Filippo fue a ver al *cavaleri* Firruzza.

—¿Sabe, *cavaleri*? Esta mañana han atracado mi banco. Un joven armado con un revólver me ha amenazado y se ha llevado todo lo que tenía: seis mil setecientas cincuenta liras.

—Lo lamento. Pero ¿por qué viene a contármelo a mí?

—Porque el atracador era su hijo Giugiù.

—Pero... ¿qué dice! ¿Cómo puede pensar que mi hijo...?

—*Cavaleri*, pongo la mano en el fuego. Yo a su hijo lo conozco desde que nació, sé cómo camina y cómo habla.

—Espere un momento.

El *cavaleri* corrió a su dormitorio y abrió el cajón del armario.

El revólver que guardaba allí desde hacía años en una caja de zapatos había desaparecido. Regresó arrastrando los pies y se desplomó en la silla.

—¿Quiere denunciarlo? —le preguntó al cajero, inclinando la cabeza.

—No. Si usted me autoriza a retirar la misma suma de su cuenta, yo recupero el dinero y no le digo nada a nadie. En el momento del atraco, estaba yo solo en el banco. Y soy una tumba.

—Gracias.

Don Filippo le contó todo el asunto con pelos y señales a la primera persona que encontró nada más salir de la casa del *cavaleri*. Aquella misma tarde Giugiù entregó el dinero a don Stefano, el cual miró el calendario y efectuó un rápido cálculo.

—¿Empiezas a partir de hoy?

—Sí.

—Pues entonces, hasta el veintisiete de junio Lulla es toda tuya. Pero no puedes quedarte a dormir en la pensión, ni llevarte a la chica fuera. Y recuerda que el lunes es su día de descanso. Cuanto menos os vean, mejor. Y te lo repito: si el veintisiete de junio me abonas otro mes, Lulla seguirá siendo para ti, pero, si no pagas, volverá a su trabajo normal.

A primeros de junio dieron las notas. Nenè, Ciccio y Jacolino habían aprobado y celebraron una gran fiesta en la pensión, en la que también participó Lulla, pero sin Giugiù. Después de la comilona Nenè se puso a hablar con la chica.

—No te veo muy contenta, Lulla. Pero parece que la solución que encontró Giugiù funciona muy bien, ¿verdad?

—Sí, por ahora funciona. Pero ¿qué ocurrirá el día veintiocho si Giugiù no le

entrega a don Stefano el dinero para otro mes?

—¿Tiene algún problema para dárselo?

—El dinero, desde luego, no lo tiene.

—¿Y no puede conseguirlo como hasta ahora?

—Dice que ya no se atreve. Y yo no tengo ánimos para empezar de nuevo como antes. El solo pensamiento de estar con otro hombre me produce ganas de vomitar.

A esas alturas resultaba imposible seguir en el pueblo, era como estar en primera línea de fuego. Había constantes cortes de luz y agua. La familia de Ciccio se fue a Cammarata, pero él obtuvo permiso para quedarse en Vigàta, al menos hasta la partida de Nenè. Porque éste había recibido una tarjeta de color rosa que lo llamaba a filas antes de tiempo. Y como lo habían destinado a la marina, tenía que presentarse el 1 de julio en la Comandancia de Marina, en Ràghiti, un pueblucho de la costa oriental de la isla.

El último lunes que Ciccio, Nenè y Jacolino pudieron ir a cenar a la pensión fue el 26 de junio. A última hora de la tarde, cuando empezaba a oscurecer, Ciccio y Nenè fueron al muelle a comprar una caja de pescado fresco de contrabando. Había dos barcas de vela que aún salían a pescar jugándose el pellejo. Mientras esperaban la llegada a puerto de las dos embarcaciones, vieron acercarse a Lulla y Giugiù. Se quedaron de piedra. Era la primera vez que salían juntos por ahí. Él iba muy bien vestido, peinado y afeitado, y llevaba en la mano un cesto de paja de los que se usan para hacer la compra. Lulla también iba muy arreglada y se había perfumado tanto que el aire en torno a ella exhalaba un intenso aroma. Iban de la mano, como si fueran a casarse.

—¿Adónde vais?

—Nos hemos hartado de estar encerrados en la habitación. Vamos a dar un paseo en una barquita que Giugiù ha alquilado.

Ciccio miró a Giugiù, sorprendido.

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿No sabes que el mar está lleno de buques americanos e ingleses? ¡Os dispararán y os matarán!

—Tranquilo, no pienso apartarme de la costa. No hay peligro. Si preguntan por Lulla, decídes que mañana por la tarde la devolveré a la pensión. Al fin y al cabo, ella es mía hasta mañana.

—Pero ¿pensáis pasar toda la noche fuera? —preguntó Nenè.

—Pues sí. Y mañana por la mañana también. Llevo comida —contestó, mostrando el cesto.

—En mi opinión, estáis locos.

Se despidieron con un abrazo, y los enamorados se dirigieron a una barquita amarrada un poco más allá. Subieron a bordo y levantaron el brazo para

despedirse. Lulla se sentó y Giugiù empezó a remar. En ese momento entraban en el muelle las dos barcas de vela, y Ciccio y Nenè los perdieron de vista. La comida no resultó demasiado alegre. Tania acababa de enterarse de que su hermano había muerto en combate y quiso, con permiso de la señora Flora, sentarse en las rodillas de Nenè, el cual se encargó de alimentarla. De vez en cuando, a ella le entraban ganas de llorar y hundía el rostro en el pecho del muchacho para que no la vieran. En determinado momento Tania le preguntó:

—¿Has estado con Lulla?

—Sí, hace unas horas.

—Ya veo. Aún conservas el aroma de su perfume.

Se despidieron entre llantos y besos mojados de lágrimas. Fuera de la pensión, Ciccio y Nenè se abrazaron en silencio y permanecieron así un rato. Después se soltaron y cada cual emprendió su camino.

Nenè pasó su última noche con Giovanna en Montelusa y a la mañana siguiente regresó a Vigàta para despedirse de su padre, que se quedaba allí cumpliendo con sus obligaciones militares en el puerto. Luego fue al pueblo donde se había refugiado su madre con todos los parientes paternos y maternos, y a las tantas de la madrugada del último día de junio subió a un tren con destino a Ràghiti. Normalmente el viaje duraba tres horas, pero no llegaron hasta la mañana siguiente, pues las bombas habían dañado las vías y tuvieron que esperar a la intemperie a que las arreglaran. Nenè se presentó en la Comandancia de Marina, mostró la tarjeta, y un oficial anotó su nombre en un registro.

—¿Dónde me darán el uniforme?

El oficial se echó a reír.

—¿Uniforme? ¿Qué uniforme? ¡Aquí falta de todo! ¡No hay una mierda! Toma esto, pónitelo en el brazo. ¡Éste será tu uniforme! —Y le entregó un brazalet con la sigla CREM estampada.

—¿Y qué significa?

—Cuerpo Real de Equipamientos Marítimos.

—¿Y cómo me lo sujeto?

—Con una aguja de nodriza.

—¿Cómo?

—Con un imperdible.

—Deme uno.

—No tenemos. Ya no nos queda nada, ¿lo entiendes o no? Y ahora ve al Mando Operativo del puente y preséntate al teniente Cammarano.

—¿Es que me van a embarcar?

—¿Embarcar? ¿Dónde coño quieres que te embarquen? No tenemos buques en condiciones de navegar; están todos inutilizados. Aquí sólo nos quedan ojos

para llorar.

Nenè se guardó el brazaleté en el bolsillo y se marchó. En cuanto puso los pies fuera, aparecieron los aviones y tuvo que entrar corriendo en el primer refugio que encontró. Aquellos aparatos no bromeaban, eran peores que los de Vigàta.

Finalmente se presentó en el Mando Operativo, que estaba a la entrada del puerto, en el interior de un búnker enorme que parecía un almacén. Mientras buscaba un imperdible, el teniente de navío Cammarano le explicó que la misión de la escuadra a la que había sido adscrito consistía en retirar los cascotes a paletadas y rescatar los cadáveres o trozos de cadáveres que hubiera. Tras hallar un imperdible, él mismo le ajustó el brazaleté al lado izquierdo de la camisa de manga corta. Nenè le preguntó dónde podía dejar la maletita con las mudas que llevaba.

—Cama veinticinco inferior.

El dormitorio se encontraba en el mismo búnker y estaba equipado con literas. Al lado de cada lecho había una caja de madera sin tapa.

—Mete tus cosas ahí y escribe tu nombre en la etiqueta correspondiente.

Durante toda la noche se oyó el sordo rumor de las bombas. Salieron al amanecer. A esas horas, las cinco de la madrugada, hacía ya tanto calor que sudaban. Cogieron unas palas que había a la entrada del búnker y se dirigieron al lugar de trabajo: una calle cuyas casas habían sido reducidas a escombros. Nenè se quedó indeciso. ¿Por dónde empezar?

—¡Tú, marinero, ven acá!

Quien lo llamaba era un hombre vestido de paisano que lucía los galones de suboficial en la manga de la camisa.

—Ve a cavar allí —dijo, señalándole una montaña de ruinas que había en medio de la calle—. Era un burdel de lujo.

—¿Cree que ahí debajo puede haber algún muerto? —preguntó Nenè. Intuía que el descubrimiento de un cadáver lo aterrorizaría.

—Pues no. Hace dos días lo limpiamos todo, pero por si acaso.

—Oiga... y si encuentro... ¿qué hago?

—Llamas a alguien. Arréglatelas.

Al cabo de tres horas de trabajo, media pared que todavía aguantaba de pie se derrumbó, levantando una espesa nube de humo. Sin apenas poder respirar y lagrimeando, Nenè empezó a toser. Cuando el polvo se posó, observó que la pared caída había dejado al descubierto una especie de arco con una preciosa estatua de mármol blanco debajo, la escultura de una muchacha de tamaño natural desnuda, con la cabeza alzada, el cabello recogido en un moño, unos pechos perfectos, los ojos cerrados, la boca abierta en un silencioso grito y las

manos juntas en actitud de oración. ¿Qué representaba aquella figura tan extraña? Que en un burdel hubiese una escultura de una joven desnuda era normal, pero no que mostrara una actitud más propia de una iglesia. Se acercó y la tocó. No era mármol, sino carne. Un cadáver de mujer transformado en estatua por la rigidez de la muerte y el polvo. No se veía ninguna herida, estaba intacta. Debía de haber muerto asfixiada por el polvo.

Nenè arrojó la pala y se dobló por la mitad a causa del vómito y el horror.

Por la noche, nada más tumbarse, se quedó dormido, agotado por el cansancio. Y no lo despertaron ni las bombas que caían cerca de allí. Un sueño de oso.

Al tercer día le concedieron media mañana de permiso. Caminó por las calles desiertas tan aturdido que ni advirtió la presencia de un coche que se acercaba a toda velocidad. El automóvil consiguió frenar, pero alcanzó a Nenè, que cayó al suelo.

—¿Se ha hecho daño? —le preguntó el conductor, bajando del vehículo.

—No.

Hizo además de levantarse y el hombre le ofreció la mano para ayudarlo.

Pero Nenè se asustó. Porque estaba estrechando la mano de un muerto: el barón Giannetto Nicotra di Monserrato, aquel de quien habían encontrado algunos restos bajo los escombros de su casa de campo. El barón por el que Siria tal vez se había suicidado.

Perfectamente identificable, a pesar de que se había dejado un bigote que le confería aspecto de jinete tártaro. Él también reconoció a Nenè.

—Ah, ¿eres tú? —lo saludó, más fresco que una lechuga.

—Pero usted no... no... —No lograba recuperarse, no del golpe propinado por el automóvil, sino de la perplejidad de hallarse en presencia de un ex muerto.

—Te lo explicaré. Espérame en aquel café. Aparco el coche y me reúno contigo.

Nenè lo vio dirigirse renqueando al vehículo deportivo que tan bien conocía. O sea que tampoco era cierto que se lo habían robado. Fue a sentarse a una mesa de la cafetería, y al poco llegó el barón.

—¿Qué tomas?

—Una naranjada. —Nenè se notaba la boca seca.

—Yo tomaré algún sucedáneo de café.

El barón pidió y luego miró al muchacho.

—Deduzco, por tu asombro, que conseguí engañaros.

—Pues sí. ¿Sabe que Siria desapareció después de que...?

—Por supuesto que lo sé. Lo habíamos planeado todo. Se reunió conmigo en el lugar acordado y nos fuimos a Mesina en mi automóvil.

—O sea que Siria sabía que su muerte era puro teatro...

—¡Por supuesto! Ya te lo he dicho, lo planeamos juntos.

Un camarero se acercó con las consumiciones.

—Pero no logramos cruzar el estrecho y vinimos aquí —continuó el barón—. Un amigo de confianza me dejó una casa de campo que está a cuatro kilómetros del pueblo. Hoy he bajado a Ràghiti a hacer la compra. Oye, ¿tienes algo que hacer? ¿Por qué no vienes a comer con nosotros? Le daremos una buena sorpresa a Siria.

—No, gracias; debo regresar a la Comandancia. Pero tengo una curiosidad. ¿A quién pertenecían los restos humanos que había bajo los escombros de su casa?

—Ah, los restos... A un cadáver cualquiera, hoy los venden a dos céntimos; me los consiguió mi guarda. Le pusimos mi sortija en el dedo para que no hubiese dudas de que era yo. Y después, aprovechando el bombardeo, el guarda hizo saltar la casa con una carga de dinamita.

—Comprendo. ¿Y no teme que el guarda se vaya de la lengua?

—¿Por qué iba a hacerlo? Le vendí todas mis propiedades a un precio especial. No le conviene que la ley meta las narices en el asunto. Ya tendrá bastantes problemas con mi mujer cuando ella descubra que, antes de morir, se lo vendí todo a él.

—¿Y qué piensa hacer después?

—En cuanto podamos, cruzaremos el estrecho y nos iremos a Suiza. Allí tengo dinero de sobra. —Se levantó y buscó monedas en el bolsillo.

—Pago yo —dijo Nenè.

Se estrecharon la mano.

—Y por lo que más quieras... ni una palabra a nadie —pidió el barón.

—Pierda cuidado. Y muchos saludos a Si... a su señora.

—Se los daré de tu parte.

Hacia las tres de la madrugada del 9 de julio, Nenè, que a causa del agotamiento que le producía el dichoso trabajito con la pala dormía un sueño cada vez más similar al de la muerte, fue despertado por el marinero que ocupaba la litera de al lado.

—Los *miricanos* están desembarcando.

—¿Dónde?

—Entre Gela y Licata.

Fuera parecía haberse desencadenado un diluvio universal de bombas, ráfagas de ametralladora, cañones, hierro y fuego. Por las calles no debía de

haber ni un alma. Puesto que se había acostado vestido porque le faltaban fuerzas para desnudarse, Nenè se levantó, cruzó el dormitorio, donde todos estaban ya despiertos y alterados por la noticia del desembarco, y llegó a la puerta del búnker. No había centinelas. Salió al exterior, donde la noche semejava el día, se quitó el brazaete y lo arrojó al suelo. Estaba a punto de convertirse en un desertor, pero le importaba un carajo. Caminó ligero y veloz, convencido, vete a saber por qué, de que ninguna bomba, ningún proyectil, ninguna esquirla lo alcanzaría. Caminó y caminó, salió de Ràghiti y tomó la carretera que llevaba al pueblo donde estaba su familia. Al amanecer, un camión militar italiano se detuvo a su altura y el conductor lo invitó a subir, pero diez kilómetros más adelante el camión dejaba de existir, devorado por las llamas, tras haber sido ametrallado por dos cazas. Nenè y los soldados, al verlos acercarse, habían saltado del vehículo y se habían salvado. Después, el calor le impidió seguir andando. No podía más. Se acercó a una casita, en cuya puerta había un anciano campesino.

—¿Podría darme un poco de agua?

Sin decir nada, el viejo le tendió un recipiente de barro con agua fresca.

—¿Has desertado?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Porque ya han pasado por aquí al menos diez jóvenes como tú. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Sólo puedo ofrecerte unas pocas habas asadas.

Todos los contingentes de tropas italianas iban en dirección contraria a la suya, retirándose de la costa donde los americanos habían desembarcado. Un camión paró de golpe y ya no pudo continuar. Los soldados que iban a bordo bajaron, empujaron el vehículo fuera de la carretera y subieron corriendo a otra camioneta atiborrada de hombres.

¿Era eso la derrota, esa desbandada sin orden ni concierto y a la buena de Dios? ¿Y dónde terminaría aquella loca carrera? ¿En el estrecho, en aquella especie de embudo donde la aviación americana los mataría a todos?

Vio aproximarse un camión cargado de marinos uniformados y se plantó en medio de la calzada hasta que el vehículo se detuvo. Se acercó a la ventanilla del conductor, un cabo de rostro afable.

—¿De dónde venís? —preguntó Nenè.

—De Vigàta.

—¡Vamos, no pierdas tiempo, sigue adelante! —gritaron los marinos desde la caja del camión, apremiando al chófer.

—¿Por qué os retiráis?

—Porque Vigàta está totalmente destruida, todos los barcos han sido hundidos o han zarpado, las baterías antiaéreas ya no existen. En cuestión de dos o tres días

los americanos entrarán en el pueblo. Si quieres venir con nosotros, vamos hacia Mesina...

—No, gracias.

¿Qué habría sido de su padre? En lugar de sentirse abatido por las desalentadoras noticias, sintió como si una nueva fuerza desesperada le entrara en el cuerpo. Echó a andar a paso ligero y enseguida fue adelantado por un sidecar alemán, que se detuvo unos metros más adelante. El soldado señaló el asiento del copiloto y le preguntó por gestos si quería que lo llevara. En cuanto la motocicleta se puso en marcha, Nenè se durmió. Mientras le parecía hundirse en un pozo sin fondo, tuvo la impresión de que alguien le arrojaba unas piedras enormes que lo hundían todavía más. No supo cuánto rato estuvo durmiendo. Despertó rodeado por un silencio total. No se oía ni el canto de un pájaro. El sidecar estaba detenido a un lado de una calle y el motorista se había quedado dormido.

¿Dormido? Entonces ¿por qué tenía sólo media cabeza? Nenè saltó del vehículo y echó a correr. Su sueño había sido tan profundo que ni siquiera había oído el rugir del caza que había ametrallado al alemán.

Pasó la noche en una especie de duermevela, con la espalda apoyada contra el tronco de un algarrobo. Finalmente llegó al pueblo donde se había refugiado su madre. Tenía los pies ensangrentados. En cuanto su madre lo vio, le preguntó entre sollozos:

—¿Sabes algo de papá?

—No.

Tres horas después entraron los americanos y pegaron en las paredes una proclama que empezaba de la siguiente manera:

GOBIERNO MILITAR ALIADO DEL TERRITORIO OCUPADO

Yo, Harold R. L. G. Alexander, G. C. B., C. S. I., D. S. O., M. C., general,
comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas y gobernador militar del
territorio ocupado, declaro el regreso de este pueblo a la libertad...

«Aquí hay una contradicción —se dijo Nenè—. Si el pueblo ha sido liberado, ¿por qué lo llama territorio ocupado?»

En cualquier caso, aquello significaba que a lo largo del camino que llevaba a Vigàta no habría más combates. Encontró una bicicleta y se fue al amanecer del día siguiente. Tardó ocho horas en alcanzar Vigàta, porque los centenares y centenares de camiones americanos cargados de soldados y municiones, los carros de combate, grandes como edificios, y los *jeeps*, capaces de trepar una pared vertical, lo echaban continuamente de la carretera. La primera vez fue a

parar a un campo con los árboles tronchados y quemados y la hierba abrasada. Había cuatro carros de combate italianos reventados y con las torretas descubiertas. Junto a la oruga destrozada de uno de ellos había dos montones de trapos otrora de color verde oliva: dos pobres muertos asándose al sol. La cuarta vez se topó con un camión vacío, mal aparcado a un lado de la carretera. Los soldados americanos del camión se encontraban a unos veinte metros de distancia, en fila india. Eran unos quince. Hablaban, reían, bromeaban y se daban palmadas a la espalda. Presa de la curiosidad, Nenè se acercó.

A la sombra de un acebuche había una chica desnuda, tumbada boca arriba sobre una lona de camuflaje. A su lado, sentado sobre la blusa y la falda de la joven, había un cuarentón vestido de negro y tocado con una boina negra, con una esponja en la mano que mojaba en una jofaina de agua. Delante había una caja de zapatos abierta con dólares americanos. La chica tenía los ojos cerrados, los brazos extendidos y las piernas separadas, como una muerta. Sólo se movía al ritmo de las embestidas que le daba el americano de turno, pero en los intervalos no se movía, ni siquiera para apartar las moscas que se le posaban en el rostro, ni cuando el hombre vestido de negro, tras cobrar la tarifa y meter los dólares en la caja, le pasaba la esponja por la entrepierna.

El pueblo había sido destruido, pero no del todo, como le había asegurado el marino. La casa de enfrente estaba en ruinas, pero la suya se conservaba intacta. Nenè abrió con la llave que siempre llevaba encima. Dentro todo estaba en orden.

Se dirigió al puerto en medio de un impresionante jaleo de lanchas motoras que se transformaban en camiones nada más tocar tierra, convirtiendo las calles por donde pasaban en ríos de agua y barro. En medio del puerto, subido a una plataforma de unos diez metros de altura, un soldado dirigía el tráfico con dos banderas.

Nenè vio a su padre hablando con dos oficiales de Marina americanos. El corazón se le subió a la boca de la emoción. No podía moverse, y permaneció largo rato gozando del espectáculo. Habían salido bien librados, lo habían conseguido.

De vuelta a su casa, decidió pasar por la pensión Eva. Durante un momento se sintió desorientado y pensó que se había equivocado de sitio, pero enseguida comprendió. No había reconocido el lugar porque la pensión ya no existía, y tampoco el almacén de madera, ni la casa de al lado. Nada, sólo un descampado cubierto de escombros. Poco faltó para que le diera un ataque, pero supo contenerse. Había atravesado situaciones mucho más graves.

Al llegar al ayuntamiento, oyó que lo llamaban y se giró. Era Ciccio. Se arrojaron uno en brazos del otro, gritando sus nombres como desde una distancia infinita, y se estrecharon con tanta fuerza que casi se asfixian.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Ciccio.

—Hace una hora, en bicicleta. ¿Y tú?

—Ayer. Oye, ¿qué te parece si cenamos juntos esta noche? Así podremos hablar tranquilos y celebrarlo.

—De acuerdo. Pero ¿qué tenemos que celebrar, aparte del hecho de estar vivos?

Ciccio se quedó perplejo.

—¿No cumples hoy dieciocho años?

Nenè se dio una palmada en la frente.

—¡Es verdad! ¡Lo había olvidado! ¿Y adónde vamos?

—Fuera del pueblo. Aquí hace demasiado calor y huele a muerto. Yo me encargo de todo, tú no te preocupes por nada. Pasaré a buscarte sobre las ocho.

Ciccio tenía razón. No se había dado cuenta hasta ese momento, pero el olor a muerte era claramente perceptible. Con el calor que hacía, los cadáveres fermentaban bajo los escombros.

Ciccio se presentó a las ocho. En la parrilla de la bicicleta llevaba una caja con tres kilos de sardinas frescas, y del manillar colgaba una bolsa con tres botellas grandes de vino.

—Lleva el vino en tu bicicleta, si no, no puedo pedalear. De camino intentaremos encontrar una teja limpia.

—¿Cómo no vamos a encontrar una teja, con la de casas derruidas que hay! ¿Adónde vamos?

—A la Escalera de los Turcos.

Antes de salir del pueblo hallaron la teja de barro cocido que buscaban. Cuando llegaron al pie de la Escalera, el sol casi se había ocultado. No había nadie en la playa, y el mar no parecía de agua, pues en él sólo brillaba el acero de los navíos de guerra y de transporte que inundaban el horizonte. Se tumbaron un rato en la arena y después Ciccio empezó a buscar piedras para apoyar la teja mientras Nenè se encargaba de coger ramitas secas para quemar. En la orilla construyeron un círculo de piedras de unos treinta centímetros de altura y Nenè sacó la teja que habían metido en el agua para que se limpiara. Entretanto, Ciccio colocó varias ramitas en el interior del círculo de piedras, las encendió y puso encima la teja, con la parte cóncava hacia arriba. Ahora había que esperar a que la teja se pusiera al rojo vivo. Descorcharon una botella y bebieron.

La noche se presentaba que ni hecha adrede, ni un soplo de viento, sólo el suave rumor de la resaca.

—En realidad, sólo han pasado quince días desde que nos vimos por última vez, pero parece una eternidad —dijo Ciccio—. ¿Cómo te ha ido en Ràghiti?

—Mal. —Y le contó lo que había tenido que hacer—. ¿Y a ti en Cammarata?

—Bien. ¿Sabes una cosa? Me encontré con Angela, tu prima.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo está?

—De salud, bien. Pero con el marido no le va tan bien. Es un desgraciado. Se pasa el día y parte de la noche fuera de casa, jugando a las cartas. En el pueblo comentan que, cuando él no está, Angela recibe visitas. Se consuela poniéndole los cuernos. Me contaron que...

Mejor cambiar de tema.

—¿Y de la pensión, qué me dices?

—Pues mira, yo me fui a Cammarata el veintisiete, pero tuve que regresar el cuatro de julio y me quedé toda la mañana. La pensión había sido destruida la vispera. Vi a los dos Jacolino, padre e hijo, llorando. Me dijeron que la señora Flora y las chicas se habían salvado, pues aquella noche habían ido al refugio.

—¿Y dónde están ahora?

—Cualquiera sabe. ¿Cómo va la teja?

—Le falta un poquito. Oye, voy a contarte una cosa que me ocurrió en Ràghiti, pero no se lo digas a nadie.

—Palabra de honor.

—El barón y Siria están vivos.

—¡¿Qué dices?!

Nenè le contó toda la historia y después ambos se partieron de risa.

—Entonces... igual...

—¿Qué?

—Igual Lulla y Giugiù hicieron lo mismo.

—¡Cómo! ¿No regresaron de la excursión en barca?

—Nadie volvió a saber de ellos. Tú y yo fuimos los últimos en verlos. A lo mejor regresaron a la playa y se fueron a pie vete a saber dónde.

—Pero ¿encontraron la barca?

—No. Aunque con el jaleo que ha habido últimamente en el mar...

Ambos se echaron a reír de nuevo. Mano a mano, sin enterarse, se habían bebido la primera botella. Sin parar de reír, pusieron las sardinas en la teja al rojo vivo. Se asaron en un santiamén y empezaron a comérselas en silencio con las manos.

Comer, vivir y escuchar el rumor de la resaca. Con el amigo recuperado.

¿Qué otra cosa mejor podía haber en la vida? La guerra había pasado. Se veía tan lejana que parecía que nunca hubiera existido. ¿No la habrían soñado?

De repente dejaron de comer y se miraron a la luz del fuego con la misma pregunta en los ojos.

¿Por qué las sardinas que tenían en la boca sabían ligeramente a hierbabuena, canela y clavo?

Se habían equivocado. Lulla y Giugiù no habían vuelto a la playa. Se habían

embarcado para morir juntos en el mar.

Ciccio siguió comiendo. Pero al ver que Nenè no lo hacía, le dijo:

—Ánimo, ¿qué le vamos a hacer? Además, este aroma me parece un aliño estupendo.

Regresaron al pueblo sobre las tres de la madrugada. Se habían zampado todas las sardinas y vaciado las tres botellas. Estaban borrachos y se cayeron tres veces de la bicicleta. Cuando llegaron al lugar que antaño fuera la pensión Eva, se detuvieron y se sentaron entre los escombros. Ciccio sacó una cajetilla de cigarrillos americanos y se encendió uno. Al poco rato, Nenè le dijo:

—Dame uno.

Y se fumó el primer cigarrillo de su vida.

Nota del autor

Este escrito sólo pretende ser unas vacaciones narrativas que he querido tomarme en la inminencia de mis ochenta años.

No es un relato histórico ni un relato policíaco, sino un relato afortunadamente inclasificable. Además, creo que la lectura presenta menos dificultades que otras novelas mías. Incluso el título es distinto de los míos habituales.

Deseo advertir que la historia no es autobiográfica, aunque haya prestado a mi protagonista el diminutivo con que me llamaban mis familiares y amigos. El contexto es auténtico. Y la pensión Eva existió realmente, mientras que son enteramente inventados los nombres de los visitantes asiduos y los acontecimientos descritos.

A. C.